

**L O S N U E V E L I B R O S
D E L A H I S T O R I A
T O M O 3**

**H E R O D O T O D E
H A L I C A R N A S O**

LIBRO TERCERO.

TALÍA

Expedición de Cambises al Egipto: derrota de los egipcios. Intenta Cambises conquistar Etiopía; relación de los descubridores enviados a este país y desgracias de los expedicionarios. -Búrlase Cambises de los Dioses egipcios: sus locuras y muerte de su hermano y esposa. -Fortuna de Polícrates, el tirano de Samos, a quien atacan los Lacedemonios y Corintios. -Álzase contra Cambises el mago Esmerdis y se apodera del trono de Persia: muerte de Cambises. -Descúbrese la impostura del mago y muere a manos de los siete conjurados. -Artificio de Darío para subir al Trono. -Contribuciones del Imperio persa. -Descripción de la India, Arabia y sus producciones. -Orestes, gobernador de Sardes, mata

a Polícrates, castigo de Orestes. -Artificio del Médico Democedes para regresar a Grecia. -Darío ayuda a Silosonte para recobrar a Samos. -Rebelión de Babilonia, su asedio y conquista.

Contra el rey Amasis, pues, dirigió Cambises, hijo y sucesor de Ciro, una expedición en la cual llevaba consigo, entre otros vasallos suyos, a los Griegos de la Jonia y Eolia; el motivo de ella fue el siguiente: Cambises, por medio de un embajador enviado al rey Amasis, le pidió una hija por esposa, a cuya demanda le había inducido el consejo y solicitud de cierto Egipcio que, al lado del Persa, urdía en esto una trama, altamente resentido contra Amasis, porque tiempos atrás, cuando Ciro le pidió por medio de mensajeros que le enviara el mejor oculista de Egipto, le había escogido entre todos los médicos del país y enviado allá arrancándole del seno de su mujer y de la compañía de sus hijos muy amados. Este Egipcio, enojado contra Amasis, no cesaba de exhortar a Cambises a que pidiera una hija al rey de Egipto con la intención doble y maligna de dar a éste que sentir si la concedía, o de enemistarle cruelmente con Cambises si la negaba. El gran poder del Persa, a quien Amasis no odiaba

menos que temía, no le permitía rehusarlo su hija, ni podía dársela por otra parte, comprendiendo que no la quería Cambises por esposa de primer orden, sino por amiga y concubina: en tal apuro acudió a un expediente. Vivía entonces en Egipto una princesa llamada Nietetis, de gentil talle y de belleza y donaire singular, hija del último rey Apries, que había quedado sola y huérfana en su palacio. Ataviada de galas, y adornada con joyas de oro, y haciéndola pasar por hija suya, enviola Amasis a Persia por mujer de Cambises, el cual, saludándola algún tiempo después con el nombre de hija de Amasis, la joven princesa le respondió: «Señor, vos sin duda, burlado por Amasis, ignoráis quién sea yo. Disfrazada con este aparato real me envió como si en mi persona os diera una hija, dándoos la que lo es del infeliz Apries, a quien dio muerte Amasis, hecho jefe de los Egipcios rebeldes, ensangrentando sus manos en su propio monarca.»

II. Con esta confesión de Nictetis y esta ocasión de disgusto, Cambises, hijo de Ciro, vino muy irritado sobre el Egipto. Así es como lo refieren los Persas¹; aunque los Egipcios, con la ambición de

¹ Es más verosímil que la expedición de este rey contra el Egipto fuese motivada por la sublevación de Amasis, antes

apropiarse a Cambises, dicen que fue hijo de la princesa Nictetis, hija de su rey Apries, a quien antes la pidió Ciro, según ellos, negando la embajada de Cambises a Amasis en demanda de una hija. Pero yerran en esto, pues primeramente no pueden olvidar que en Persia, cuyas leyes y costumbres no hay quien las sepa quizá mejor que los Egipcios, no puede suceder a la corona un hijo natural existiendo otro legítimo; y en segundo lugar, siendo sin duda Cambises hijo de Casandana y nieto de Farnaspes, uno de los Aquemenidas, no podía ser hijo de una Egipcia². Sin duda los Egipcios, para hacerse parientes de la casa real de Ciro, pervierten y trastornan la narración; mas pasemos adelante.

III. Otra fábula, pues por tal la tengo, corre aun sobre esta materia. Entró, dicen, no sé qué mujer persiana a visitar las esposas de Ciro, y viendo alrededor de Casandana unos lindos niños de gentil ta-

feudatario de la Persia, o por haber conquistado Ciro el Egipto, o por ser este país desde Nabucodonosor dependencia del imperio Babilonio.

² No obstante estas dos razones, de las cuales una estriba en la suposición arbitraria de que un monarca persa no pudiera contraer matrimonio legítimo con una princesa extranjera, y la otra nada prueba porque se responde por la cuestión, se ve en Ateneo que dos historiadores de mérito, Dinon y Linceas, hacen a Cambises hijo de Nictetis.

lle y gallardo continente, pasmada y llena de admiración empezó a deshacerse en alabanza de los infantes. -«Sí, señora mía, respondióle entonces Casandana, la esposa de Ciro, sí, estos son mis hijos; mas poco, sin embargo, cuenta Ciro con la madre que tan agraciados príncipes le dio: no soy yo su querida esposa, lo es la extranjera que hizo venir del Egipto.» Así se explicaba, poseída de pasión y de celos contra Nictetis: óyela Cambises, el mayor de sus hijos, y volviéndose hacia ella: «Pues yo, madre mía, le dice, os empeño mi palabra de que cuando mayor he de vengaros del Egipto, trastornándolo enteramente y revolviéndolo todo de arriba abajo.» Tales son las palabras que pretendien dijo Cambises, niño a la sazón de unos diez años, de las cuales se admiraron las mujeres; y que llegado después a la edad varonil, y tomada posesión del imperio, acordándose de su promesa, quiso cumplirla, emprendiendo dicha jornada contra el Egipto.

IV. Más empero contribuiría a formarla el caso siguiente: servía en la tropa extranjera de Amasis un ciudadano de Halicarnaso llamado Fanes, hombre de talento, soldado bravo y capaz en el arte de la guerra. Enojado y resentido contra Amasis, ignoro por qué motivo, escapóse del Egipto en una nave

con ánimo de pasarse a los Persas y de verse con Cambises. Siendo Fanes por una parte oficial de crédito no pequeño entre los guerreros asalariados, y estando por otra muy impuesto en las cosas del Egipto, Amasis, con gran ansia de cogerle, mandó desde luego que se le persiguiera. Envía en su seguimiento una galera y en ella el eunuco de su mayor confianza³; pero éste, aunque logró alcanzarle y cogerle en Licia, no tuvo la habilidad de volverle a Egipto, pues Fanes supo burlarle con la astucia de embriagar a sus guardias, y escapado de sus prisiones logró presentarse a los Persas. Llegado a la presencia de Cambises en la coyuntura más oportuna, en que resuelta ya la expedición contra el Egipto no veía el monarca medio de transitar con su tropa por un país tan falto de agua, Fanes no sólo le dio cuenta del estado actual de los negocios de Amasis, sino que lo descubrió al mismo tiempo un modo fácil de hacer el viaje, exhortándole a que por medio

³ Esta raza de gente, más astuta y fiel en palacio que intrépida y avisada en las expediciones de guerra, era reputada, según Jenofonte, en las cortes bárbaras, por la más apta y adicta al servicio de los soberanos, de cuyo favor únicamente dependía, viéndose despreciada y aborrecida de los demás hombres.

de embajadores pidiera al rey de los Árabes paso libre y seguro por los desiertos de su país.

V. Y, en efecto, sólo por aquel paraje que Fanes indicaba se halla entrada abierta para el Egipto. La región de los Sirios que llamamos Palestinos se extiende desde la Fenicia hasta los confines de Caditis: desde esta ciudad, mucho menor que la de Sardes, a mi entender, siguiendo las costas del mar, empiezan los emporios y llegan hasta Jeniso, ciudad del Árabe, cuyos son asimismo dichos emporios⁴. La tierra que sigue después de Jeniso es otra vez del dominio de los Sirios hasta llegar a la laguna de Serbónida, por cuyas cercanías se dilata hasta el mar el monte Casio, y, finalmente, desde esta laguna, donde dicen que Tifón se ocultó, empieza propiamente el territorio de Egipto. Ahora bien; todo el distrito que media entre la ciudad de Jeniso y el monte Casio y la laguna Serbónida, distrito no tan corto que no sea

⁴ Las dos ciudades de Caditis y Jeniso, de que no habla ninguno de los autores antiguos, oscurecen la descripción geográfica de un terreno exactamente conocido, cual es la Siria Palestina o costa de los Filisteos, que empieza desde la Fenicia y continuaba hasta Egipto siguiendo de Norte a Mediodía. Tal vez será Caditis, no Jerusalén, sino la Gat de los Filisteos, y Jeniso será Raphia, distante tres jornadas del monte Casio. Los emporios que cita eran los varios puertos de la Pentápolis de los Filisteos.

de tres días de camino, es un puro arenal sin una gota de agua.

VI. Quiero ahora indicar aquí de paso una noticia que pocos sabrán, aun de aquellos que trafican por mar en Egipto. Aunque llegan al país dos veces al año, parte de todos los puntos de la Grecia, parte también de la Fenicia, un sinnúmero de tinajas llenas de vino, ni una sola de ellas se deja ver, por decirlo así, en parte alguna del Egipto. ¿Qué se hace, pues, preguntará alguno, de tanta tinaja trasportada? Voy a decirlo: es obligación precisa de todo *Demarco* o alcalde, que recoja estas tinajas en su respectiva ciudad y las mande pisar a Memfis, a cargo de cuyos habitantes corre después conducir las llenas de agua a los desiertos áridos de la Siria⁵; de suerte que las tinajas que van siempre llegando de nuevo, sacadas luego del Egipto, son trasportadas a la Siria, y allí juntadas a las viejas.

VII. Tal es la providencia que dieron los Persas apoderados apenas del Egipto, para facilitar el paso y entrada a su nueva provincia acarreado el agua al desierto del modo referido. Mas como Cambises, al

⁵ Da el nombre de Siria al desierto que cae entre el Egipto y la Idumea, confinante con la tribu de Judá, comprendiendo bajo aquel nombre el mencionado camino de tres jornadas.

emprender su conquista, no tuviese aun ese arbitrio de aprontar el agua, enviados al Árabe⁶ sus mensajeros conforme al aviso de su huésped Halicarnasio, obtuvo el paso libre y seguro, mediante un tratado concluido bajo la fe pública de entrambos.

VIII. Entre los Árabes, los más fieles y escrupulosos en guardar la fe prometida en los pactos solemnes que contratan, úsase la siguiente ceremonia. Entre las dos personas que quieren hacer un legítimo convenio, sea de amistad o sea de alianza, preséntase un medianero que con una piedra aguda y cortante hace una incisión en la palma de la mano de los contrayentes, en la parte más vecina al dedo pulgar; toma luego unos pedacitos del vestido de entrambos, con ellos mojados en la sangre de las manos va untando siete piedras allí prevenidas, invocando al mismo tiempo a Dioniso y a Urania, o

⁶ Era este Árabe un príncipe idumeo, reinante en la Arabia Pétreá. Los Idumeos descendientes de Esaú, vasallos antes del reino de Judá, gobernados por una especie de virrey y después de siglo y medio sublevados, se mantuvieron independientes, y en tiempo de la cautividad babilónica se hicieron tan poderosos, que si creemos a Herodoto, tenían bajo su dominio los puertos y emporios de los Filisteos, sin reconocer por dueños a los Persas, que lo eran ya de Babilonia. La fe en los tratados era ciertamente una de sus virtudes características.

sea a Baco y a Venus. Concluida por el medianero esta ceremonia, entonces el que contrae el pacto de alianza o amistad presenta y recomienda a sus amigos el extranjero, o el ciudadano, si con un ciudadano lo contrae; y los amigos por su parte miran como un deber solemne guardar religiosamente el pacto convenido. Los Árabes, que no conocen más Dios que a Dioniso y a Urania⁷, pretenden que su modo de cortarse el pelo, que es a la redonda, rapándose a navaja las guedejas de sus sienes, es el mismo puntualmente con que solía cortárselo Dioniso. A este dan el nombre de *Urotalt*, y a Urania el de *Alilat*.

IX. Volviendo al asunto, el Árabe, concluido ya su tratado público con los embajadores de Cambises, para servir a su aliado, toma el medio de llenar de agua unos odres hechos de pieles de camellos, y cargando con ellos a cuantas bestias pudo encontrar, adelantóse con sus recuas y esperó a Cambises en lo mas árido de los desiertos. De todas las relaciones es esta la más verosímil, pero como corre otra, aunque lo sea menos, preciso es referirla. En la

⁷ Por su Dioniso entendían el sol, por Urania la luna. El estado de ignorancia en que estaban sumidos los Árabes no me permite detenerme en sus dioses planetarios y en los que colocaban en las estrellas fijas, en sus ángeles medianeros y en su magia y sabianismo.

Arabia hay un río llamado Corys que desemboca en el mar conocido por Erithreo. Refiérese, pues, que el rey de los Árabes, formando un acueducto hecho de pieles crudas de bueyes y de otros animales, tan largo y tendido, que desde el Corys llegase al arrenal mencionado, por este canal trajo el agua hasta unos grandes aljibes que para conservarla había mandado abrir en aquellos páramos del desierto. Dicen que a pesar de la distancia de doce jornadas que hay desde el río hasta el erial, el Árabe condujo el agua a tres parajes distintos por tres canales separados.

X. En tanto que se hacían los preparativos, atrincheróse Psaménito, hijo de Amasis, cerca de la boca del Nilo que llaman Pelusia, esperando allí a Cambises, pues éste, al tiempo de invadir con sus tropas el Egipto, no encontró ya vivo a Amasis, el cual acababa de morir después de un reinado feliz de 44 años, en que jamás le sucedió desventura alguna de gran monta. Su cadáver embalsamado se depositó en la sepultura que él mismo se había hecho fabricar en un templo durante su vida. Reinando ya su hijo Psaménito en Egipto, sucedió un portentoso muy grande y extraordinario para los Egipcios, pues llovió en su ciudad de Tebas; donde antes jamás había llovido, ni volvió a llover después hasta nuestros

días, según los mismos Tebanos aseguran⁸. Es cierto que no suele verse caer una gota de agua en el alto Egipto, y sin embargo, caso extraño, vióse entonces en Tebas caer el agua hilo a hilo de los cielos.

XI. Salidos los Persas de los criales del desierto, plantaron su campo vecino al de los Egipcios para venir con ellos a las manos⁹. Allí fue donde las tropas extranjeras al servicio del Egipto, en parte griegas y en parte carias, llevadas de ira y encono contra Fanes por haberse hecho adalid de un ejército enemigo de otra lengua y nación, maquinaron contra él una venganza bárbara e inhumana. Tenía Fanes unos hijos que había dejado en Egipto, y haciéndolos venir al campo los soldados mercenarios, los presentan en medio de entrambos reales a la vista de su padre, colocan después junto a ellos una gran taza, y sobre ella los van degollando uno a uno,

⁸ En el bajo Egipto suele muchas veces llover en invierno y alguna vez nevar. En el alto Egipto, en especial cerca de las cataratas, es extraordinaria, aunque no cosa nunca vista, una lluvia seguida y continua, que es lo que significa el texto: pues en cuanto al rocío, es allí copioso cuando baja crecido el Nilo.

⁹ Polieno dice que los Egipcios que estaban de guarnición en la fuerte plaza de Pelusio, dieron paso a los Persas por no hacer daño a una gran tropa de perros y gatos y otros ani-

presenciando su mismo padre el sacrificio. Acabada de ejecutar tal carnicería en aquellas víctimas inocentes, mezclan vino y agua con la sangre humana y habiendo de ella bebido todas las guardias extranjeras, cierran con el enemigo. Empeñada y reñida fue la refriega, cayendo de una y otra parte muchos combatientes, hasta que al fin cedieron el campo los Egipcios.

XII. Hallándome en el sitio donde se dio la batalla, me hicieron los Egipcios observar una cosa que me causó mucha novedad. Vi por el suelo unos montones de huesos, separados unos de otros, que eran los restos de los combatientes caídos en la acción; y dije separados, porque según el sitio que en sus filas habían ocupado las huestes enemigas, estaban allí tendidos de una parte los huesos de los Persas, y de otra los de los Egipcios. Noté, pues, que los cráneos de los Persas eran tan frágiles y endebles que con la menor chinita que se los tire se los pasará de parte a parte; y al contrario, tan sólidas y duras las calaveras egipcias que con un guijarro que se les arroje apenas se podrá romperlas. Dábanme de esto los Egipcios una razón a la que yo llanamente asen-

males tenidos en Egipto por sagrados, que Cambises hacía marchar al frente de sus tropas.

tía, diciéndome que desde muy niño suelen raer a navaja sus cabezas, con lo cual se curten sus cráneos y se endurecen al calor del sol. Y esto mismo es sin duda el motivo por qué no encalvecen, siendo averiguado que en ningún país se ven menos calvos que en Egipto, y esta es la causa también de tener aquella gente tan dura la cabeza. Y al revés, la tienen los Persas tan débil y quebradiza, por que desde muy tiernos la defienden del sol, cubriéndosela con sus tiaras hechas de fieltro a manera de turbantes¹⁰. Esta es la particularidad que noté en dicho campo, e idéntica es la que noté en los otros Persas, que conducidos por Aquemenes, hijo de Darío, quedaron juntamente con su jefe vencidos y muertos por Inaro el Libio, no lejos de Papremis.

XIII. Volvamos a los Egipcios derrotados, que vueltas una vez la espaldas al enemigo en la batalla, se entregaron a la fuga sin orden alguno. Encerráronse después en la plaza de Memfis, adonde Cam-

¹⁰ Estas tiaras, aunque hechas de fieltro o lana tupida, creo serían más semejantes en su forma a los turbantes asiáticos que a los sombreros con alas. En cuanto a la fragilidad de los cráneos persas, menos influiría en ella el turbante que el clima del Asia meridional: por lo cual se ve todavía en los cementerios resolverse pronto en ceniza blanca un cadáver

bises les envió río arriba una nave de Mitilene, en que iba un heraldo persa encargado de convidarlos a una capitulación. Apenas la ven entrar en Memfis, cuando saliendo en tropel de la fortaleza y arrojándose sobre ella, no sólo la echan a pique, sino que despedazan a los hombres de la tripulación, y cargando con sus miembros destrozados, como si vieran de la carnicería, entran con ellos en la plaza. Sitiados después en ella, se entregaron al Persa a discreción al cabo de algún tiempo. Pero los Libios que confinan con el Egipto, temerosos con lo que en él sucedía, sin pensar en resistir se entregaron a los Persas, imponiéndose por sí mismo cierto tributo y enviando regalos a Cambises. Los colonos griegos de Barca y de Cirene, no menos amedrentados que los Libios, les imitaron en rendirse al vencedor. Diose Cambises por contento y satisfecho con los dones que recibió de los Libios; pero se mostró quejoso y aun irritado por los presentes venidos de Cirone, por ser a lo que imaginaba cortos y mezquinos. Y, en efecto, anduvieron con él escasos los Cireneos enviándole solamente 500 minas de

asiático, al paso que un europeo se deshace más tarde y en ceniza negra, como se observa en las Filipinas.

plata, las que fue cogiendo a puñados y derramando entre las tropas por su misma mano.

XIV. Al décimo día después de rendida la plaza de Memfis, ordenó Cambises que Psaménito, rey de Egipto, que sólo seis meses había reinado, en compañía de otros Egipcios, fuera expuesto en público y sentado en los arrabales de la ciudad, para probar del siguiente modo el ánimo y carácter real de su prisionero. Una hija que Psaménito tenía, mandóla luego vestir de esclava enviándola con su cántaro por agua; y en compañía de ella, por mayor escarnio, otras doncellas escogidas entre las hijas de los señores principales vestidas con el mismo traje que la hija del rey. Fueron pasando los jóvenes y damas con grandes gritos y lloros por delante de sus padres, quienes no pudieron menos de corresponderlas gritando y llorando también al verlas tan maltratadas, abatidas y vilipendiadas; pero el rey Psaménito, al ver y conocer a la princesa su hija, no hizo más ademán de dolor que bajar sus ojos y clavarlos en tierra. Apenas habían pasado las damas con sus cántaros, cuando Cambises tenía ya prevenida otra prueba mayor, haciendo que allí mismo, a vista de su infeliz padre, pareciese también el príncipe su hijo con otros 2.000 Egipcios, todos mance-

bos principales, todos de la misma edad, todos con dogal al cuello y con mordazas en la boca. Iban estas tiernas víctimas al suplicio para vengar en ellas la muerte de los que en Memfis habían perecido en la nave, de Mitilene, pues tal había sido la sentencia de los jueces regios, que murieran diez de los Egipcios principales por cada uno de los que, embarcados en dicha nave, habían cruelmente fenecida. Psaménito, mirando los ilustres reos que pasaban, por más que entre ellos divisó al Príncipe, su hijo, llevado al caldoso, y a pesar de los sollozos y alaridos que daban los Egipcios sentados en torno de él, no hizo más extremo que el que acababa de hacer al ver a su hija. Pasada ya aquella cadena de condenados al suplicio, casualmente uno de los amigos de Psaménito, antes su frecuente convidado, hombre de avanzada edad, despojado al presente de todos sus bienes y reducido al estado de pordiosero, venía por entre las tropas pidiendo a todos suplicante una limosna a vista de Psaménito, el hijo de Amasis, y de los Egipcios, partícipes de su infamia y exposición en los arrabales. No bien lo ve Psaménito, cuando prorrumpe en gran llanto, y llamando por su propio nombre al amigo mendicante, empieza a desgñarse dándose con los puños en la frente y en la cabeza.

De cuanto hacia el prisionero en cada una de aquellas salidas o espectáculos, las guardias persianas que estaban por allí apostadas iban dando cuentas a Cambises. Admirado éste de lo que se le relataba por medio de un mensajero, manda hacerle una pregunta: -«Cambises, vuestro soberano, dícele el enviado, exige de vos, Psaménito, que le digáis la causa por qué al ver a vuestra hija tan maltratada y el hijo llevado al cadalso, ni gritasteis ni llorasteis, y acabando de ver al mendigo, quien según se le ha informado en nada os atañe ni pertenece, ahora por fin lloráis y gemís.» A esta pregunta que se le hacía respondió Psaménito en éstos términos: «Buen hijo de Cyro, tales son y tan extremados mis males domésticos que no hay lágrimas bastantes con qué llorarlos; pero la miseria de este mi antiguo valido y compañero es un espectáculo para mí bien lastimoso, viéndole ahora al cabo de sus días y en el linde del sepulcro, pobre pordiosero, de rico y feliz que poco antes le veía.» Esta respuesta, llevada por el mensajero, pareció sabia y acertada a Cambises; y al oírla, dicen los Egipcios que lloró Creso, que había seguido a Cambises en aquella jornada, y lloraron asimismo los Persas que se hallaban presentes en la corte de su soberano; y este mismo enternecióse

por fin, de modo que dio orden en aquel mismo punto para que sacasen al hijo del rey de la cadena de los condenados a muerte, perdonándole la vida, y desde los arrabales condujesen al padre a su presencia.

XV. Los que fueron al cadalso con el perdón no hallaron ya vivo al príncipe, que entonces mismo, por primera víctima, acababa de ser decapitado. A Psaménito se le alzó en efecto del vergonzoso poste y fue en derecho presentado ante Cambises, en cuya corte, lejos de hacerle violencia alguna, se le trató desde allí en adelante con esplendor, corriendo sus alimentos a cuenta del soberano; y aun se la hubiera dado en feudo la administración del Egipto, si no se le hubiera probado que en él iba maquinando sediciones, siendo costumbre y política de los Persas el tener gran cuenta con los hijos de los reyes, soliendo reponerlos en la posesión de la corona aun cuando sus padres hayan sido traidores a la Persia. Entre otras muchas pruebas de esta costumbre, no es la menor haberlo practicado así con diferentes príncipes, con Taniras, por ejemplo, hijo de Inaro el Libio¹¹, el cual recobró de ellos el dominio que ha-

¹¹ En el reinado de Artajerjes Longimano, Inaro, príncipe de la Libia, puesto al frente de los Egipcios sublevados, y asisti-

bía tenido su padre; y también con Pausiris, que recibió de manos de los mismos el Estado de su padre Amirteo, y esto cuando quizá no ha habido hasta ahora quien mayores males hayan causado a los Persas que Inaro y Amirteo. Pero el daño es tuvo en que no dejando Psaménito de conspirar contra su soberano, le fue forzoso llevar por ello su castigo; pues habiendo llegado a noticia de Cambises que había sido convencido de intentar la sublevación de los Egipcios, Psaménito se dio a sí mismo una muerte repentina, bebiendo la sangre de un toro: tal fue el fin de este rey.

XVI. De Merilfis partió Cambises para Sais con ánimo resuelto de hacer lo siguiente: Apenas entró

do por los Atenienses, dio a los Persas una batalla en que pereció Aquemenes, tío del rey, con 100.000 soldados. El resto de los Persas se fortificó en Memphis, donde estuvieron tres años sitiados por Inaro, hasta que viniendo en su socorro Megabazo con un nuevo ejército, derrotó a éste, obligándole a retirarse a Biblo y a rendirse poco después. El infeliz Inaro fue crucificado en Susa contra la fe de las capitulaciones: pero el egipcio Amirteo, después de haberse retirado con algunos de los suyos a los pantanos inaccesibles, y reinado en ellos pacíficamente con el auxilio de los Atenienses, salió de sus lagunas, y no sólo recobró todo el Egipto, sino que coligado con los Árabes dio en Fenicia una batalla a los Persas en la cual fue derrotado, y no se sabe si muerto

en el palacio del difunto Amasis, cuando sin más dilación mandó sacar su cadáver de la sepultura, y obedecido con toda prontitud ordena allí mismo que azoten al muerto, que le arranquen las barbas y cabellos, que le puncen con púas de hierro, y que no le ahorren ningún género de suplicio. Cansados ya los ejecutores de tanta y tan bárbara inhumanidad, a la que resistía y daba lugar el cadáver embalsamado, sin que por esto se disolviera la momia, y no satisfecho todavía Cambises, dio la orden impía y sacrílega de que el muerto fuera entregado al fuego, elemento que veneran los Persas por dios.

En efecto, ninguna de las dos naciones persa y egipcia tienen la costumbre de quemar a sus difuntos; la primera por la razón indicada, diciendo ellos que no es conforme a razón cebar a un dios con la carne cadavérica de un hombre; la segunda por tener creído que el fuego es un viviente animado y fiero, que traga cuanto se le pone delante, y sofocado de tanto comer muere de hartura, juntamente con lo que acaba de devorar¹². Por lo mismo guár-

también. Los Persas dieron después a su hijo Pausiris el reino de Egipto.

¹² Antiguamente los Persas veneraban el fuego, si como dios o como imagen de la divinidad se ignora; pero se sabe que entre varios pueblos orientales quedó pura por algún tiempo

danse bien los Egipcios de echar cadáver alguno a las fieras o a cualesquiera otros animales, antes bien los adoban y embalsaman al fin de impedir que, enterrados, los coman los gusanos. Se ve, pues, que lo que obró Cambises con Amasis era contra el uso de entrambas naciones. Verdad es que si hemos de creer a los Egipcios, no fue Amasis quien tal padeció, sino cierto Egipcio de su misma edad, a quien atormentaron los Persas creyendo atormentar a aquél; lo que, según cuentan, sucedió en estos términos: Viviendo aun Amasis, supo por aviso de un oráculo lo que le esperaba después de su muerte; prevenido, pues, quiso abrigarse antes de la tempestad, y para evitar la calamidad venidera, mandó que aquel hombre muerto que después fue azotado por Cambises fuese depositado en la misma entrada de su sepulcro, dando juntamente orden a su hijo de que su propio cuerpo fuese retirado en un rincón el más oculto del monumento. Pero a decir verdad, estos encargos de Amasis y su oculta sepultura, y el otro cadáver puesto a la entrada, no me parecen

la religión después del diluvio. Por lo tocante al dios fuego de los Egipcios, no se puede dar una idea más grosera de una divinidad que la descrita por Herodoto; y aunque el vulgo se explicase así, los sacerdotes no venerarían en el fuego material otro númen que su Efesto o Vulcano.

sino temerarias invenciones con que los vanos Egipcios se pavonean.

XVII. Vengado ya Cambises de su difunto enemigo, formó el designio de emprender a un tiempo mismo tres expediciones militares, una contra los Carchedonios o Cartagineses, otra contra los Amonios, y la tercera contra los Etiópes Macrobios, pueblos que habitan en la Libia sobre las costas del mar Meridional¹³. Tomado acuerda, le pareció enviar contra los Carcheldonios sus armadas navales, contra los Amonios parte de su tropa escogida, y contra los Etiópes unos exploradores que de antemano se informasen del estado de la Etiopía, y procurasen averiguar particularmente si era verdad que existiese allí la mesa del sol, de que se hablaba; y para que mejor pudiesen hacerlo quiso que de su parte presentasen sus regalos al rey de los Etiópes.

¹³ Los Macrobios (*hombres de larga vida*) no podían habitar en las costas del mar del Sud, del todo incógnitas a los antiguos. La Etiopía era una dilatada región que por el Norte confinaba con Elefantina de Egipto, por el Poniente con la Libia interior, al presente Abisinia, por el Levante con el mar Rojo, y por el Mediodía con la parte del África, entonces desconocida, que comprende ahora los reinos de Gingiro, Álava y Zeila. Sus antiguos límites no pueden fijarse, así por falta de monumentos, como porque debieran variar según el poder del Etíope.

XVIII. Lo que se dice de la mesa del sol es, que en los arrabales de cierta ciudad de Etiopía hay un prado que se ve siempre lleno de carne cocida de toda suerte de cuadrúpedos; y esto no es algún portento, pues todos los que se hallan en algún empleo público se esmeran cada cual por su parte en colocar allí de noche aquellos manjares. Venido el día, va el que quiere de los vecinos de la ciudad a aprovecharse de la mesa pública del prado, divulgando aquella buena gente que la tierra misma es la que produce de suyo tal opulencia. Esta es, en suma, la tan celebrada mesa del sol.

XIX. Volviendo a Cambises, no bien tomó la resolución de enviar sus espías a la Etiopía, cuando hizo venir de la ciudad de Elefanlina a ciertos hombres de los Ictiófagos¹⁴, bien versados en el idioma etiópico; y en tanto que llegaban, dio orden a su armada naval que se hiciera a la vela para ir contra Carchedon o Cartago. Representáronle los Fenicios que nunca harían tal, así por no permitirselo la fe de los tratados públicos, como por ser una impiedad que la madre patria hiciera guerra a los colonos sus hijos. No queriendo concurrir, pues, los Fenicios a la expedición, lo restante de las fuerzas no era ar-

mamento ni recurso bastante para la empresa; y esta fue la fortuna de los Carchedonios, que por este medio se libraron de caer bajo el dominio persiano; pues entonces consideró Cambises por una parte que no sería razón forzar a la empresa a los Fenicios, que de buen grado se habían entregado a la obediencia de los Persas, y por otro vio claramente que la fuerza de su marina dependía de la armada fenicia, no obstante de seguirle en la expedición contra el Egipto los naturales de Chipre, vasallos asimismo voluntarios de la Persia.

XX. Apenas llegaron de Elefantina los Ictiófagos, los hizo partir Cambises para Etiopía, bien informados de la embajada que debían de dar, y encargados de los presentes que debían hacer, que consistían en un vestido de púrpura, en un collar de oro, unos brazaletes, un bote de alabastro lleno de ungüento, y una pipa de vino fenicio. En cuanto a los Etíopes a quienes Cambises enviaba dicha embajada, la fama que de ellos corre nos los pinta como los hombres más altos y gallardos del orbe, cuyos usos y leyes son muy distintos de los de las demás naciones, en especial la que mira propiamente a la corona, conforme a la cual juzgan que el

¹⁴ Los que se alimentan de pescado.

más alto de talla entre todos y el que reúna el valor a su estatura debe ser el elegido por rey.

XXI. Llegados a esta nación los Ictiófagos de Cambises al presentar los regalos al soberano¹⁵ le arengaron en esta forma: «Cambises, rey de los Persas, deseoso de ser en adelante vuestro buen huésped y amigo, nos mandó venir para que en su nombre os saludemos, y al mismo tiempo os presentemos de su parte los dones que aquí veis, que son aquellos géneros de que con particular gusto suele usar el mismo soberano para el regalo de su real persona.» El Etíope, conociendo desde luego que los embajadores no eran más que espías, les dijo: «Ni ese rey de los Persas os envía con esos presentes para honrarse de ser mi amigo y huésped, ni vosotros decís verdad en lo que habláis; pues vosotros, bien lo entiendo, venís por espías de mi Es-

¹⁵ La capital de este soberano, cercana al país de los Ictiófagos situados en las orillas del golfo Árabe, sería, según parece, la antigua Auxumts, ahora Ascum, 45 leguas distante del mar Rojo, a 14 grados de latitud boreal. Sólo suponiendo esta parte de Etiopía, la más distante del Egipto, dividida e independiente de las demás, podrá conciliarse la sencillez de estos Etíopes y su ignorancia del uso de púrpura, brazaletes, pan, etc., con las conquistas que habían hecho en Egipto los reyes Etíopes sin duda de otras provincias, y con la comuni-

tado y él nada tiene por cierto de príncipe justo y hombre recto, pues a serlo, no deseara más imperio que el suyo, ni metiera en sujeción a los pueblos que en nada le han ofendido. Por abreviar, entregarle de mi parte este arco que aquí veis, y le daréis juntamente esta mi formal respuesta: El rey de los Etiópes, aconseja por bien de paz al rey de las Persas, que haga la guerra a los Macrobios, fiado en el número de vasallos en que es superior a aquél; entonces cuando vea que sus Persas encorvan arcos de este tamaño con tanta facilidad como yo ahora doblo este a vuestros ojos; y mientras no vea hacer esto a los suyos, de muchas gracias a los dioses, porque no inspiran a los Etiópes el deseo de nuevas conquistas para dilatar más su dominio.»

XXII. Dijo el Etíope, y al mismo punto aflojando su arco lo entrega a los enviados. Toma después en sus manos la púrpura regalada, y pregunta qué venía a ser aquello y cómo se hacía: dícenle los Ictiófagos la verdad acerca de la púrpura y su tinte; y él entonces les replica: «Bien va de engaño; tan engañosos son ellos como sus vestidos y regalos.» Pregunta después qué significa lo del collar y braza-

cación tan estrecha que habían tenido con la nación más civilizada.

letes; y como se lo declarasen los Ictiófagos diciendo que eran galas para mayor adorno de la persona, rióse el rey, y luego: -«No hay tal, les replica; no me parecen galas sino grillos, y a fe mía que mejores y más fuertes son los que acá tenemos.» Tercera vez preguntó sobre el unguento; e informado del modo de hacerlo y del uso que tenía, repitió lo mismo que acerca del vestido de púrpura había dicho. Pero cuando llegó a la prueba del vino, informado antes cómo se preparaba aquella bebida, y relamiéndose con ella los labios, continuó preguntando cuál era la comida ordinaria del rey de Persia y cuánto solía vivir el Persa que más vivía. Respondieronle a lo primero que el sustento común era el pan, explicándole juntamente qué cosa era el trigo de que se hacía; y a lo segundo, que el término más largo de la vida de un Persa era de ordinario 80 años. A lo cual repuso el Etíope que nada extrañaba que hombres alimentados con el estiércol que llamaban pan vivieran tan poco, y que ni aun duraran el corto tiempo que vivían, a no mezclar aquel barro con su tan preciosa bebida, con lo cual indicaba a los Ictiófagos el vino, confesando que en ello les hacían ventaja los Persas.

XXIII. Tomando de aquí ocasión los Ictiófagos de preguntarle también cuál era la comida y cuán larga la vida de los Etiópes, respondióles el rey, que acerca de la vida, muchos entre ellos había que llegaban a los 120 años, no faltando algunos que alcanzaban a más; en cuanto al alimento, la carne cocida era su comida y la leche fresca su bebida ordinaria. Viendo entonces el rey cuanto admiraban los exploradores una vida de tan largos años, los condujo él mismo a ver una fuente muy singular, cuya agua pondrá al que se bañe en ella más empapado y reluciente que si se untara con el aceite más exquisito, y hará despedir de su húmedo cuerpo un olor de viola finísimo y delicado. Acerca de esta rara fuente referían después los enviados ser de agua tan ligera que nada sufría que sobrenadase en ella, ni madera de especie alguna, ni otra cosa más leve que la madera, pues lo mismo era echar algo en ella, fuese lo que fuese, que irse a fondo al momento. Y en verdad, si tal es el agua cual dicen, ¿no se pudiera conjeturar que el uso que de ella hacen para todo los Etiópes, hará que gocen los Macrobios de tan larga vida? Desde esta fuente, contaban los exploradores que el rey en persona los llevó en derechura hasta la cárcel pública, donde vieron a todos los

presos aherrojados con grillos de oro, lo que no es extraño siendo el bronce entre los Etiópes el metal más raro y más apreciado. Vista la cárcel, fueron a ver asimismo la famosa mesa del sol, según la llaman.

XXIV. Desde ella partieron hacia las sepulturas de aquella gente, que son, según decían los que las vieron, una especie de urnas de vidrio, preparadas en la siguiente forma: Adelgazado el cadáver y reducido al estado de momia, sea por el medio con que lo hacen los Egipcios, sea de algún otro modo, le dan luego una mano de barniz a manera de una capa de yeso, y pintan sobre ella con colores la figura del muerto tan parecida como pueden alcanzar, y así le meten dentro de un tubo hecho de vidrio en forma de columna hueca, siendo entre ellos el vidrio que se saca de sus minas muy abundante y muy fácil de labrar¹⁶. De este modo, sin echar de sí mal olor,

¹⁶ Este vidrio sacado de las minas, muy diferente sin duda del nuestro, da lugar a muchas conjeturas. Ámbar no puede serlo, pues sólo es depósito del mar Báltico: con más verosimilitud se le cree alcohol, de que abunda la Abisinia, o una especie de sal de piedra, tierna al excavarla y endurecida después al aire. Respecto a las costumbres que atribuye Herodoto a los Etiópes, convienen en parte con las actuales: su amor a la bebida es el mismo; su vida, aunque no tan larga en la actualidad, es favorecida por el clima y por la sencillez

ni ofrecer a los ojos un aspecto desagradable, se divisa al muerto cerrado en su columna transparente, que lo presenta en la apariencia como si estuviera vivo allí dentro. Es costumbre que los deudos más cercanos tengan en su casa por un año estas urnas o columnas, ofreciéndoles entre tanto las primicias de todo, y haciéndoles sacrificios, y que pasado aquel término legítimo las saquen de casa y las coloquen alrededor de la ciudad.

XXV. Vistas y contempladas estas cosas extraordinarias, salieron por fin los exploradores de vuelta hacia Cambises, el cual, apenas acabaron de darle cuenta de su embajada, lleno de enojo y furor emprende de repente la jornada contra Etiopía¹⁷. Prín-

de costumbres y alimentos; y su abundancia en oro es confirmada por muchos autores, si bien no es menor en Abisinia la del hierro que es quizá el bronce de Herodoto.

¹⁷ No será impropio de este lugar reducir a un punto de vista la historia de la antigua Etiopía esparcida por varios escritores. El nombre de Etiopía se extendía a los Escitas del Araxes, a los Árabes de una y otra orilla del Mar Rojo, a los Africanos de la Libia interior, y a los Abisinios o Etiopes propios de quienes nos ocupamos. Descendientes de Habaschi, hijo de Chus, que pasando el estrecho de Babel Mandel dio el nombre a su nación y a su país, estuvieron al principio divididos en varios reinos, que Plinio hace subir a 45, entre los cuales eran los más poderosos los de Meroe y Auxumis, dilatándose el primero hasta la Tebaida; contra el cual, dicen

cipe de menguado juicio y de ira desenfrenada, no manda antes hacer provisión alguna de víveres, ni se detiene siquiera en pensar que lleva sus armas al extremo de la tierra; oye a los Ictiófagos, y sin más espera, emprende desde luego tan larga expedición, da orden a las tropas griegas de su ejército que allí le aguardan, y manda tocar a marcha a lo restante de su infantería. Cuando estuvo ya de camino, dispuso que un cuerpo de 50.000 hombres, destacado del ejército, partiera hacia los Amonios, que al llegar allí

se dirigió la famosa expedición de Moisés como general de Faraon. No es improbable que la reina de Sabá que visitó a Salomón fuese soberana a un tiempo de los Egipcios y Etiopes, y que tuviera de Salomón un hijo de quien descendían los antiguos reyes de Etiopía. Según pretenden los Abisinios, hubo también en Meroe diversas reinas con el nombre de Candace, de una de las cuales era ministro el eunuco bautizado por San Felipe. Reunidos los Etiopes en un mismo imperio por Sesostris, que será acaso el Sesac de la Escritura, tuvieron sus conquistadores, como Zara, derrotado por Asá, rey de Judá, al frente de un millón de soldados, y como el ya conocido Sabacon, llamado Sua o Taraca en la Biblia, hasta que el Asirio Asaraddon, para vengar la derrota de su padre Senaquerib, se apoderó del Egipto y de la Etiopía, donde reinó tres años con mucha crueldad. No se sabe más de los Etiopes hasta Cyro, cuyos sucesores solo dominaron algunos Etiopes confinantes con Egipto. Ptolomeo Evergetes penetró más tarde hasta Auxumis, y los Romanos entraron alguna vez en Etiopía; pero fueron efímeras y nada estables sus conquistas.

los trataron como a esclavos, y pusiesen fuego al oráculo de Júpiter Amon; y él mismo en persona, al frente del grueso de sus tropas, continuó su marcha hacia los Etiópes. No habían andado todavía una quinta parte del camino que debían hacer, cuando al ejército se lo acababan ya los pocos víveres que traía consigo, los que consumidos, se le iban después acabando los bagajes, de que echaban mano para su necesario sustento. Si al ver lo que pasaba desistiera entonces, ya que antes no, de su porfía y contumacia el insano Cambises, dando la vuelta con su ejército, hubiérase portado como hombre cuerdo que si bien puede errar, sabe enmendar el yerro antes cometido; pero no dando lugar aun a ninguna reflexión sabia, llevando adelante su intento, iba prosiguiendo su camino. Mientras que la tropa halló hierbas por los campos, mantúvose de ellas. Mas llegando en breve a los arenales, algunos de los soldados, obligados de hambre extrema, tuvieron que echar suertes sobre sus cabezas, a fin de que uno de cada diez alimentase con su carne a nueve de sus compañeros. Informado Cambises de lo que sucedía, empezó a temer que iba a quedarse sin ejército si aquel diezmo de vidas continuaba; y al cabo, dejando la jornada contra los Etiópes, y volviendo a

deshacer su camino, llegó a Tebas con mucha pérdida de su gente. De Tebas bajó a Memfis y licenció a los Griegos, para que embarcándose se restituyesen a su patria. Tal fue el éxito de la expedición de Etiopía.

XXVI. De las tropas que fueron destacadas contra los Amonios, lo que de cierto se sabe es, que partieron de Tebas y fueron conducidas por sus guías hasta la ciudad de Oasis, colonia habitada, según se dice, por los Samios de la Fila Escrionia, distante de Tebas siete jornadas, siempre por arenales, y situada en una región a la cual llaman los Griegos en su idioma Isla de los Bienaventurados¹⁸. Hasta este paraje es fama general que llegó aquel cuerpo de ejército; pero lo que después le sucedió, ninguno lo sabe, excepto los Amonios o los que de ellos lo oyeron: lo cierto es que dicha tropa ni llegó a los Amonios, ni dio atrás la vuelta desde Oasis. Cuentan los Amonios que, salidos de allí los soldados, fueron avanzando hacia su país por los arenales: llegando ya a la mitad del camino que hay entre su ciudad y la referida Oasis, prepararon allí su co-

¹⁸ No sé por qué los Griegos dieron este nombre al lugar donde se deportaba a los desterrados. La citada Oasis era la mayor de las tres así llamadas.

mida, la cual tomada, se levantó luego un viento Noto tan vehemente e impetuoso, que levantando la arena y remolinándola en varios montones, los sepultó vivos a todos aquella tempestad, con que el ejército desapareció: así es al menos como nos lo refieren los Amonios.

XXVII. Después que Cambises se hubo restituido a Memfis, se apareció a los Egipcios su dios Apis, al cual los Griegos suelen llamar Epafo, y apenas se dejó ver, cuando todos se vistieron de gala y festejaronle públicamente con grandes regocijos. Al ver Cambises tan singulares muestras de contento y alegría, sospechando en su interior que nacían de la complacencia que tenían los Egipcios por el mal éxito de su empresa, mandó comparecer ante sí a los magistrados de Memfis, y teniéndolos a su presencia, les pregunta por qué antes, cuando estuvo en Memfis, no dieron los Egipcios muestra alguna de contento, y ahora vuelto de su expedición, en que había perdido parte de su ejército, todo eran fiestas y regocijos. Respondiéronle llanamente los magistrados que entonces puntualmente acababa de aparecéseles su buen dios Apis, quien no se dejaba ver de los Egipcios sino alguna vez muy de tarde en tarde, y que siempre que se dignaba

visitarles su dios solían festejarle muy alegres y ufanos por la merced que les hacía. Pero Cambises, no bien oída la respuesta, les echó en rostro que mentían, y aun más, los condenó a muerte por embusteros.

XXVIII. Ejecutada en los magistrados la sentencia capital, llama Cambises otra vez a los sacerdotes, quienes te dieron cabalmente la misma respuesta y razón acerca de su dios. Replicóles Cambises que si alguno de los dioses visible y tratable se apareciera a los Egipcios, no debía escondérsele a él, ni había de ser el último en saberlo; y diciendo esto, manda a los sacerdotes que le traigan al punto al dios Apis, que al momento le llevaron. Debo decir aquí que este dios, sea Apis o Epafo, no es más que un novillo cumplido, hijo de una ternera, que no está todavía en la edad proporcionada de concebir otro feto alguno ni de retenerlo en el útero: así lo dicen los Egipcios, que a este fin quieren que baje del cielo sobre la ternera una ráfaga de luz con la cual conciba y para a su tiempo al dios novillo. Tiene este Apis sus señales características, cuales son el color negro con un cuadro blanco en la frente, una como águila pintada en sus espaldas, los pelos de la cola duplicados y un escarabajo remedado en su lengua.

XXIX. Volvamos a los sacerdotes, que apenas acabaron de presentar a Cambises su dios Apis, cuando aquel monarca, según era de alocado y furioso, saca su daga, y queriendo dar al Apis en medio del vientre, hiérole con ella en uno de los muslos¹⁹, y soltando la carcajada, vuelto a los sacerdotes: «Bravos embusteros sois todos, les dice: reniego de vosotros y de vuestros dioses igualmente. ¿Son por ventura de carne y hueso los dioses y expuestos a los filos del hierro? Bravo dios es ese, digno de serlo de los Egipcios y de nadie más. Os juro que no os congratularéis de esa mofa que hacéis de mí, vuestro soberano.» Dicho esto, mandó inmediatamente a los ministros ejecutores de sentencias, que dieran luego a los sacerdotes doscientos azotes sin piedad; y ordenó también que al Egipto, fuese el que fuese, que sorprendieran festejando al dios Apis se le diera muerte sin demora. Así se les turbó la fiesta a los Egipcios, quedaron los sacerdotes bien azotados, y el dios

¹⁹ Antes había ya Cambises con una conducta poco considerada abrasado los templos en Memfis, y quitado de la tumba del rey Osimandias un círculo de oro de 365 codos, en cuya superficie se representaban todos los movimientos de las constelaciones del cielo. Los restos escapados de las llamas subían a más de 300 talentos de oro.

Apis, mal herido en un muslo, tendido en su mismo templo, no tardó en espirar, si bien no le faltó el último honor de lograr a hurto de Cambises sepultura sagrada que le procuraron los sacerdotes viéndole muerto de la herida.

XXX. En pena de este impío atentado, según nos cuentan los Egipcios, Cambises, antes ya algo demente, se volvió al punto loco furioso. Dio principio a su violenta manía persiguiendo al príncipe Esmerdis²⁰, hermano suyo de padre y madre, al cual desterró de su corte de Egipto haciéndole volver a Persia, movido de envidia por haber sido aquél el único que llegó a encorvar cerca de dos dedos el arco etíope traído por los Ictiófagos, lo que nadie de los Persas había podido lograr. Retirado a Persia el príncipe Esmerdis, tuyo Cambises entre sueños una visión en que le parecía ver un mensajero venido de la Persia con la nueva de que Esmerdis, sentado sobre un regio trono, tocaba al cielo con la cabeza. No

²⁰ Jenoronte llama a este príncipe Tanasxares, y Justino, Mergis, variación muy usada en los nombres de los príncipes bárbaros, nacida entre los Griegos y Latinos de la diversidad de su lengua con la de los Orientales. Estos fratricidios de príncipes reales, fundados en la máxima de Seneca, *non capit regnum duos*, eran entre los bárbaros muy frecuentes, hasta que el cristianismo y su civilización vinieren a destruirlos.

necesitó más Cambises para ponerse a cubierto de su sueño con un temerario fratricidio, receloso de que su hermano no quisiese asesinarle con deseos de apoderarse del imperio. Envía lucero a Persia, con orden secreta de matar a su hermano, al privado que tenía de su mayor satisfacción, llamado Prejaspes, y en efecto, habiendo éste subido a Susa, dio muerte a Esmerdis, bien sacándolo a caza, según unos, o bien, según otros, llevándole al mar Erithreo y arrojándole allí al profundo de las aguas.

XXXI. Este fratricidio quieren que sea la primera de las locuras y atrocidades de Cambises. La segunda la ejecutó bien pronto en una princesa que le había acompañado al Egipto, siendo su esposa, y al mismo tiempo su hermana de padre y madre²¹. He aquí cómo sucedió este incestuoso casamiento. Entre los Persas no había ejemplar todavía de que un hermano hubiese casado jamás con su misma hermana; pero Cambises, criminalmente preso del

²¹ Esta hermana a quien mató Cambises en Egipto, se llamaba Meroe, y su hermana mayor, y mujer también suya, era Atosa. El ejemplo de Cambises abrió la puerta a todo género de incesto entre los Persas, que cerrando los ojos al horror de la naturaleza y al grito de la razón, no reconocían parentesco alguno, aun en primer grado, que les impidiera el matrimonio.

amor de una de sus hermanas, a quien quería tomar por esposa, viendo que iba a hacer en esto una cosa nueva y repugnante a la nación, después de convocar a los jueces regios les pregunta si alguna de las leyes patrias ordenaba que un hermano casara con su hermana queriéndola tomar por esposa: estos jueces regios o consejeros áulicos son entre los Persas ciertos letrados escogidos de la nación, cuyo empleo suele de suyo ser perpetuo, sino en caso de ser removidos en pena de algún delito personal²². Su oficio es ser intérpretes de las leyes patrias y árbitros en sus decisiones de todas las controversias nacionales. Pero más cortesanos que jueces en la respuesta dada a Cambises, no protestando menos celo de la justicia que atendiendo a su propia conveniencia, dijeron que ninguna ley hallaban que ordenase el matrimonio de hermano con hermana, pero si hallaban una que autorizaba al rey de los Persas para hacer cuanto quisiese. Dos ventajas lograban de este

²² Estos consejeros de Estado, en número de siete, parece que seguían siempre la corte y el soberano, si bien algunos más residirían quizá ya en una, ya en otra provincia del imperio, según la urgencia de los negocios. El despotismo de los monarcas y la arbitrariedad de los sátrapas no debía permitir en los jueces tribunales que Jenofonte nos pinta en su *Cirope-dia*, menos según la realidad que según lo que debía ser.

modo la de no abrogar la costumbre recibida, temiendo que Cambises no los perdiera por prevaricadores, y la de lisonjear la pasión del soberano en aquel casamiento, citando una ley a favor de su despotismo. Casóse entonces Cambises con su hermana, de quien se había dejado preñar, y sin que pasara mucho tiempo, tomó también por esposa a otra hermana, que era la más joven de las dos, a quien quitó la vida habiéndola llevado consigo en la jornada de Egipto.

XXXII. La muerte de esta princesa, no menos que la de Esmerdis, se cuenta de dos maneras. He aquí cómo la cuentan los Griegos: Cambises se entretenía en hacer reñir entre sí dos cachorritos, uno de león y otro de perro, y tenía allí mismo a su mujer que los estaba mirando. Llevaba el perrillo la peor parte en la pelea; pero viéndolo otro perrillo su hermano, que estaba allí cerca atado, rota la prisión, corrió al socorro del primero, y ambos unidos pudieron fácilmente vencer al leoncillo. Dio mucho gusto el espectáculo a Cambises, pero hizo saltar las lágrimas a su esposa, que estaba sentada a su lado. Cambises, que lo nota, pregúntale por qué llora, a lo que ella responde que al ver salir el cachorro a la defensa de su hermano, se le vino a la memoria el

desgraciado Esmerdis, y que esta triste idea, junto con la reflexión de que no había tenido el infeliz quien por él volviese, le había arrancado lágrimas. Esta vehemente réplica, según los Griegos, fue el motivo por qué Cambises la hizo morir. Pero los Egipcios lo refieren de otro modo: sentados a la mesa Cambises y su mujer, iba ésta quitando una a una las hojas a una lechuga: preguntándole después a su marido cómo le parecía mejor la lechuga, desnuda como estaba, o vestida de hojas como antes, y respondiéndole Cambises que mejor le parecía vestida: -«Pues tú, le replica su hermana, has hecho con la casa de Cyro lo que a tu vista acabo de hacer con esta lechuga, dejándola desnuda y despojada.» Enfurecido Cambises, dióle allí de coces, y subiéndosele sobre el vientre, hizo que abortara y que de resultas del aborto muriera.

XXXIII. A tales excesos de inhumano furor e impía locura contra los suyos se dejó arrebatarse Cambises, ora fuese efecto de la venganza de Apis, ora de algún otro principio, pues que entre los hombres suelen ser muchas las desventuras y varias las causas de donde dimanar. No tiene duda que se dice de Cambises haber padecido desde el vientre de su madre la grande enfermedad de gota coral, a

quien llaman algunos morbo sagrado: ¿qué mucho fuera, pues, que de resultas de tan grande enfermedad corporal hubiera padecido su fantasía y trastorándose su razón?

XXXIV. Además de sus deudos, enfurecióse también contra los demás Persas el insano Cambises, según harto lo manifiesta lo que, como dicen, sucedió con Prejaspes, su íntimo privado, introductor de los recados, mayordomo de sala, cuyo hijo era su copero mayor, empleo de no poca estima en palacio. Háblóle, pues, Cambises en esta forma: -«Dime, Prejaspes: ¿qué concepto tienen formado de mí los Persas? ¿con qué ojos me miran? ¿qué dicen de mí? -Grandes son, señor, respondió Prejaspes, los elogios que de vos hacen los Persas; solo una cosa no alaban, diciendo que gustáis algo del vino.» Apenas hubo dicho esto acerca de la opinión de los Persas, cuando fuera de sí de cólera, replicóle Cambises: -«¿Y eso es lo que ahora me objetan? ¿eso dicen de mí los Persas, que tomado del vino pierdo la razón? Mentían, pues, en lo que antes decían.» Con estas palabras aludía Cambises a otro caso antes acaecido: hallándose una vez con sus ministros y consejeros, y estando también Creso en la asamblea de los Persas, preguntóles el rey cómo

pensaban de su persona y si le miraban los vasallos por igual a su padre Cyro. Respondiéronle sus consejeros que hacía ventajas aun a Cyro, cuyos dominios no solo conservaba en su obediencia, sino que les había añadido las conquistas del Egipto y de las costas del mar. Creso, presente a la junta y poco satisfecho de la respuesta que oía de boca de los Persas, vuelto hacia Cambises le dijo: -«Pues a mí no me parecéis, hijo del gran Cyro, ni igual ni semejante a vuestro padre, cuando todavía no nos habéis sabido dar un hijo tal y tan grande como Cyro nos lo supo dejar en vos.» Cayó en gracia a Cambises la fina lisonja de Creso, y celebróla por discreta.

XXXV. Haciendo, pues, memoria de este suceso anterior, Cambises, lleno entonces de enojo, continuó su diálogo con Prejaspes. -«Aquí mismo, pues, quiero que veas con tus ojos si los Persas aciertan o desatinan en decir que pierdo la razón. He aquí la prueba que he de hacer: voy a disparar una flecha contra tu hijo, contra ese mismo que está ahí en mi antesala: si le diere con ella en medio del corazón, será señal de que los Persas desatinan; pero si no la clavare en medio de él, yo mismo me daré por convencido de que aciertan en lo que de mí dicen, y que yo soy el que no atino.» Dice, apunta su arco, y tira

contra el mancebo: cae éste, y mándale abrir Cambises para registrar la herida. Apenas halló la flecha bien clavada en medio del corazón, dio una gran carcajada, y habló así con el padre del mancebo, presente allí a la anatomía del hijo: -«¿No ves claramente, Prejaspes, que no soy yo quien, perdido el juicio, no atina, sino los Persas los que van fuera de tino y razón? Y si no, dime ahora: ¿viste jamás otro que así sepa dar en el blanco, como yo he sabido darle en medio del corazón?» Bien conoció Prejaspes que estaba el rey totalmente fuera de sí, y temeroso de que no convirtiera contra él mismo su furor: «Señor, le dice, os juro que la mano misma de Dios no pudo ser más certera.» No hubo más por entonces; pero después, en otro sitio y ocasión, hizo el furioso Cambises otra barbarie semejante con doce Persas principales, mandándolos enterrar vivos y cabeza abajo, sin haber ellos dado motivo en cosa de importancia.

XXXVI. Viendo, pues, Creso el Lydio los atroces desafueros que iba cometiendo Cambises, parecióle sería bien darle un aviso, y así abocándose con él: -«Señor, le dice, no conviene soltar la rienda a la dulce ira de la juventud, antes es mejor tirarla, reprimiéndoo a vos mismo. Bueno es prever lo que

pueda llegar, y mejor aun prevenirlo, vos, señor, dais la muerte a muchos hombres, la dais también a algunos mozos vuestros, sin haber sido antes hallados reos, ni convencidos de culpa alguna notable: los Persas quizá, si continuáis en esa conducta, se os podrán sublevar. Me perdonaréis esta libertad que tomo en atención a que Cyro, vuestro padre, con las mayores veras, me encargó que cuando lo juzgase necesario os asistiese con mis prevenciones y avisos.» Aconsejábale Creso con mucho amor y cortesía; pero Cambises le contestó con esta insolencia: -«Y tú, Creso, ¿tienes osadía de avisar y aconsejar a Cambises? ¿tú que tan bien supiste mirar por tu casa y corona; tú que tan buen expediente diste a mi padre, aconsejándole que pasara el Arixes contra los Masagetas cuando querían pasar a nuestros dominios? Dígote que con tu mala política te perdiste a ti, juntamente con tu patria, y con tu elocuencia engañaste a Cyro y acabaste con la vida de mi padre. Pero ya es tiempo que no te felicites más por ello, pues mucho hace ya que con un pretexto cualquiera debiera yo haberme librado de ti.» No bien acaba de hablar en este tono, cuando va por su arco para dispararlo contra Creso; pero éste, anticipándosele, sale corriendo hacia fuera. Cambises, viendo que no

puede alcanzarle ya con sus flechas, ordena a gritos a sus criados que cojan y maten a aquel hombre; pero ellos, que tenían bien conocido a su amo, y profundamente sondeado su variable humor, tomaron el partido de ocultar entretanto a Creso. Su mira era cauta y doble, o bien para volver a presentar a Creso vivo y salvo, en caso de que Cambises arrepentido lo echara menos, esperanzados de ganar entonces albricias por haberle salvado, o bien de darle muerte después, caso de que el rey, sin mostrar pesar por su hecho, no deseara que Creso viviese. No pasó, en efecto, mucho tiempo sin que Cambises deseara de nuevo la compañía y gracia de Creso; sabiendo los familiares, y le dan alegres la nueva de que tenían vivo a Creso todavía. «Mucho me alegro, dijo Cambises al oírlo, de la vida y salud de mi buen Creso; pero vosotros que me lo habéis conservado vivo no os alegrareis por ello, pues pagareis con la muerte la vida que le habéis dado.» Y como lo dijo lo ejecutó.

XXXVII. De esta especie de atentados, no menos locos que atroces, hizo otros muchos Cambises, así con sus Persas, como con los aliados de la corona en el tiempo que se detuvo en Memfis, donde con nota de impío iba abriendo los antiguos mo-

numentos y diciendo mil gracias insolentes y donos-
 sas contra las momias egipcias. Entonces fue tam-
 bién cuando entró en el templo de Vulcano, y se
 divirtió en él, haciendo burla y mofa de su ídolo,
 tomando ocasión de su figurilla, muy parecida en
 verdad a los dioses *Pataicos* fenicios que en las proas
 de sus naves suelen llevar los de Fenicia. Estos dio-
 ses, por si acaso alguno jamás los vio, voy a dibu-
 jarlos aquí en un rasgo sólo, con decir que son unos
 muñecos u hombres pigmeos. Quiso asimismo
 Cambises entrar en el templo de los Cabiros²³, don-
 de nadie más que a su sacerdote es lícita la entrada;
 con cuyas estatuas tuvo mucho que reir y mofar,
 haciendo después del escarnio que las quemaran.
 Estas estatuas vienen a ser como la de Vulcano, de
 quien se dice son hijos los Cabiros.

XXXVIII. Por fin, para hablar con franqueza,
 Cambises me parece a todas luces un loco insensa-
 to; de otro modo, ¿cómo hubiera dado en la ridícula
 manía de escarnecer y burlarse de las cosas sagradas
 y de los usos religiosos? Es bien notorio lo siguien-
 te: que si se diera elección a cualquier hombre del

²³ No es posible sacar a estos dioses del caos de la mitología,
 ni dar razón de su nombre, procedencia y número, a menos

mundo para que de todas las leyes y usanzas escogiera para sí las que más le complacieran, nadie habría que al cabo, después de examinarlas y registrarlas todas, no eligiera las de su patria y nación. Tanta es la fuerza de la preocupación nacional, y tan creídos están los hombres que no hay educación, ni disciplina, ni ley, ni moda como la de su patria. Por lo que parece que nadie sino un loco pudiera burlarse de los usos recibidos de que se burlaba Cambises. Dejando aparte mil pruebas de que tal es el sentimiento común de los hombres, mayormente en mira a las leyes y ceremonias patrias, el siguiente caso puede confirmarlo muy señaladamente. En cierta ocasión hizo llamar Darío a unos Griegos, sus vasallos, que cerca de sí tenía, y habiendo comparecido luego, les hace esta pregunta: -cuánto dinero querían por comerse a sus padres al acabar de morir. -Respondieronle luego que por todo el oro del mundo no lo harían. Llama inmediatamente después a unos indios titulados Ca'atias, entre los cuales es uso común comer el cadáver de sus propios padres: estaban allí presentes los Griegos, a quienes un intérprete declaraba lo que se decía: venidos los In-

que se les tome por compañeros de Vulcano, padre de los herreros, venidos de Fenicia a varios lugares de la Grecia.

dios, pregunta Darío cuánto querían por permitir que se quemaran los cadáveres de sus padres; y ellos luego le suplican a gritos que no dijera por los dioses tal blasfemia. ¡Tanta es la prevención a favor del uso y de la costumbre! De suerte, que cuando Píndaro hizo a la costumbre árbitra y déspota de la vida, habló a mi juicio como filósofo más que como poeta.

XXXIX. Pero dejando reposar un poco al furioso Cambises, al mismo tiempo que hacía su expedición contra el Egipto, emprendían otra los Lacedemonios hacia Samos²⁴ contra Polícrates, hijo

²⁴ La isla de Samos, separada del Asia menor por un estrecho de mil pasos de ancho, situada entre el grado 38 y 39 de latitud, y de unas 81 millas de circuito, poblada desde el principio por Macareo, hijo de Eolo, ocupada después por los Carios, y conquistada por los Jonios en tiempo de Roboam, fue una de las más célebres de Grecia. Su gobierno sería antiguamente monárquico, pues se hace memoria, no sólo de Macareo, Tembrio y Procles, antiguos poseedores de la isla, sino también del rey Amfícrates, anterior a la edad de Cambises. Prevalció después la democracia en tiempo de Creso y de Cyro, de quienes nunca fueron vasallos los Samios, muy poderosos por mar y opulentos comerciantes; pero a la democracia sucedió la oligarquía de los *geómoros*, o de algunos nobles que repartiéndose los campos gobernaron la isla con una especie de Senado, hasta que fueron todos degollados por el pueblo; el cual no recobró su libertad sino para recaer en manos del general Silosonte, y poco después de la muerte

de Eaces, que en aquella isla se había levantado. Al principio de su tiranía, dividido en tres partes el Estado, repartió una a cada uno de sus dos hermanos; pero poco después reasumió el mando de la isla entera, dando muerte a Pantagnoto, uno de ellos, y desterrando al otro, Silosonte, el más joven de los tres. Dueño ya único y absoluto del Estado, concluyó un tratado público de amistad y confederación con Amasis, rey de Egipto, a quien hizo presentes y de quien asimismo los recibió. En muy poco tiempo subieron los asuntos de Polícrates a tal punto de fortuna y celebridad, que así en Jonia como en lo restante de Grecia, se oía sólo en boca de todos el nombre de Polícrates, observando que no emprendía expedición alguna en que no le acompañase la misma felicidad. Tenía, en efecto, una armada naval de 100 *pentecónteros*, y un cuerpo de mil alabarderos a su servicio; atropellábalo todo sin respetar a hombre nacido; siendo su máxima favorita que sus amigos le agradecerían más lo restituido que lo nunca robado. Apoderóse a viva fuerza de muchas de las islas vecinas, y de no pocas plazas del continente. En una de sus expediciones, ganada una

de éste, en las de Eaces, quien dejó el mando a su hijo Polícrates, 531 años antes de Jesucristo.

victoria naval a los Lesbios, los cuales habían salido con todas sus tropas a la defensa de los de Mileto, los hizo prisioneros, y cargados de cadenas les obligó a abrir en Samos el foso que ciñe los muros de la plaza.

XL. Entretanto, Amasis no miraba con indiferencia la gran prosperidad de Polícrates su amigo, antes se informaba con gran curiosidad del estado de sus negocios; y cuando vio que iba subiendo de punto la fortuna de su amigo, escribió en un papel esta carta y se la envió en estos términos²⁵: -«Amasis a Polícrates. -Por más que suelen ser de gran consuelo para el hombre las felices nuevas que oye de los asuntos de un huésped y amigo suyo, con todo, no me satisface lo mucho que os lisonjea y halaga la fortuna, por cuanto sé bien que los dioses tienen su poco de celos o de envidia. En verdad prefiriera yo

²⁵ Si no es este realmente el ejemplar de la carta de Amasis, o un extracto del discurso de Solon con Creso, está en ella perfectamente imitada la simplicidad majestuosa de los antiguos soberanos. Sus máximas, aunque fundadas en los errores del fatalismo y de la envidia que se atribuye a los dioses, podrán ser ciertas aplicándolas a la infalibilidad con que se cumplen los divinos decretos, una vez previstos, pero no violentados los actos de nuestro libre albedrío, y a la insolencia injuriosa, compañera de una larga prosperidad, con que suele obcecar a los príncipes la justicia divina.

para mí, no menos que para las personas que de veras estimo, salir a veces con mis intentos, y a veces que me saliesen frustrados, pasando así la vida en una alternativa de ventura y desventura, que verlo todo llegar prósperamente. Dígote esto, porque te aseguro que de nadie hasta ahora oí decir que después de haber sido siempre y en todo feliz, a la postre no viniera al suelo estrepitosamente con toda su dicha primera. Sí, amigo, créeme ahora, y toma de mí el remedio que voy a darte contra los engañosos halagos de la fortuna. Ponte sólo a pensar cuál es la cosa que más estima te merece, y por cuya pérdida más te dolieras en tu corazón: una vez hallada, apártala lejos de ti, de modo que nunca jamás vuelva a parecer entre los hombres. Aun más te diré: que si practicada una vez esta diligencia no dejara de perseguirte con viento siempre en popa la buena suerte, no dejes de valerte a menudo de este remedio que aquí te receto.»

XLI. Leyó Polícrates la carta, y se hizo cargo de la prudencia del aviso que le daba Amasis; y poniéndose luego a discurrir consigo mismo cuál de sus alhajas sintiera más perder, halló que sería sin duda un sello que solía siempre llevar, engastado en oro y grabado en una esmeralda, pieza trabajada por

Teodoro el Samio, hijo de Telecles. Al punto mismo, resuelto ya a desprenderse de su sello querido, escoge un medio para perderlo adrede, y mandando equipar uno de sus *pentecónteros*, se embarca en él, dando orden de engolfarse en alta mar, y lejos ya de la isla, quitase el sello de su mano a vista de toda la tripulación, y arrojándolo al agua, manda dar la vuelta hacia el puerto, volviendo a casa triste y melancólico sin su querido anillo.

XLII. Pero al quinto o sexto día de su pérdida voluntaria le sucedió una rara aventura. Habiendo cogido uno de los pescadores de Samos un pescado tan grande y exquisito que le parecía digno de presentarse a Polícrates, va con él a las puertas de palacio, diciendo querer entrar a ver y hablar a Polícrates su señor. Salido el recado de que entrase, entra alegre el pescador, y al presentar su regalo: -«Señor, le dice, quiso la buena suerte que cogiera ese pescado que ahí veis, y mirándolo desde luego por un plato digno de vuestra mesa, aunque vivo de este oficio y trabajo de mis manos, no quise sacar a la plaza este pez tan regalado; tened, pues, a bien recibir de mí este regalo.» Contento Polícrates con la bella y simple oferta del buen pescador, le respondió así «Has hecho muy bien, amigo; dos place-

res me haces en uno, hablándome como me hablas, y regalándome como me regalas con ese pescado tan raro y precioso: quiero que seas hoy mi convidado²⁶.» Piénsese cuán ufano se volvería el pescador con la merced y honra que se le hacía. Entretanto, los criados de Polícrates al aderezar y partir el pescado, hallan en su vientre el mismo sello de su amo poco antes perdido. No bien lo ven y reconocen, cuando muy alegres por el hallazgo, van con él y lo presentan a Polícrates, diciéndole dónde y cómo lo habían hallado. A Polícrates pareció aquella aventura más divina que casual, y después de haber notado circunstanciadamente en una carta cuanto había practicado en el asunto y cuanto casualmente le había acontecido, la envió a Egipto.

XLIII. Leyó Amasis la carta que acababa de llegarle de parte de Polícrates, y por su contenido conoció luego y vio estar totalmente negado a un hombre librar a otro del hado fatal que amenaza su cabeza, acabándose entonces de persuadir que Polícrates, en todo tan afortunado que ni aun lo que abandonaba perdía, vendría por fin al suelo consigo

²⁶ Polícrates conservaba al parecer, contra lo que sucede generalmente, aquella afectación de familiaridad con el pueblo,

y con toda su dicha. Por efecto de la carta hizo Amasis entender a Polícrates, por medio de un embajador enviado a Samos, que anulando los tratados renunciaba a la amistad y hospedaje público que con él tenía ajustado; en lo cual no era otra su mira sino la de conjurar de antemano la pesadumbre que sin duda sintiera mucho mayor en su corazón si viniera a descargar contra Polícrates el último y fatal golpe que la fortuna le tenía guardado, siendo todavía su huésped y público amigo.

XLIV. Contra este hombre en todo tan afortunado hacían una expedición los Lacedemonios, como antes decía, llamados al socorro por ciertos Samios mal contentos de su tirano, quienes algún tiempo después fundaron en Creta la ciudad de Cidonia. El origen de esta guerra fue el siguiente: noticioso Polícrates de la armada que contra el Egipto iba juntando Cambises, hijo de Cyro, pidióle por favor, enviándole a este fin un mensajero, que tuviera a bien despachar a Samos una embajada que lo convidase a concurrir también con sus tropas a la jornada. Recibido este aviso, Cambises destinó gustoso un enviado a Samos pidiendo a Polícrates

aquella afabilidad y bizarría en convites y en servicios que le habían conducido al mando, ganándole el aura popular.

quisiera juntar sus naves con la armada real que se aprestaba contra el Egipto. Polícrates, que llevaba muy estudiada la respuesta, entresacando de entre sus paisanos aquellos de quienes sospechaba estar dispuestos para alguna sublevación, los envió en 40 galeras a Cambises, suplicándole no volviera a remi-tírselos a su casa.

XLV. Dicen algunos sobre el particular, que no llegaron a Egipto los Samios enviados y vendidos por Polícrates, sino que estando ya de viaje en las aguas del mar Caspio acordaron no pasar adelante en una reunión que entre sí tuvieron, recelosos de la mala fe del tirano. Cuentan otros que llegados ya al Egipto, observando que allí se les ponían guardias, huyeron secretamente, y que de vuelta a Samos, Polícrates, saliéndoles a recibir con sus naves, les presentó la batalla, en la cual, quedando victoriosos los que volvían del Egipto, llegaron a desembarcar en su isla, de donde se vieron obligados a navegar hacia Lacedemonia; vencidos por tierra en una segunda batalla. Verdad es que no falta quien diga que también por tierra salieron vencedores de Polícrates en el segundo combate los Samios recién vueltos del Egipto; pero no me parece probable, cualquiera que sea quien lo afirme. Pues si así hu-

biera sucedido, ¿que necesidad tuvieron los restituidos a Samos de llamar en su ayuda a los Lacedemonios, siendo por sí bastantes para hacer frente y derrotar a Polícrates? Y por otra parte, ¿qué razón persuade que por un puñado de gente recién vuelta de su viaje pudiera ser vencido en campo de batalla un tirano que además de la mucha tropa asalariada para su defensa tenía gran número de flecheros por guardias de su casa y persona? tanto más, cuanto al tiempo de darse la batalla, sábese que Polícrates tenía encerrados en el arsenal a los hijos y mujeres de los demás Samios fieles, estando todo a punto para pegar fuego al arsenal y abrasar vivas todas aquellas víctimas en él encerradas, caso de que sus Samios se pasaran a las filas y al partido de los que volvían de la expedición de Egipto.

XCVI. Llegados a Esparta los Samios echados de la isla por el tirano Polícrates, y presentados ante los magistrados como hombres reducidos al extremo de miseria y necesidad, hicieron un largo discurso pidiendo se les quisiera socorrer. Respondieron los magistrados en aquella primera audiencia, más a lo burlesco que a lo lacónico, que no recordaban ya el principio, ni habían entendido el fin de la arenga. En otra segunda audiencia que lograron los Samios,

sin cuidarse de retórica ni discursos, presentando a vista de todos sus alforjas, sólo dijeron que estaban vacías y pedían algo por caridad. A lo cual se les respondió, que harto había con presentar vacías las alforjas, sin ser menester que pidiesen por caridad; y se resolvió darles socorro.

XLVII. Hechos en efecto los preparativos, emprendieron su expedición contra Samos, con la mira, según dicen los Samios, de pagarles el beneficio que de ellos habían antes recibido los Lacedemonios, cuando con sus naves les socorrieron contra los Mesenios; aunque si estamos a lo que los mismos Lacedemonios aseguran, no tanto pretendían en aquella jornada vengar a los que les pedían socorro, como vengarse de dos presas que se les habían hecho, una de cierta copa grandiosa que enviaban a Creso²⁷, otra de un precioso coselete que les enviaba por regalo Amasis, rey de Egipto, el cual los Samios habían interceptado en sus piraterías un año antes de robarles la copa regalada a Creso. Era aquel peto una especie de tapiz de lino entretejido con muchas figuras de animales y bordado con hilos de oro y de cierta lana de árbol, pieza en verdad digna de verse y

admirarse, así por lo dicho como particularmente por contener el urdimbre de cada lizo, no obstante de ser muy sutil, 360 hilos, todos bien visibles y notables²⁸. Igual a este es el peto que el mismo Arriasis consagró en Lindo a Minerva.

XLVIII. Con mucho empeño concurren los Corintios a que se efectuase dicha expedición a Samos, resentidos contra los Samios, de quienes una era antes de esta expedición, y al tiempo mismo en que fue robada la mencionada copa a los Lacedemonios, habían recibido una injuria con el siguiente motivo. Periandro, hijo de Cipselo, enviaba a Sardes al rey Aliates 300 niños tomados de las primeras familias de Corcira, con el destino de ser reducidos a la condición de eunucos. Habiendo de camino tocado en Samos los Corintios que conducían a los desgraciados niños, informados los Samios del motivo y destino con que se los llevaba a Sardes, lo

²⁷ Véase lib. 1.º, pár. LXX.

²⁸ Concuera Plinio con Herodoto en la descripción de este peto y de la lana de que era formado, producto del arbusto del algodón que se cría en los confines del Egipto con la Arabia; pero no acierta en atribuir a Alejandría el primer uso de las telas de hilos de varios colores, conocidas ya desde José, hijo de Jacob, y a Atalo la invención del brocado o tela entretejida con hilos de oro, que vemos usados ya en el peto de Amasis.

primero que con ellos hicieron fue prevenirles que se refugiasen al templo de Diana. Refugiados allí los niños, no permitiendo, por una parte los Samios a los Corintios que se les sacase del asilo con violencia, ni consintiendo, por otra, los Corintios a aquellos que llevasen de comer a los refugiados, discurrieron los Samios para socorrer a los niños instituir cierta fiesta que se celebra todavía del mismo modo. Consistía en que venida la noche, todo el tiempo que los niños se mantuvieron allí refugiados, las doncellas y mancebos de Samos armaban sus coros y danzas, introduciendo en ellas la costumbre de llevar cada cual su torta hecha con miel, de forma que pudieran tomarla los niños, que en efecto la tomaban para su sustento. Dilatóse tanto la fiesta, que al cabo, cansadas de aguardar en vano las guardias corintias, se retiraron de la isla, y los Samios restituyeron a Corcira aquella tropa de niños sin castrar.²⁹

XLIX. Bien veo que si muerto Periandro hubieran corrido los Corintios en buena armonía con los

²⁹ Los Asirios y Babilonios fueron verosímilmente los primeros autores del eunuquismo, pues antes de los Persas lo vemos ya usado en los palacios Lydios y Medos: barbarie cruel y afeminación indigna que se imita escandalosamente en Italia para dar buenas voces a los conciertos y teatros.

naturales de Corcira, no hubiera sido bastante la pasada injuria para que tanto favorecieran aquellos la jornada de Samos. Mas, por desgracia, los dos pueblos desde que la isla se pobló³⁰ nunca han podido tener un día de paz y sosiego: y así es que los Corintios deseaban tomar venganza de los de Samos por la injuria referida. Por lo que toca a Periandro, el motivo que le movió a enviar a Sardes los niños escogidos y sacados de entre los principales vecinos de Corcira para que fuesen hechos eunucos, fue el deseo de vengarse de un atentado mayor que contra él habían cometido aquellos naturales.

L. Para declarar el hecho, debe saberse que después que Periandro quitó la vida a su misma esposa Melisa, quiso el destino que tras aquella calamidad le sucediese también otra doméstica. Tenía en casa dos hijos habidos en Melisa, los dos aun mancebos, uno de 16 y otro de 18 años de edad. Habiéndolos llamado a su corte su abuelo

³⁰ Es incierta la época en que los Corintios enviaron sus colonias a Corfú, aunque debió ser posterior a Hornero, quien la llama en su *Odisea* Scheria, la tierra de los Féacos, sin hacer mención de Egnecrates, conductor de la colonia.

materno, Procles, señor de Epidauro³¹, los recibió con mucho cariño y los agasajó como convenía y como suelen los abuelos a sus nietos. Al tiempo de volverse los jóvenes a Corinto, habiendo salido Procles acompañándolos por largo trecho, les dijo estas palabras al despedirse: -«¡Ah, hijos míos, si sabéis acaso quién mató a vuestra madre!» El mayor no hizo alto en aquella expresión de despedida; pero al menor, llamado Licofron, le impresionó de tal modo, que vuelto a Corinto, ni saludar quiso a su padre, que había sido el matador, ni responder a ninguna pregunta que le hiciera; llegando a tal punto, que Periandro, lleno de enojo, echó al hijo fuera de su casa.

LI. Echado su hijo menor, procuró Periandro saber del mayor lo que les había dicho y prevenido su abuelo materno. El mozo, sin acordarse de la despedida de Procles, a que no había particularmente atendido, dio cuenta a su padre de las demostraciones de cariño con que habían sido recibidos y tratados por el abuelo; pero replicándole Periandro que no podía menos de haberles aquel sugerido algo más, y porfiando mucho al mismo

³¹ Ciudad de la Argolida, quizá Pigiada hoy día, célebre por el templo de Esculapio.

tiempo en querer saberlo todo puntualmente, hizo por fin memoria el hijo de las palabras que usó con ellos el abuelo al despedirse y las refirió a su padre. Bien comprendió Periandro lo que significaba aquella despedida; mas con todo nada quiso aflojar del rigor que usaba con su hijo, sino que, enviando orden al dueño de la casa donde se había refugiado, le prohibió darle acogida en ella. Echado el joven de su posada, se acogió de nuevo a otra, de donde por las amenazas de Periandro y por la orden expresa para que de allí se le sacara, fue otra vez arrojado. Despedido segunda vez de su albergue, fuese a guarecer a casa de unos amigos y compañeros suyos, quienes no sin mucho miedo y recelo, al cabo por ser hijo de Periandro, resolvieron darle acogida.

LII. Por abreviar la narración, mandó Periandro publicar un bando para que nadie admitiera en su casa a su hijo ni le hablara palabra, so pena de cierta multa pecuniaria que en él se imponía, pagadera al templo de Apolo. En efecto, publicado ya este pregón, nadie hubo que le quisiera saludar ni menos recibir en su casa, mayormente cuando el mismo joven por su parte no tenía por bien solicitar a nadie para que contraviniera al edicto de su padre, sino que sufriendo con paciencia la persecución paterna,

vivía bajo los portales de la ciudad, andando de unos a otros. Cuatro días habían ya pasado, y viéndole el mismo Periandro transido de hambre, desfigurado y sucio, no le sufrió más el corazón tratarle con tanta aspereza; y así, aflojando su rigor, se le acercó, y le habló de esta manera: «¡Por vida de los dioses, hijo mío! ¿cuándo acabarás de entender lo que mejor te está, si el verte en la miseria en que te hallas, o tener parte en las comodidades del principado que poseo, solo con mostrarte dócil y obediente a tu padre? ¿Es posible que siendo tú hijo mío y señor de Corinto, la rica y feliz, te afirmes en tu obstinación, y ciego de enojo contra tu mismo padre, a quien ni la menor seña de disgusto debieras dar en tu semblante, quieras a pesar mío vivir cual pordiosero? ¿No consideras, niño, que si alguna desgracia hubo en nuestra casa, de resultas de la cual me miras sin duda con tan malos ojos, yo soy el que llevé la peor parte de aquel mal, y que pago ahora con usura la culpa que en ello cometí? Al presente bien has podido experimentar cuánto más vale envidia que compasión, tocando a un tiempo con las manos los inconvenientes de enemistarte con los tuyos y con tus mayores y de resistirles tenazmente. Ea, vamos de aquí, y al palacio en derechura.» Así se

explicaba Periandro con el obstinado mancebo; pero el hijo no dio a su padre más respuesta, que decirle pagase luego a Apolo la multa en que acababa de incurrir por haberle hablado. Con esto vio claramente Periandro que había llegado al extremo el mal de su hijo, ni admitía ya cura ni remedio, y determinado desde aquel punto a apartarlo de sus ojos, embarcándole en una nave le envió a Corcira, de donde era también, soberano. Pero queriendo vengar la contumacia del hijo en la cabeza del que reputaba por autor de tanta desventura, hizo la guerra a su suegro Procles, a quien cautivó después de tomar por fuerza a Epidauro.

LIII. No obstante lo referido, como Periandro, corriendo el tiempo y avanzando ya en edad, no se hallase con fuerzas para atender al gobierno y despacho de los negocios del Estado, envió a Corcira un diputado que de su parte le dijera a Licofron que viniese a encargarse del mando; pues en el hijo mayor³², a quien tenía por hombre débil y algo menguado, no reconocía talento suficiente para el gobierno. Pero, caso extraño, el contumaz

³² No asiento a que el primogénito, como quieren algunos, se llamase Gorgias, pues éste era el nombre de un hermano de

Licofrón no se dignó responder una sola palabra al enviado de su padre: y con todo, el viejo Periandro, más enamorado que nunca del mancebo, hizo que una hija suya partiese a Corcira, esperando vencer al obstinado príncipe por medio de su hermana, y conseguir el objeto de sus ansias y deseos. Llegada allá, hablóle así la hermana: «Dime, niño, por los dioses: ¿has de querer que el mando pase a otra familia, y que la casa de tu padre se pierda, antes que volver a ella para tomar las riendas del gobierno? Vente a casa conmigo, y no más tenacidad contra tu mismo bien. No saber ceder es de insensatos; no dejes curarte la uña, y vendrás a quedar cojo. Más vale comúnmente un ajuste moderado cediendo cada cual algo de su derecho, que andar siempre en litigios. ¿Ignoras que muchas veces el ahínco en defender a la madre, hace que se pierda la herencia del padre? La corona es movediza, y tiene muchos pretendientes que no la dejarán caer en tierra. Nuestro padre está ya viejo y decaído; ven y no permitas que se alce un extraño con lo tuyo.» Tales eran las razones que la hija, bien prevenida y enseñada por su padre, proponía a Licofrón, y eran, en

Periandro, cuyo hijo Psamético sucedió en el gobierno a su tío.

efecto, las más eficaces y poderosas; y con todo la respuesta del hijo se ciñó a manifestar que mientras supiera que vivía en Corinto su padre, jamás seguramente volvería allá. Después que la hija dio cuenta de su embajada, Periandro, por medio de un diputado que tercera vez envió a su hijo, hizole decir de su parte que viniera él a Corinto, donde le sucedería en el mando, que renunciaba a su favor, queriendo él mismo pasar a Corcira. Admitido con esta condición el partido, disponíanse entrambos para el viaje, el padre para pasar a Corcira, el hijo para restituirse a Corinto. Noticiosos entretanto los Corcirenses de lo concertado, dieron muerte al jóven Licofron para impedir que viniese a su isla el viejo Periandro³³. Tal era, pues, el atentado de que este tomaba satisfacción en los Corcirenses.

LIV. Pero volviendo a tomar el hilo de la narración, después que los Lacedemonios desembarcaron en Samos sus numerosas tropas, desde luego pusieron sitio a la ciudad. Avanzando después hacia los muros y pasando más allá del frente que está junto al mar en los arrabales de la plaza, saltó Polícrates

³³ La muerte de Licofron ocasionó al parecer entre los Corintios y Corcireos una batalla naval, de las más antiguas y célebres que vio la Grecia.

contra ellos con mucha gente armada y logró arrojarlos de aquel puerto. Pero habiendo las tropas, mercenarias y muchas de las milicias de Samos salido de otro fuerte situado en la pendiente de un monte vecino, sucedió que sostenido por algún tiempo el ataque de los Lacedemonios, fueron los Samios al cabo deshechos y derrotados, y no pocos quedaros muertos allí mismo en el alcance que seguían los enemigos.

LV. Y si todos los Lacedemonios allí presentes hubieran obrado con el ardor con que en lo fuerte del alcance obraron dos de ellos, Arquías y Licopes, Samos hubiera sido tomada sin falta en aquella refriega. Mas por desgracia no fueron sino los dos los que en la retirada de los Samios tuvieron valor y osadía para seguirles hasta dentro de la misma plaza; de donde, cerrado después el paso, no pudiendo salir, murieron con las armas en la mano. No dejé de notar de paso que hablé yo mismo con cierto Arquías, nieto de aquel valiente de que arriba hablaba, e hijo de Samio, habiéndole visto en Pitana, su propio pueblo. Con ningunos huéspedes se esmeraba tanto este Arquías como con los naturales de Samos, diciendo que por haber muerto en Samos su abuelo como buen guerrero en el lecho del honor,

pusieron a su padre el nombre de Samio; y añadía que estimaba tanto y honraba a los de Samos, porque honraron a su buen abuelo con pública sepultura.

LVI. Pasado ya 40 días de sitio, viendo los Lacedemonios que nada adelantaban en el cerco, dieron la vuelta al Peloponeso; acerca de lo cual corre una fábula por cierto vana, ni aun bien tramada, según la que, habiendo Polícrates acuñado gran cantidad de moneda de plomo con una capa de oro, la dio a los Lacedemonios quienes aceptándola por legítima y corriente, levantando el sitio se volvieron. Lo cierto es que esta expedición fue la primera que los Lacedemonios, pueblo de origen dórico, hicieron contra el Asia.

LVII. Cuando los Samios sublevados contra Polícrates vieron que iban a quedar solos y desamparados de los Lacedemonios, hiciéronse también a la vela hacia Sifno³⁴. Movíales a este viaje la falta de dinero, y la noticia de que los vecinos de aquella isla, que se hallaba en el mayor auge a la sazón, eran sin

³⁴ En Sifanto, que tal es el nombre de la antigua Sifno, isla de 40 millas de circunferencia, no se trabajaba en el día mina alguna, aunque se asegura que las hay de plomo. Tiene la isla cinco muy buenos puertos, Faro, Vati, Chitriani, Chironiso y Calanca.

duda los más ricos de todos los isleños, a causa de las minas de oro y plata abiertas en su isla, tan abundantes, que del diezmo del producto que de ellas les resultaba, se ve en Delfos todavía un tesoro por ellos ofrecido, que no cede a ninguno de los más ricos y preciosos que en aquel templo se depositaron. Los vecinos de Sifno repartían entre sí el dinero que las minas iban redituando. Al tiempo, pues, de amontonar en Delfos las ofrendas de su tesoro, tuvieron la curiosidad de saber del oráculo si les sería dado disfrutar sus minas por mucho tiempo, a cuya pregunta respondió así la Pythia:

Cuando sea cándido el pritáneo
 ¡Oh Sifno! y cándido tu foro,
 Llama entonces intérprete que explique
 El rojo nuncio y ejército de leño.

Y quiso la suerte que al acabar puntualmente los Sifnios de adornar su plaza y pritáneo con el blanco mármol de Paros, llegasen allá los Samios en sus naves.

LVIII. Mas los buenos Sifnios nunca supieron atinar el sentido del oráculo, ni luego de recibido, ni después devenidos los Samios, aunque estos, apenas

llegados a la isla, destacaron hacia la ciudad una nave de su escuadra, que, según se acostumbraba antiguamente en toda embarcación, venía colorada y teñida de almagre. Esto era cabalmente lo que la Pythia en su oráculo les prevenía, que se guardasen, recelosos del rojo nuncio y del ejército de madera. Llegados a la ciudad los diputados de la armada samia, no pudiendo alcanzar de los Sifnios un préstamo de diez talentos que les pedían, sin más razones ni altercados empezaron a saquear la tierra. Corrió luego la voz por toda la isla, y saliendo armados los isleños a la defensa de sus propiedades, quedaron en campo de batalla tan deshechos que a muchos se les cerró la retirada hacia la plaza; y los Samios, de resultas de esta victoria, por no habérseles prestado diez talentos, exigieron ciento de multa y contribución.

LIX. Con esta suma compraron poco después de los Hermioneos la isla Hidrea³⁵, situada en las costas de Peloneso, la cuál entregaron luego en depósito a los vecinos de Tricena, partiéndose de allí para Creta, en la cual, aunque solo navegaban hacia esta

³⁵ *Weselingio* corrige por dos códices insignes el texto, que en vez de *Hidrea* decía *Tirea*, ciudad dentro de tierra en la Argólida, lo que a muchos hizo incurrir en error.

isla con el designio de arrojar de ella a los Zacintios, fundaron con todo la ciudad de Cidonia, donde por el espacio de cinco años que moraron allí de asiento tuvieron tan próspera la fortuna, que pudieron edificar los templos que al presente quedan en Cidonia, entre los cuales se cuenta el de Dictina. Llegado el sexto año de su colonia, sobrevínoles una desgracia, pues habiéndoles vencido los Eginetas en una batalla naval, los hicieron, no menos que a los de Creta, prisioneros y esclavos; y entonces fue cuando los vencedores cortados los espolones de las galeras apresadas, hechos en forma de jabalí, los consagraron a Minerva en su templo de Egina. Tales hostilidades ejecutaron los Eginetas movidos de encono y enemistad jurada que tenían contra los Samios, quienes, en tiempo que Amficrates reinaba en Samos, habían hecho y sufrido también iguales hostilidades en la guerra contra Egina, de donde se originaron tantas otras.

LX. Algo más de lo regular me voy dilatando al hablar de los Samios, por parecerme que son a ello acreedores, atendida la magnificencia de tres monumentos, a los cuales no iguala ningún otro de los Griegos. Por las entrañas de un monte que tiene 150 orgias de altura abrieron una mina o camino

subterráneo, al cual hicieron dos bocas o entradas. Empezaron la obra por la parte inferior del monte, y el camino cubierto que allí abrieron tiene de largo siete estadios, ocho pies de alto, y otros tantos de ancho. A lo largo de la mina, excavaron después un conducto de 28 codos de profundidad y de tres pies de anchura, por dentro de la cual corre acanalada en sus arcaduces el agua, que tomada desde una gran fuente, llega hasta la misma ciudad. El arquitecto de este foso subterráneo, que sirviera de acueducto, fue Eupalino el Megarense, hijo de Naustrafo. Este es uno de los tres monumentos de Samos. El otro es su muelle, terraplén levantado dentro del mar, que tendrá 20 orgias de alto y más de dos estadios de largo. El tercero es un magnífico templo, el mayor realmente de cuantos he alcanzado a ver hasta ahora, cuyo primer arquitecto fue Reco, natural de Samos e hijo de Files³⁶. En atención a estos

³⁶ Aun quedan ruinas de este célebre templo dedicado a Juno, del muelle que atestigua que los Samios fueron los primeros negociantes por mar entre los Griegos, y de la mina descrita por el autor, que se encuentra entre los restos de la ciudad y el monte Metelino, con dos bocas, de las que una corresponde al camino cubierto, y otra al acueducto excavado al lado con mayor profundidad, al cual se podía bajar desde la mina para conservarte en buen estado.

monumentos me he extendido en referir los hechos de los Samios.

LXI. Pero será ya tiempo que volvamos a Cambises, hijo de Cyro, contra quien, mientras holgaba despacio en Egipto haciendo alentados y locuras, se levantaron con el mando del imperio dos hermanos magos, a uno de los cuales, llamado Patizites, había dejado el Rey en su ausencia por mayordomo o gobernador de su palacio. Movi6 al mago a sublevarse la cierta noticia que tenía de la muerte del príncipe Esmerdis, la que se procuraba mantener tan oculta y secreta que, siendo pocos los sabedores de ella, creían los Persas generalmente que el príncipe vivía y gozaba de salud: vali6se, pues, el mago del secreto tomando las siguientes medidas para alzarse con la corona. Tenía otro hermano mago con quien se uni6 para urdir la traici6n y levantamiento, y brindábale para la empresa el ver que su hermano era del todo parecido, no sólo en el semblante, sino aun en el mismo nombre, al hijo de Cyro, Esmerdis, muerto secretamente por orden de su hermano Cambises. Soborna, pues, un mago a otro, Patizites a Esmerdi; ofrécele allanar las dificultades todas, llévalo consigo de la mano y le coloca en el trono real de Persia. Toma luego la providencia de despa-

char correos no sólo a las demás provincias del imperio, sino también destina uno al Egipto, encargado de intimar públicamente a todo el ejército que de allí en adelante nadie obedezca ni reconozca por soberano a Cambises, sino solamente a Esmerdis, hijo de Cyro³⁷.

LXII. Fueron, en efecto, los otros correos publicando su pregón por todos los puntos adonde habían sido destinados. El que corría al Egipto, hallando de camino en Ecbatana, lugar de la Siria³⁸, a Cambises, de vuelta ya con toda la gente de armas, y colocándose allí en medio del campo a vista de todas las tropas, pregonó las órdenes que de parte del mago traía. Oyó Cambises el pregón de boca del mismo correo, y persuadido de que sucedía realmente lo que pregonaba, creyó que Prejaspes, enviado antes a Persia con el encargo de dar muerte a Esmerdis, su hermano, no cumpliendo sus órdenes, le había hecho traición. Volviéndose, pues, a Prejas-

³⁷ Sin duda el mago contaba más, con el odio de los vasallos contra los excesos de Cambises, que con la legitimidad de las pretensiones del personaje cuyo nombre había tomado, pues ¿cómo hubieran los Persas reconocido por rey a Esmerdis mientras vivía su hermano mayor, y sin saber si tenía éste sucesión?

pes, a quien tenía cerca de su persona: -«¿Así, le dijo, cumpliste, oh Prejaspes, con las órdenes que te di? -Señor, responde aquél, os juro que es falso y que miente ese pregonero diciendo que Esmerdis se os ha sublevado. A fe de buen vasallo, os repito que nada, ni poco ni mucho, tendréis que temer de él: bien sabe el cielo que yo con mis propias manos le di sepultura, después de ejecutado lo que me mandasteis. Si es verdad que los muertos resucitan así, aun del Medo Astiages podéis recelar no se os alce con el imperio, antes suyo; pero si las cosas de los muertos continúan en ir como han ido hasta ahora, estad bien seguro que no se levantará del sepulcro para subir al trono vuestro Esmerdis. Lo que debemos hacer ahora en mi concepto es apoderarnos luego de ese correo, y averiguar de parte de quién viene a intimarnos que reconozcamos a Esmerdis por soberano.»

LXIII. Pareció bien a Cambises lo que Prejaspes decía, y apenas acabó de oírle, llama ante sí al correo, y venido éste, pregúntale Prejaspes: -«Oh tú, que nos dices venir acá enviado por Esmerdis, hijo de Cyro, di por los dioses la verdad en una sola cosa

³⁸ Siguiendo a Plinio, Ecbatana de Siria estaba situada junto el monte Carmelo.

y vuélvete en hora buena. Dinos, pues: ¿fue acaso el mismo Esmerdis quien te dio esas órdenes cara a cara, o fue alguno de sus criados? -En verdad, señor, respondióle el correo, que después de la partida del rey Cambises para Egipto nunca más he visto por mis ojos al príncipe Esmerdis, hijo Cyro. El que me dio la orden fue aquel mago a quien dejó Cambises por mayordomo de palacio, diciéndome que Esmerdis, hijo de Cyro, mandaba que os pregonase las órdenes que traigo.» Así les habló el enviado sin faltar un punto a la verdad, y vuelto entonces Cambises a su privado: -«Bien veo, Prejaspes, le dijo, que a fuer de buen vasallo cumpliste con lo que te mandó tu soberano, y nada tengo de qué acusar de tu conducta. ¿Pero quién podrá ser ese Persa rebelde que alzándose con el nombre de Esmerdis se atreve a mi reino? -Señor, dijo Prejaspes, difícil será que no adivine la trama. Los rebeldes, os digo, son dos magos; uno el mago Patizites, el gobernador que dejasteis en palacio, y el otro el mago Esmerdis, su hermano, tan traidor como él.»

LXIV. Apenas oyó, Cambises el nombre de Esmerdis, dióle un gran salto el corazón, herido de repente, así con la sinceridad de la narración, como con la verdad de aquel antiguo sueño en que dur-

miendo le pareció ver a un mensajero que le decía, que sentado Esmerdis sobre un trono real llegaba al cielo con su cabeza. Entonces fue el ponerse a llorar muy de veras y lamentar al desgraciado Esmerdis, viendo cuán en balde y con cuánta sin razón había hecho morir al príncipe su hermano. Entonces fue también cuando al cesar de plañir y lamentar en tono el más triste la desventura que con todo su peso le oprimía, montó de un salto sobre su caballo, como quien no veía la hora de partir a Susa con su gente para destronar al mago. Pero quiso su hado adverso que al ir a montar con ímpetu y sin algún miramiento, tirando hacia abajo con su mismo peso el puño del alfanje, sacase la hoja fuera de la vaina, y que el alfanje desenvainado por sí mismo hiriese a Cambises en el muslo. Luego que se vio herido en la parte misma del cuerpo en que antes había herido al dios de los Egipcios, Apis, pareciéndole mortal la herida, preguntó por el nombre de la ciudad en que se hallaba, y se le dijo llamarse Ecbatana. No carecía de misterio la pregunta, pues un oráculo venido de la ciudad de Butona había antes anunciado a Cambises que vendría a morir en Ecbatana, la cual tomaba este por su Ecbatana de Media, donde tenía todos sus entretenimientos y delicias, y, en la cual,

se lisonjeaba echando largas cuentas que vendría a morir en una edad avanzada; pero el oráculo no hablaba sino de otra Ecbatana, ciudad de la Siria³⁹. Al resonar, pues, en sus oídos el nombre fatal de la ciudad, vuelto en sí Cambises de su locura, aturcido en parte por la desgracia de verse destronado por un mago, y en parte desesperado por sentirse herido de muerte, comprendió por fin el sentido del oráculo aciago, y dijo estas palabras: «¡Aquí quieren los dioses, aquí los hados, que acabe Cambises, hijo de Cyro!»

LXV. Nada más aconteció por entonces; pero unos veinte días después, convocados los grandes señores de la Persia que cerca de sí tenía, hízoles Cambises este discurso: «Persas míos, vedme al cabo en el lance apretado de confesaros en público lo que más que cosa alguna deseaba encubriros. Habéis de saber que allá en Egipto tuve entre sueños una fatal visión, que ojalá nunca hubiera soñado, la cual me figuraba que un mensajero enviado de mi casa me traía el aviso de que Esmerdis, subido sobre un trono real, se levantaba más allá de las nubes y

³⁹ Estos oráculos, cuando no eran profecías del pasado, llevaban en sí tantas anfibologías e incertidumbre que no se comprende cómo podían ser oídos seriamente.

tocaba al cielo con su cabeza. Confiésoos, señores, que el miedo que mi sueño me infundió de verme algún día privado del imperio por mi hermano, me hizo obrar con más presteza que acuerdo; y así debió suceder, pues no cabe en hombre nacido el poder estorbar el destino fatal de las estrellas. ¿Qué hice ¡insensato! al despertar de mi sueño? Envío luego a Susa a ese mismo Prejaspes con orden de dar muerte a Esmerdis. Desembarazado ya de mi soñado rival por medio de un hecho impío y atroz, vivía después seguro y quieto sin imaginar jamás que, muerto una vez mi hermano, persona alguna pudiera levantarse con mi corona. Mas ¡ay de mí, desventurado! que no afiné con lo que había de sucederme, porque después de haber sido fratricida y de violar los derechos más sagrados, me veo con todo destronar ahora de mi imperio. Ese vil era el mago Esmerdis, aquel que entre sueños no sé qué dios me hizo ver rebelde. Yo mismo fui el homicida de mi hermano, os vuelvo a confesar, para que nadie de vosotros imagine que vive y reina el príncipe Esmerdis, hijo de Cyro. Dos magos son, señores, los que se alzan con el imperio; uno el mismo a quien dejé en casa de mayordomo, otro su hermano llamado Esmerdis; y, en esto no cabe duda, pues

aquel hermano mío, el buen príncipe Esmerdis, que en este lance debiera ser y fuera sin duda el primero en vengarme de los magos, murió ya, os lo juro por ese mismo dolor de que me siento acabar, y murió el infeliz con una muerte la más impía que se conozca, procurada por la persona que más allegada tenía sobre la tierra. Ahora, oh Persas míos, en falta de mi buen, hermano, a vosotros es a quienes debo volverme como a segundos herederos del imperio persiano, y también de mi legítima venganza, que quiero toméis después de mi propia muerte. Invoco, pues, a los dioses tutelares de mi corona, y aquí en presencia de ellos, en esta mi última disposición, os mando a todos vosotros, oh Persas, en común, y a vosotros, oh mis Aqueménidas que estáis aquí presentes, muy en particular, que nunca sufráis que vuelva vuestro imperio a los Medos: no, jamás, sino que si con engaño lo han adquirido, con engaño quiero que se lo quitéis; si con fuerza os lo usurparon, con fuerza os mando se lo arranquéis. Desde ahora para entonces suplico a los dioses que si así lo hicieris os confirmen la libertad junta con la soberanía; la abundancia en los frutos de la campiña, la fecundidad en los partos de vuestras mujeres, la abundancia en vuestras crías y rebaños. Pero si no

recobraseis el imperio, o no tomaseis la empresa con la mayor actividad, desde este momento invoco contra vosotros a todos los dioses del universo, y convierto todos mis votos primeros en otras tantas imprecaciones contra la nación persa entera; añadiendo la maldición de que tenga cada uno de vosotros un fin tan desastroso como el que muy presto voy a tener⁴⁰.» Dijo Cambises, y lamentando después su desventura, abominó todas las acciones de su vida.

LXVI. Los Persas circunstantes, al ver a su rey entregado a la amargura y al más deshecho llanto, rasgan todos sus vestiduras, y prorrumpen en sollozos y contusos lamentos. Poco después, como la llaga se fuese encancerando a toda prisa y hubiese ya penetrado hasta el mismo hueso, se pudrió todo el muslo; y Cambises, hijo de Cyro, acabó sus días allí mismo, sin dejar prole alguna, ni varón, ni hembra, después de un reinado de siete años y cinco meses. Muerto Cambises, apoderóse desde luego del ánimo de los Persas allí presentes una vehemente sospecha

⁴⁰ En Oriente era muy antigua en boca de alguna persona pública la costumbre de estas bendiciones y maldiciones sobre todo un pueblo, que se practicaba siempre con ceremonias y visos de religión, de las cuales se ven tan frecuentes ejemplos en la Biblia.

de que sería falsa la nueva de que los Magos se hubiesen alzado con el mando, inclinándose antes a creer que cuanto Cambises les había dicho sobre la muerte de Esmerdis era una mera ficción y maliciosa calumnia urdida adrede para enemistar con el príncipe todo el nombre persiano; de suerte que pensaban que Esmerdis, hijo de Cyro, y no otro, era en realidad quien había subido al trono, mayormente viendo que Prejaspes negaba tenazmente haber puesto sus manos en el príncipe, obligado a ello por conocer bien claro que, muerto una vez Cambises, no podía ya buenamente confesar haber sido el verdugo de un infante de Persia hijo de Cyro.

LXVII. Con esto, el mago intruso en el trono, abusando del nombre del príncipe Esmerdis, su tocayo, reinó tranquilo los siete meses que faltaban para que se cumpliera el octavo año del reinado de Cambises⁴¹. En este corto espacio de tiempo se esmeró en hacer mercedes y gracias a todos sus vasallos, de modo que los pueblos del Asia en general,

⁴¹ Este rey mago, llamado diversamente por los antiguos Esmerdis, Mardis, Esendadates, Orepastes, y por Esdras Artajerjes prohibió a los Judíos llevar adelante su templo, cuya reedificación mandada por Cyro, fue entorpecida en el reinado de Cambises, conocido en el mismo libro de Esdras por Asuero.

exceptuados solamente los Persas, después de su fallecimiento lo echaron de menos muy de veras y por muchos días. Habíase particularmente conciliado el mago el amor de los súbditos con escribir luego de subido al trono a todas las naciones de sus dominios, que por espacio de tres años concedía generalmente que nadie sirviese en la milicia ni le pagase tributo alguno.

LXVIII. Llegado el octavo mes de su reinado, descubrióse la impostura del mago del siguiente modo: Otanes, hijo de Farnaspes, señor muy principal que ni en nobleza ni menos en riqueza cedía a ninguno de los grandes de Persia, fue el primero que vino poco a poco a sospechar dentro de sí que el monarca reinante era Esmerdis el Mago, y no el hijo de Cyro. En dos razones fundaba su sospecha: una en que el rey nunca salía del recinto de la ciudad; otra en que jamás admitía a su presencia ningún Persa de alguna consideración, y movido de esta idea y recelo, aplicóse muy de propósito a averiguar la verdad del caso. Fedima, hija de Otanes, había sido antes una de las mujeres de Cambises, y continuaba entonces en serlo del mago, encerrada en el serrallo del rey, con todas las demás que fueron de su antecesor. Envía, pues, Otanes un men-

saje a su hija pidiéndole le diga si el rey con quien ella duerme es Esmerdis, hijo de Cyro, o algún otro personaje; a lo cual manda ella contestar que ignora con quien duerme, puesto que nunca antes había visto al príncipe Esmerdis, ni sabe al presente quién sea su marido. Envíale Otanes segundo recado en estos términos: -«Mujer, pues que no conoces al hijo de Cyro, puedes al menos preguntar a la princesa Atosa con qué marido, así ella como tú, estáis casadas, pues que Atosa no puede menos de conocer bien a su mismo hermano, el infante Esmerdis.» -«Pues qué, replicó Fedima a su padre, ¿puedo abocarme con Atosa, ni verme con ninguna de las mujeres del serrallo? Apenas este rey, sea quien quiera, tomó posesión de la corona, se nos separó al punto unas de otras, cada cual en su propio aposento.»

LXIX. Con tales demandas y respuestas, trasluciéndosele más y más la impostura a Otanes, envía a su hija este tercer recado: -«Hija mía, por lo que debes a ti misma y a tu cuna, es menester no te excuses, ni te niegues a entrar en el peligro a que te llama ahora tu padre, pues si no es ese rey el legítimo Esmerdis, hijo de Cyro, sino hijo de cualquiera, como imagino, es del todo forzoso que ese impostor soberano no se alabe por más tiempo de tener a su

disposición una princesa de tu clase, ni de ser el tirano de los Persas seducidos, sino que lleve pronto su castigo. Haz, pues, lo que voy a decirte: la noche que contigo duerma espera que esté bien dormido, y entonces tíentale las orejas: si se las hallares, no hay más que hacer ni vacilar, pues con esto podrás estar seguro de que eres esposa de Esmerdis, hijo de Cyro; pero si no las tuviere el malvado impostor, sabe, hija, que has venido a ser una cortesana del mago Esmerdis.» Respondió Fedima a su padre, que bien veía el gran peligro a que en ello se iba a exponer, pues claro estaba que si aquel hombre no tenía orejas y la cogía en el momento de tentar si las tenía, la haría morir y desaparecer infaustamente; pero no obstante su riesgo, dábale palabra de hacer sin falta la prueba que le pedía. Las orejas a que se aludía habíalas hecho cortar Cyro, padre de Cambises, al mago Esmerdis, no sé por qué delito, que no debió ser leve, que en su tiempo había cometido. La reina Fedima, la hija del noble Otanes, cumplió exactamente con la palabra dada a su padre: cuando le llegó su vez de dormir con el mago, según la costumbre de las mujeres en Persia, que van por turno a estar con sus maridos, fue al tálamo real y se acostó con aquél. Coge al mago un profundo sueño;

Fedima a su salvo le va tentando las orejas, y ve desde luego, sin caberle duda, que carece de ellas el impostor. Apenas, pues, amanece el día, cuando envía un mensaje a su padre dándole cuenta de lo averiguado.

LXX. Hecha ya la prueba, llamó Otanes a dos grandes de Persia, el uno Aspatines y Gobrias el otro, que le parecieron los más a propósito para guardar el secreto; y no bien acabó de contarles la impostura del mago, de que no dejaban de tener por sí mismos algunos barruntos, cuando dieron entero crédito a la narración. Acordaron allí mismo que cada uno de ellos se asociara para la empresa contra al mago otro Persa, aquel sin duda de quien más confianza tuvieran. En consecuencia de esta determinación, Otanes escogió por compañero a Intafernes, Gobrias a Megabizo, Aspatines a Hidarnes. Siendo ya seis los Persas conjurados contra el mago, quiso la suerte que llegase entretanto a Susa Darío, hijo de Histaspes, venido de Persia, de la cual era su padre gobernador. Apenas supieron los seis la venida de Darío, les pareció conveniente unirle a su partido.

LXXI. Júntanse, pues, los siete a deliberar seria y eficazmente sobre el punto, unidos entre sí con los

más sagrados y solemnes juramentos. Al llegar el turno a Darío, dijo su parecer en esta forma: -«Estaba persuadido, señores, de que yo era el único en saber que no vivía Esmerdis, hijo de Cyro, y que un mago nos representaba el papel de soberano: diré más aun, que no fue otra mi venida sino ver cómo podría oponerme al mago y procurar la muerte a ese tirano. Ahora, ya que la suerte ha querido que yo no sea el único dueño del misterio, sabiendo vosotros también el secreto, mi parecer es que pongamos ahora mismo manos a la obra sin esperar a mañana, que es lo que más nos importa. -Oh buen hijo de Histaspes, le replica Otanes, hablas como quien eres, pues hijo de un gran padre, no te muestras menos grande que el que te engendró. Pero atiende, Darío, a que lo que propones no sea antes precipitar la empresa que manejarla con arte y prudencia. La gravedad del negocio, si queremos llevarlo a cabo, requiere que seamos más en número los agresores del tirano. -Pues en verdad os aseguro, replica luego Darío, que si adoptáis el parecer de Otanes, vais desde este punto, amigos míos, a ser otras tantas funestas víctimas consagradas a la venganza del mago. ¿No veis que no ha de faltar alguno, entre muchos, que para hacer fortuna venda

con la denuncia vuestras vidas al furor del intruso? Lo mejor hubiera sido que vosotros por vuestra propia mano hubierais antes dado el golpe sin llamar a nadie en vuestro socorro. Pero ya que no lo hicisteis teniendo por mejor comunicar la empresa con muchos y hacerme entrar en la liga, os repito que estamos ya al extremo; o llevamos hoy mismo por cabo la empresa, o si se nos pasa el día de hoy, juro aquí mismo por los dioses que nadie ha de anticiparse en la delación, pues desde aquí voy en derechura a delataros al mago.»

LXXII. Cuando Otanes vio a Darío tan resuelto y pronto a la ejecución, hablóle otra vez así: -«Ahora bien, Darío, ya que nos obligas, y aun fuerzas, aquí de improviso sin dejarnos respirar un punto a que emprendamos esta hazaña, dinos asimismo por vida de los dioses: ¿cómo hemos de penetrar en palacio para dejarnos caer de golpe sobre ellos? Bien sabes tú o por haberlos visto con tus ojos, o haberlo mil veces oído, cómo están allí apostados por orden los centinelas. Dinos, pues: ¿cómo podremos pasar por medio de ellos? -¿Cómo? responde Darío, ¿no sabes, Otanes, que la intrepidez hace ver ejecutadas muchas cosas antes que la razón las mire como posibles? ¿Que otras al contrario da por hechas la ra-

zón que no puede cumplir el brazo más robusto? Creedme, fuera reparos y temores; nada más fácil para nosotros que penetrar por medio de esos centinelas apostados, parte porque ni uno de ellos habrá que no nos ceda el paso, siendo los personajes que somos en la Persia, pues los unos lo harán por respeto, y otros quizá por miedo; parte por no faltarme un especioso pretexto con que logremos el paso libre con decir que recién llegado de Persia traigo de parte de mi padre un importante negocio que tratar de palabra con el soberano. Mentiré sin duda diciéndolo; pero bueno es mentir si lo pide el asunto, pues a mi ver el que miente y el que dice verdad van entrambos al mismo fin de atender a su provecho. Miente el uno porque con el engaño espera adelantar sus negocios: dice verdad el otro para conseguir algo, cebando con ella a los demás para que le fien mejor sus intereses. En suma, con la verdad y la mentira procuran todos su utilidad; de suerte que creo que si nada se interesara en ello la gente, todo este aparato de palabras se lo llevaría el aire, y tan falso fuera el hombre más veraz, como veraz el más falso del universo. Vamos al caso: al portero y guardia de palacio que cortés y atento nos ceda el paso, sabremos después agradecérselo y pa-

gárselo bien; al que haciéndonos frente tuviere la osadía, de negarnos la entrada, le trataremos allí mismo como a enemigo; y empezando por él las hostilidades, avanzaremos animosos al ataque de palacio.

LXXIII. Después de este discurso, toma Gobrias la palabra: -«Amigos, les dice, trátase ahora de nuestro honor; nada más glorioso a nuestras personas que recobrar el imperio perdido o morir en la demanda si no pudiésemos salir con ella. ¿Pues qué, nosotros los Persas hemos de ser vasallos de un Medo, súbditos de un mago, siervos de un criminal infame y con las orejas cortadas? Bien podéis acordaros los que conmigo os hallasteis presentes al último discurso del enfermo y moribundo Cambises, no dirá de los encargos y mandas que nos hizo, sino de las horrendas maldiciones de que nos cargó, si después de su muerte no procurábamos recobrar el imperio usurpado. Verdad es que nosotros, temerosos de que no fuera su arenga una calumnia contra Esmerdis, su hermano, no acabamos de darle el crédito que merecía. Ahora repito que me conforme con el parecer de Darío, y añado que nadie salga de esta junta sino para ir en derechura a desocupar el

palacio, y a deshacernos luego del mago.» Dijo, y todos a una voz siguieron el voto de Gobrias.

LXXIV. Entretanto que los coligados estaban en asamblea, sucedió un caso oportunamente llevado por la fortuna. Los magos dominantes acordaron como conveniente atraer a Prejaspes a su partido y confianza, por muchos motivos: uno por saber que había tenido que sufrir de Cambises las más atroces injurias, habiendo su hijo caído a sus propios ojos trasgado de una flecha que el rey le disparó; otro por ser Prejaspes el único o el que mejor que nadie sabía la muerte que con sus propias manos había dado al príncipe Esmerdis, y tercero, por ser además uno de los señores de mayor reputación entre los Persas. Por estos motivos, habiendo los magos llamado a palacio a Prejaspes, procuraron ganárselo por amigo, y le obligaron con los más solemnes juramentos a darles palabra que les guardaría sumo secreto, sin decir a hombre nacido ó por nacer el engaño que hablan tramado contra los Persas, prometiéndole por su parte montes de oro y cuanto acertara a pedir y desear. Promete Prejaspes a los magos hacer cuanto se le pidiese; y dícenle segunda vez, que estaban resueltos a convocar a los Persas todos bajo los muros de su real alcázar, deseosos de

que él, subido sobre una de las almenas de palacio, les dijese que el soberano a quien entonces obedecían era realmente el mismo Esmerdis, hijo de Cyro, y ningún otro Esmerdis; lo cual le mandaban los magos, así por ser Prejaspes el más acreditado sujeto que tenían los Persas, como por saber muy bien que tanto más crédito se le daría, cuantas habían sido en número las ocasiones en que Prejaspes había públicamente asegurado que vivía Esmerdis, hijo de Cyro, negando ser verdad la voz quede su muerte corría.

CXXV. No se hizo rogar Prejaspes, diciendo estar pronto para ello. Lllaman, pues, los magos a los Persas para aquella asamblea del reino, y mandan a aquél, que puesto sobre una almena les hable desde allí. Entonces el honrado Prejaspes, olvidándose de propósito de lo que los magos le habían pedido, toma desde Aquemenes el exordio de su arenga, va deslindando la ascendencia de Cyro que de él venía, pondera al llegar aquí lo mucho que debe al gran Cyro la nación de los Persas, y, concluido su elogio, sigue llanamente diciendo la verdad, confesando que la había antes encubierto por no poder decirla a su salvo y sin que le costase caro; pero que había llegado ya la hora para declarar, según lo exigía su

conciencia, el gran misterio del palacio de Susa. Confesó, en efecto, que obligado por Cambises, él mismo había sido antes el verdugo del príncipe real Esmerdis, hijo de Cyro; y que los magos eran entonces los soberanos del imperio. Concluyó por fin descargando sobre los Persas las más horrendas imprecaciones, si dejando a los magos sin la debida venganza no volvían a señorearse del mando. Y diciendo estas últimas palabras, se arroja desde lo alto del alcázar cabeza abajo. Así, Prejaspes, honrado en vida, murió como Persa bueno y leal.

LXXVI. Mientras que esto sucedía en palacio, los siete grandes de Persia confederados, en virtud del acuerdo tomado de poner manos a la obra al momento, sin dilatar la empresa un solo punto, iban a ejecutarla después de haber llamado a los dioses en su favor y ayuda, sin que nada hubieran sabido de la reciente aventura de Prejaspes. A la mitad de su camino oyeron lo que con éste acababa de suceder, y retirándose de la calle entraron de nuevo en consulta. Era Otanes de parecer que se difiriera absolutamente la empresa para mejor ocasión, no siendo oportuna para el intento la presente ocasión del alboroto y fermentación del Estado. Darío decía, al contrario, que convenía ir luego a palacio y

acometer la empresa sin más tardanza. En el calor de esta contienda, he aquí que aparecen de repente a los septemviro siete pares dealcones dando caza a dos pares de buitres, arrancándoles las plumas por el aire, y destrozándoles el cuerpo con los picos. Venlos los siete conjurados, y dando todos asentimiento a Darío, marchan derechos a palacio llevados en alas de tan felices agüeros.

LXXVII. Llegan a las puertas de palacio; les sucede puntualmente como se prometía Darío, pues al instante los centinelas, parte por respecto a tales grandes y señores de Persia, parte por no pasarles siquiera por el pensamiento que pudieran venir aquellos personajes con el objeto que realmente traían, no solo les dieron paso franco, sino que, como si fueran otros tantos enviados de los mismos dioses, nadie hubo que les preguntase a qué venían. Pero internados ya dentro de las salas de palacio, al dar con los eunucos que solían entrar los recados al soberano, pregúntanles éstos qué pretendían allí dentro, gritando al mismo tiempo y amenazando a los guardias por haberles admitido en palacio. Al oírles los conjurados, y al ver la resistencia que se les hacía, anímanse mutuamente, sacan sus dagas, co-

sen a puñaladas a cuantos se les oponen, y éntranse corriendo hacia el aposento de los magos.

LXXVIII. Hallábanse cabalmente los dos magos dentro de él tomando sus medidas sobre el reciente caso de Prejaspes. Apenas oyeron aquel alboroto y repentina gritería de sus eunucos, salieran ambos corriendo, y al ver lo que dentro pasaba, pensaron en hacer una vigorosa resistencia: el uno de ellos antes que llegasen los conjurados pudo coger su arco, y el otro echó mano luego de su lanza. Cierran los grandes contra los magos; al del arco nada le servían sus flechas no estando a tiro los enemigos, que le tenían cuerpo a cuerpo rodeado y oprimido; el otro, blandiendo oportunamente su lanza, se defendía bien y ofendía a los agresores, hiriendo con ella a Aspatites en un muslo y a Intafernes en uno de los ojos, del cual toda su vida quedó tuerto, aunque no murió de la herida. Pero mientras uno de los magos lograba herir a estos dos, el otro, viendo que no podía hacer uso del arco, iba retirándose de la sala hacia el retrete contiguo, con ánimo de cerrar la puerta a los agresores; pero al mismo tiempo dos de los conspiradores, Darío y Gobrias, arremeten y entran dentro con él. Cógele Gobrias apretadamente y le tiene bien sujeto entre los brazos; mas

con todo, Darío no usaba de la daga, temeroso de herir a Gábrias en la oscuridad del aposento, en vez de pasar al mago de parte a parte. Conociendo Gábrias que estaba detenido, pregúntale qué hace del puñal en la ociosa mano: -«Téngole aquí suspendido, le dice, y con la mano levantada por no herirte. -Cóseme con él, amigo, responde Gábrias, como pases a puñaladas a este mago maldito.» Obedece Darío, da la puñalada y acierta al mago.

LXXIX. Muertos ya los dos magos y cortadas sus cabezas, los libertadores de Persia dejan en palacio a sus dos compañeros heridos, ya porque no podían éstos seguirles, ya también con la mira de que se quedasen por guardas del alcázar. Los otros cinco, sanos y victoriosos, salen corriendo de palacio con las dos cabezas en las manos, y lo llenan todo de tumulto y vocería. Convocando luego a los Persas, con las cabezas pendientes de las manos, les van contando apresuradamente lo sucedido, y matando juntamente por las calles a cuantos magos les salen al encuentro. Los demás Persas, teniendo a la vista la reciente hazaña de sus siete héroes, y patente a los ojos el embuste de los magos, miraban todos como un deber de honor y de justicia ejecutar otro tanto por su parte, y con el puñal en la mano no

dejaban a vida mago alguno que pudiesen hallar. Tanta fue la carnicería, que si no la hubiese detenido la noche, no quedara ya raza de magos. Los Persas miran como el mas solemne y memorable este día, en que celebran una gran fiesta aniversaria, a la que dan el nombre de *Magofonía*, no permitiendo que en ella comparezcan en público los magos, obligados severamente a mantenerse encerrados en su casa.

LXXX. De allí a cinco días, sosegado ya en Susa el público tumulto, los septemvirov levantados contra los magos empezaron a consultar entre sí acerca de la situación y arreglo del imperio persiano; y en la deliberación se dijeron cosas y pareceres que no se harán creíbles a los Griegos, pero que no por esto dejaron realmente de decirse. Aconsejábales Otanes, en primer lugar, que se dejase en manos del pueblo la suma potestad del Estado, y les hablaba en esta conformidad: -«Mi parecer, señores, es que ningún particular entre nosotros sea nombrado monarca de aquí en adelante, pues tal gobierno ni es agradable ni menos provechoso a la sociedad avasallada. Bien sabéis vosotros mismos a qué extremos no llegó la suma insolencia y tiranía de Cambises, y no os ha cabido poca parte en la audacia extremada del mago. Quisiera se me dijese cómo cabe en reali-

dad, que la monarquía, a cuyo capricho es dado hacer impunemente cuanto se le antoje, pueda ser un gobierno justo y arreglado. ¿Cómo no ha de ser por sí misma peligrosa y capaz de trastornar y sacar de quicio las ideas de un hombre de índole la más justa y moderada cuando se vea sobre el trono? Y la razón es, porque la abundancia de todo género de bienes engendra insolencia en el corazón del monarca, juntándose esta con la envidia, vicio común nacido con el hombre mismo. Teniendo, pues, un soberano estos dos males, insolencia adquirida y envidia innata, tiene en ellos la suma y el colmo de todos. Lleno de sí mismo y de su insolente pujanza, cometerá mil atrocidades por mero capricho, otras mil de pura envidia, siendo así que un soberano a quien todo sobra debiera por justo motivo verse libre de los estímulos de tal pasión. Con todo, en un monarca suele observarse un proceder contrario para con sus súbditos: de envidia no puede sufrir que vivan y adelanten los sujetos de mérito y prendas sobresalientes; gusta mucho de tener a su lado los ciudadanos más corrompidos y depravados del Estado; tiene el ánimo siempre dispuesto a proteger la delación y apoyar la calumnia. No hay hombre más receloso y descontentadizo que un monarca.

¿Es uno parco o contenido en admirar sus prendas y subirlas a las nubes? Se da él por ofendido de que se falte al acatamiento y veneración debida al soberano. ¿Es otro, por el contrario, pródigo en dar muestras de su respeto y admiración? Se te desdeña y mira como a un adulator falso y vendido. Y no es eso lo peor; lo que no puede sufrírsele de ningún modo es ver cómo trastorna las leyes de la patria; cómo abusa por fuerza de las mujeres ajenas; cómo, finalmente, pronuncia sentencia capital sin oír al acusado. Mas al contrario, un estado republicano, además de llevar en su mismo nombre de *Isonomía* la justicia igual para todos y con ella la mayor recomendación, no da prácticamente en ninguno de los vicios y desórdenes de un monarca; permite a la suerte la elección de empleos; pide después a los magistrados cuenta y razón de su gobierno; admite, por fin, a todos los ciudadanos en la liberación de los negocios públicos. En resolución, mi voto es anular el estado monárquico, y sustituirle el gobierno popular, que al cabo en todo género de bienes siempre lo más es lo mejor.» Tal fue el parecer que dio Otanes.

LXXXI. Pero Megabizo, en el voto razonado que dio, se declaró por la oligarquía, favoreciendo a

los grandes por estas razones: «Desde luego, dijo, me conformo con el voto de Otanes; dando por buenas sus razones acerca de acabar con la tiranía; mas en cuanto a lo que añadió de que pasase a manos del vulgo la autoridad soberana, en esto digo no anduvo acertado. Es cierto que nada hay más temerario en el pensar que el imperito vulgo, ni más insolente en el querer que el vil y soez populacho. De suerte que de ningún modo puede aprobarse que para huir la altivez de un soberano se quiera ir a parar en la insolencia del vulgo de suyo desatento y desenfrenado; pues al cabo un soberano sabe lo que hace cuando obra; pero el vulgo obra según le viene a las mientes, sin saber lo que hace ni por qué lo hace. ¿Y cómo ha de saberlo, cuando ni aprendió de otro lo que es útil y laudable, ni de suyo es capaz de entenderlo? Cierra los ojos y arremete de continuo como un toro, o quizá mejor, a manera de un impetuoso torrente lo abate y arrastra todo. ¡Haga Dios que no los Persas, sino los enemigos de los Persas dejen el Gobierno en manos del pueblo! Ahora debemos nosotros escoger un consejo compuesto de los sujetos más cabales del Estado, en quienes depositaremos el poder soberano. Vamos a lograr así dos ventajas, una que nosotros mismos

seremos del número de tales consejeros, otra que las resoluciones públicas serán las más acertadas, como debe suponerse siendo dictadas por hombres del mayor mérito y reputación.»

LXXXII. Tal fue el voto dado por Megabizo. Darío, el tercero en hablar, votó en esta forma⁴²: -«Bien me parece lo que tocante al vulgo acaba de decir Megabizo, pero no me parece bien por lo que mira a la oligarquía; porque de los tres gobiernos propuestos, el del vulgo, el de los nobles, y el de un monarca, aun cuando se suponga cada cual en un género el mejor, el de un rey opino que excede en mucho a los demás. Y opino así, porque no veo que pueda darse persona más adecuada para el gobierno que la de un varón en todo grande y sobresaliente, que asistido de una prudencia política igual a sus eminentes talentos, sepa regir el cuerpo entero de la monarquía de modo que en nada se le pueda reprehender; y tenga asimismo la ventaja del secreto en

⁴² Reconozco en estos discursos lo que varias veces observé en los políticos modernos, que nada de bueno nos dan en sus escritos que no se debe a la Grecia. Los fundamentos de la sociedad política, sus géneros, sus progresos, sus atrasos, su decadencia, su variación, su vuelta periódica, todo lo indica Herodoto, lo amplifica Platón y lo descifra y analiza Aristóteles.

las determinaciones que fuere preciso tomar contra los enemigos de la corona. Paso a la oligarquía, en la cual, siendo muchos en dar pruebas de valor y en granjear méritos para con el público, es consecuencia natural que la misma emulación engendre aversión y odio de unos hacia los otros; pues queriendo cada cual ser el principal autor y como cabeza en las resoluciones públicas, es necesario que den en grandes discordias y mutuas enemistades, que de las enemistades pasen a las sediciones de los partidos, y de las muertes a la monarquía, dando con este último recurso una prueba real de que es este el mejor de todos los gobiernos posibles. ¿Qué diré del estado popular, en el cual es imposible que no vayan anidando el cohecho y la corrupción en el manejo de los negocios? Adoptada una vez esta lucrativa iniquidad y familiarizada entre los que administran los empleos en vez de odio no engendra sino harta unión en los magistrados de una misma gavilla que se aprovechan privadamente del gobierno y se cubren mutuamente por no quedar en descubierto ante el pueblo. De este modo suelen andar los negocios de la república, hasta tanto que un magistrado les aplica el remedio, y logra que el desorden público cese y acabe. Con esto, viniendo a ser ob-

jeto de la admiración del vulgo, ábrese camino con ella para llegar a ser monarca, dando en esto una nueva prueba de que la monarquía es el gobierno más acertado. Y, para decirlo en una palabra, ¿de dónde vino a la Persia, pregunto, la independenciam y libertad pública? ¿Quién fue el autor de su imperio? ¿Fue acaso el pueblo? ¿Fue por ventura la oligarquía? ¿O fue más bien un monarca? En suma, mi parecer es que nosotros los Persas, hechos antes libres y señores del imperio por un varón, por el gran Cyro, mantengamos el mismo sistema de gobierno, sin alterar de ningún modo las leyes y fueros de la patria, lo más útil que contemplo para nosotros.»

LXXXIII. Dados los tres referidos pareceres, los cuatro votos que restaban del septemvirato se declararon por el de Darío. Otanes, que deseaba introducir el gobierno popular y derechos iguales para todos los Persas, no habiendo conseguido sustento, les habló de nuevo en estos términos: -«Visto está, compañeros míos, que algunos de los que aquí estamos obtendrá la corona, o bien se la de la suerte, o bien la elección de la nación a cuyo arbitrio la dejemos, o bien por cualquiera otra vía que recaiga en su cabeza. Pues yo renuncio desde ahora el derecho

de pretenderla, ni entro en concurso, persistiendo en no querer ni mandar como rey, ni ser mandado como súbdito. Cedo todo el derecho que pudiera pretender, pero cedo con la expresa condición de no estar jamás yo ni alguno de mis descendientes a las órdenes del soberano.» Hecha tal propuesta, que fue admitida luego por los seis confederados bajo aquella restricción, salió Otanes del congreso; y en efecto, sola su familia se mantiene hasta hoy día libre e independiente entre los Persas, pues se lo manda únicamente en cuanto ella no lo rehúsa, no faltando por otra parte a las leyes del Estado persiano.

LXXXIV. Los seis grandes restantes de la liga continuaban en sus conferencias ordenadas a la mejor elección del monarca; y ante todo les parece establecer, que si la corona venía a recaer en alguno de los seis, se obligara éste a guardar a Otanes y a toda su descendencia el perpetuo privilegio de honrarse con la vestidura de los Medos, y enviarle asimismo los legítimos regalos que se miran entre los Persas como distinciones las más honoríficas. La causa de honrar a Otanes con esta singular prerrogativa fue por haber sido el principal autor y cabeza de la conjuración contra el Mago, aconsejándola a

los demás compañeros de la liga. Respecto al cuerpo de los siete confederados, ordenaron: primero, que cualquiera de ellos, siempre que le pareciese, tuviera franca la entrada en palacio, sin prevención ni ceremonia de pasar antes recado, a no ser que el rey estuviese en su aposento en compañía de sus mujeres: segundo, que el rey no pudiera tomar esposa que no fuese de la familia de dichos confederados: finalmente, por lo tocante al punto principal de la elección al trono, acordaron tomar el medio de montar los seis a caballo en los arrabales de Susa, y nombrar y reconocer por rey a aquel cuyo caballo relinchase el primero a la salida del sol.

LXXXV. Tenía Darío un caballerizo hábil y perspicaz, por nombre Ebares, al cual, apenas vuelto a su casa de la asamblea, hace llamar y habla de este modo. -«Hágote saber, Ebares, que para la elección de monarca hemos resuelto que sea nuestro rey aquel cuyo caballo, estando cada uno de nosotros montado en el suyo, fuere el primero en relinchar al nacer el sol. Tiempo es ahora de que te valgas de tus tretas y recursos, si algunos tienes, para hacer de todas maneras que yo y ningún otro arrebate el premio de la corona. -Buen ánimo, señor, responde Ebares; dadla ya por alcanzada y

puesta sobre la cabeza; si nada más se exige, y si en lo que decís consiste ser rey o no, albricias os pido, porque ningún otro que vos lo será. Más vale maña que fuerza, y mañas hay aquí y recursos para todo. -Manos a la obra, pues, replícale Darío; si algún ardid sabes, tiempo es de usarlo sin perder un instante, pues mañana mismo ha de decidirse la cuestión.» Oído lo cual, practica Ebares esta diligencia: venida la noche, toma una de las yeguas de su amo, aquella cabalmente que movía y alborotaba más el amor del caballo de Darío, llévala a los arrabales y la deja allí atada; vuelve después conduciendo el caballo de Darío, hácele dar mil vueltas y revueltas alrededor de la yegua, permitiéndole solo el acercarse a ella, hasta que al cabo de largo rato le deja holgar libremente.

LXXXVI. Apenas empezó a rayar el alba al siguiente día, cuando los seis grandes de Persia pretendientes de la corona, conforme a lo pactado, se dejaron ver aparejados y prontos en sus respectivos caballos, e iban de una a otra parte, paseando por los arrabales, cuando no bien llegados a aquel paraje donde la yegua había estado atada la noche anterior, dando una corrida el caballo de Darío empieza sus relinchos. Al mismo tiempo ven todos correr un

rayo por el sereno cielo y oyen retumbar un trueno, cuyos prodigios sucedidos a Darío fueron su inauguración para la corona, de modo que los otros competidores, bajando del caballo a toda prisa y doblando allí mismo la rodilla, le saludaron y reconocieron por su rey⁴³.

LXXXVII. Así cuentan algunos el ambicioso artificio usado por Ebares, si bien otros, pues andan en esto divididas las relaciones de los Persas, lo refieren de otra manera. Dicen que Ebares aplicó antes su mano al vientre de la yegua, y la mantuvo cubierta entre sus vestidos, pero al momento de apuntar el sol, cuando debían mover los caballos, sacando su mano el caballero, la llevó a las narices del caballo, el cual, percibiendo el olor, principió al punto a relinchar.

LXXXVIII. De este modo Darío, hijo de Histaspes, fue no solo proclamado en Susa, sino reconocido también por rey de todos los Vasallos del Asia a quienes antes Cyro y después Cambises habían subyugado. Pero en este número no deben entrar los Árabes, que nunca prestaron vasallaje y

⁴³ Los confederados compusieron un orden principal en el imperio, como grandes de primera clase, y de sus familias se formó después una especie de Consejo de Estado.

obediencia a los Persas, si bien como amigos y aliados quisieron dar paso a Cambises para el Egipto, al cual los Persas no hubieran podido embestir con sus tropas si los Árabes se les hubieran opuesto. Reconocido ya Darío rey de los Persas, empezó sus nuevas alianzas, tomando por esposas de primera clase a las dos hijas de Cyro, llamada la una Atosa y la otra Aristona, aquella casada primero con su mismo hermano Cambises, y después con el mago; ésta doncella todavía. Casó asimismo Darío con otra princesa real llamada Parmis, hija del infante Esmerdis, y quiso también tener por esposa de primer orden a la hija de Otanes que había sido la primera en descubrir al mago impostor⁴⁴. Una vez que tuvo ya Darío seguro y afianzado el imperio en su persona, mandó lo primero erigir por monumento de su nueva grandeza y fortuna una estatua ecuestre de mármol con una inscripción grabada en ella que decía: «Darío, hijo de Histaspes, por el valor de su

⁴⁴ Seis esposas de primera clase tuvo Darío: de la hija de Gobrias, con quien casó antes de ser rey, tuvo tres hijos, Artobazanes, Ariabignes y Arsámenes; de Atosa, su esposa favorita, tuvo a Jerjes, Masistes, Aquemenes e Histaspes; de Aristona, a dos, Arsames y Gobrias, de Parmis le nació Ariomardo; de Fratagina, hija de Artanes, le nacieron Abro-

caballo (al cual nombraba allí por su propio nombre) y de su caballerizo Ebares, adquirió el reino de los Persas.»

LXXXIX. Establecidas así las cosas entre los Persas, señaló Darío 20 gobiernos que llaman satrapías, y nombrando en ellos sus sátrapas o gobernadores, ordenó los tributos que debían pagársele, tasando cierta cantidad para cada una de aquellas naciones tributarias. A este fin fue reuniendo a cada nación algunos pueblos confinantes, que contribuyesen juntamente con ella, y esta providencia tomada para las provincias más cercanas la extendió a las gentes más remotas del imperio, encabezando unas con otras para el reparto de los ingresos de la corona. La forma guardada en la división de los gobiernos y en la distribución de los tributos anuales fue la siguiente. Ante todo mandó a los pueblos que solían contribuir con plata que le pagasen la contribución en talentos babilónicos, y a los que con oro en talentos euboicos: el talento babilónico corresponde a 70 minas euboicas⁴⁵. En el reinado de Cyro

cones e Hiperantes; de Fedima no se sabe que tuviese hijo alguno.

⁴⁵ Aunque no presumo de monetario, creo que el talento babilónico valía 314 cequines o 628 escudos, y el talento euboico 714 escudos. No puedo inclinarme a creer que la

y en el inmediato de Cambises, no habiéndose fijado un arreglo todavía ni determinado una tasa individual acerca de los tributos, solían los pueblos contribuir a la corona con sus donativos; de suerte que Darío fue el autor de la talla determinada, de lo cual y de otras providencias de este género nació el dicho de los Persas, que Darío fue un mercader, Cambises un señor y Cyro un padre; pues aquel de todo hacia comercio, el otro era áspero y descuidado, y este último muy humano y solícito en hacerlos a todos felices.

XC. Volviendo al asunto, el primer gobierno ordenado por Darío se componía de los Jonios, de los Magnesios del Asia, de los Eolios, de los Carios, de los Licios, de los Milias y de los Panfilios: la contribución para la cual dichos pueblos juntamente estaban empadronados subía a 400 talentos de plata. El segundo gobierno, compuesto de los Misios, Lidios, Lasonios, Cabalios y los Higeneos, contribuía con

economía pública fuese una ciencia desconocida a los antiguos, pues los indicios que nos quedan del reino de Salomón, del de Darío, de la república de Atenas y del imperio romano, persuaden la buena dirección de los negocios respecto a las rentas del Estado, aunque se haya adelantado en el día el comercio de los ciudadanos entre sí o con los extranjeros.

400 talentos. El tercer gobierno, en que estaban encabezados los pueblos del Helesponto que caen a la derecha del que navega hacia el ponto Euxino, a saber, los Frigios, los Tracios asiáticos, Paflagonios, los Mariandinos y los Sirios⁴⁶, cargaba con 360 talentos de contribución. El cuarto gobierno, que comprendía solo los Cilicios, además de 360 caballos blancos que salían a uno por día⁴⁷, pagaba al rey 500 talentos de plata, de los cuales 140 se quedaban allí para mantener la caballería apostada en las guarniciones de Cilicia, y los 360 restantes iban al erario real de Darío.

XCI. El quinto gobierno, cargado con 350 talentos de imposición, empezaba desde la ciudad de Posideo⁴⁸, fundada por Amfiloco, hijo de Amfiarao, en los confines de los Cilicios y Sirios, y llegando hasta el Egipto, comprendía la Fenicia entera, la Siria que llaman Palestina, y la isla de Chipre, no en-

⁴⁶ Los Tracios asiáticos se llaman más comúnmente Bitinios, y los Sirios Capadocios. En el catálogo de estas satrapías no sigue Herodoto el orden de excelencia ni de tiempo, pues provincias tenues se anteponen a muchas más ricas, y las más lejanas a otras más próximas por las cuales empezó Darío a arreglarlas.

⁴⁷ El año de los persas no constaba sino de 360 días.

⁴⁸ Ciudad marítima de la Siria, llamada también Posidonio, cerca de Heraclea.

trando sin embargo en este Gobierno la parte confinante de la Arabia, que era franca y privilegiada. El sexto gobierno se componía del Egipto, de los Libios sus vecinos, de Cirene y de Barca, agregadas a este partido, y pagaba al erario real 700 talentos, y esto sin contar el producto que daba al rey la pesca del lago Meris, ni tampoco el trigo que en raciones medidas, se daba a 120.000 soldados persas y a las tropas extranjeras a sueldo del rey en Egipto, que suelen estar de guarnición en el fuerte blanco de Memphis. En el sétimo gobierno estaban encabezados los Satápidas, los Gandarios⁴⁹, los Dádicas, y los Aparitas que contribuían todos con la suma de 170 talentos. Del octavo gobierno, compuesto de Sosa y de lo restante del país de los Cisios, percibía el erario 300 talentos de contribución.

XCII. Del nono gobierno, en que entraba Babilonia con lo restante de la Asiria, sacaba el rey 1.000 talentos de plata, y además 500 niños eunucos. Del décimo gobierno, compuesto de Ecbatana con toda la Media, de los Paricanios y de los Ortocoribancios, entraban en las rentas reales 450 talentos. El undé-

⁴⁹ Esta satrapía era la más remota del imperio, según se infiere de la posición de los Gandarios o Gargaridas situados junto al Ganges.

cimo gobierno componíanlo los Caspios, los Pansicas, los Pantimatos y los Daritas, pueblos que unidos bajo un mismo registro tributan al rey 200 talentos. Del duodécimo gobierno, que desde los Bactrianos se extendía hasta los Eglos, se sacaban 300 talentos⁵⁰.

XCIII. El décimotercio gobierno, formado de la Pactica, de los Armenios, y gentes comarcanas hasta llegar al ponto Euxino, redituaba a las arcas del rey 400 talentos. Del decimocuarto gobierno, al cual estaban agregados los Sagartios, los Sarangas, los Tamaneos, los Utios, los Micos y los habitantes de las islas del mar Erithreo, en las cuales suele confinar el rey a los reos que llaman *deportados*, se percibían 600 talentos de contribución. Los Sacas y los Caspios, alistados en el gobierno decimoquinto, contribuían con 250 talentos al año. Los Partos, los Corasmios, los Sogdos y los Arios, que formaban el decimosexto, pagaban al rey 300 talentos⁵¹.

⁵⁰ El nono gobierno se llama al presente Kurdistan; el décimo Schivan; el undécimo, contenido entre el Tauro y el mar Caspio, se llamó después Media Atropatene; el duodécimo es hoy el Korasan.

⁵¹ El decimotercio gobierno además de la Armenia comprendería la Mingrelia, la Georgia y la Albania; el decimocuarto, según se infiere de los Sarangas colocados entre los ríos Indo

XCIV. Los Paricanios y Etiópes del Asia empadronados en el decimosétimo gobierno pagaban al erario real 400 talentos. A los Matienos, a los Saspieres y a los Alarodios, pueblos unidos en el gobierno decimooctavo, se les había impuesto la suma de 200 talentos. A los pueblos del decimonono, Moscos, Tibarenos, Macrones, Mosinecos y Mardos, se impusieron 300 talentos de tributo. El gobierno vigésimo, en que están alistados los Indios, nación sin disputa la más numerosa de cuantas han llegado a mi noticia, paga un tributo más crecido que los demás gobiernos, que consiste en 360 talentos de oro en polvo⁵².

XCV. Ahora, pues, reducido el talento de plata babilónico al talento euboico, de las contribuciones apuntadas resulta la suma de 6.540 talentos euboicos. Multiplicado después el talento de oro en grano

y Arbis, era formado por la antigua Gedrosia, al presente Macran; el decimoquinto se llamaba Hircania, y comprende las provincias de Mazandau y de Hilan; el decimosexto es en el día Erak-Agamí.

⁵² Los Etiópes de la satrapía decimasétima estarían probablemente situados cerca del Indo; la decimooctava correspondería a la Armenia menor; la decimanona al Ponto, célebre reino de Mitrídates; la vigésima no comprendería regularmente todo el Indostán situado entre el Indo y el Ganges, sino una parte de él únicamente.

por 13 talentos de plata, dará esta partida la suma de 14.680 talentos: así que, hecha la suma total de dichos talentos, el tributo anual que recogía Darío ascendía a 14.560 talentos euboicos, y esto sin incluir en ella las partidas de quebrados.

XCVI. Estos eran los ingresos que Darío percibía del Asia y de algunas pocas provincias de la Libia. Corriendo el tiempo, se le añadió el tributo que después le pagaron, así las islas del Asia menor, como los vasallos que llegó a tener en Europa, hasta la misma Tesalia. El modo como guarda el Persa sus tesoros en el erario, es derramar el oro y la plata derretida en unas tinajas de barro hasta llenarlas, y retirarlas después de cuajado el metal; de suerte que cuando necesita dinero va cortando de aquellos pilones el oro y plata que para la ocasión hubiere menester.

XCVII. Estos eran, repito, los gobiernos y las tallas de tributo ordenadas por Darío. No ha contado la Persia propia⁵³ entre las provincias tributarias de la corona, por cuanto los Persas en su país son privilegiados e inmunes de contribución. Hablaré ahora de algunas otras naciones, las cuales, si bien no

⁵³ Esta región se llama hoy Pars o Fars, en la que se halla Schiras, la antigua Persépolis.

tenían tributos impuestos, contribuían al rey, sin embargo, con sus donativos regulares. Tales eran los Etiópes, confinantes con el Egipto, que tienen su domicilio cerca de la sagrada Nisa, y celebran fiestas a Dioniso, los cuales, como todos sus comarcanos, siguiendo el modo de vivir que los Indios llamados Caiantias, moran en las habitaciones subterráneas. Habiendo sido conquistados por Cambises dichos Etiópes y sus vecinos en la expedición emprendida contra los otros Etiópes Macrobios, presentaban entonces cada tercer año y presentan aun ahora sus donativos, reducidos a dos *Chenices* de oro no acrisolado, a 200 maderos de ébano, a cinco niños Etiópes, y a veinte grandes dientes de elefante⁵⁴. Tales eran asimismo los Colcos que juntamente con sus vecinos hasta llegar al monte Cáucaso, eran contados entre los pueblos donatarios de la corona, pues los dominios del Persa terminan en el Cáucaso, desde el cual todo el país que se extiende hacia el viento Bóreas en nada reconoce su imperio. Los Colcos, aun en el día, hacen al Persa sus regalos de cinco en cinco años, como homenajes concertados,

⁵⁴ Los citados Etiópes son los Árabes confinantes con el mar Rojo, donde estaba la sagrada Niso. Los Colcos ocupaban el

que consisten en cien mancebos y cien doncellas. Tales eran los Árabes, finalmente, que regalaban al rey cada, año mil talentos de incienso: y éstos eran, además de los tributos, los donativos públicos que debían hacerse al soberano.

XCVIII. Volviendo al oro en polvo que los Indios, como decíamos, llevan al rey en tan grande cantidad, explicaré el modo con que lo adquieren. La parte de la India de la cual se saca el oro, y que está hacia donde nace el sol, es toda un mero arenal; porque ciertamente de todos los pueblos del Asia de quienes algo puede decirse con fundamento de verdad y de experiencia, los Indios son los más vecinos a la aurora, y los primeros moradores del verdadero Oriente o lugar del nacimiento del sol, pues lo que se extiende más allá de su país y se acerca más a Levante es una región desierta, totalmente cubierta de arena⁵⁵. Muchas y diversas en lenguaje son las na-

país actualmente llamado Gurgistan, que comprende las comarcas de Mingrelia, Imereta, Guriel, Laket y Carduel.

⁵⁵ Hasta muchos siglos después de Herodoto no se tuvo en Grecia conocimiento de las provincias situadas más allá del Ganges, lo que hace creer que la China no fue un imperio tan antiguo como la pintan sus anales, pues su grandeza, mayor que la de los Persas, no hubiera podido esconderse a los escritores de la antigüedad. Los Indios de que habla el autor son los del Indostaní, de los cuales, aunque diga ver-

ciones de los Indios, unas son de nómadas o pastores, otras no; algunas de ellas, viviendo en los pantanos que forman allí los tíos, se alimentan de peces crudos que van pescando con barcos de caña, pues hay allí cañas tales, que un solo cañuto basta para formar un barco. Estos Indios de las lagunas visten una ropa hecha de cierta especie de junco, que después de segado en los tíos y machacado, van tejiendo a manera de estera, haciendo de él una especie de petos con que se visten.

XCIX. Otros Indios que llaman Padeos y que habitan hacia la aurora, son no sólo pastores de profesión, sino que comen crudas las reses, y sus usos se dice son los siguientes: Cualquiera de sus paisanos que llegue a enfermar, sea hombre, sea mujer, ha de servirles de comida. ¿Es varón el infeliz doliente? los hombres que lo tratan con más intimidad

dad Herodoto en algo, especialmente en su vestido de enea y corteza de árbol de que sacan en el día vastas telas en muchas partes del Asia, no es creíble la brutal disolución que les atribuye, la inhumanidad de degollar a sus padres y abandonar a los enfermos, mayormente cuando los Banianos, descendientes de los antiguos moradores, son tan compasivos hasta con los animales, que mantienen en Surate dos hospitales para ellos. Plinio previene que los antiguos, y Herodoto en especial, no hicieron más que verter mil fábulas sobre la

son los que le matan, dando por razón que corrompido él con su mal llegaría a corromper las carnes de los demás. El infeliz resiste y niega su enfermedad; mas ellos por eso no le perdonan, antes bien lo matan y hacen de su carne un banquete. ¿Es mujer la enferma? sus más amigas y allegadas son las que hacen con ella lo mismo que suelen los hombres con sus amigos enfermos. Si alguno de ellos llega a la vejez, y son pocos de este número, procuran quitarle la vida antes que enfermo de puro viejo, y muerto se lo comen alegremente.

C. Otros Indios hay cuya costumbre es no matar animal alguno, no sembrar planta ninguna, ni vivir en casas. Su alimento son las hierbas, y entre ellas tienen una planta que la tierra produce naturalmente, de la cual se levanta una vaina, y dentro de ella se cría una especie de semilla del tamaño del mijo, que cogida con la misma vainilla van comiendo después de cocida. El infeliz que entre ellos enferma se va a despoblado y tiéndese en el campo, sin que nadie se cuide de él, ni doliente ni después de muerto.

CI. El concúbito de todos estos Indios mencionados, se hace en público, nada más contenido ni

historia natural, ciencia felizmente perfeccionada por los modernos.

modesto que el de los ganados. Todos tienen el mismo color que los Etiópes: el esperma que dejan en las hembras para la generación no es blanco, como en los demás hombres, sino negro como lo es el que despiden los Etiópes. Verdad es que estos Indios los más remotos de los Persas y situados hacia el Noto, jamás fueron súbditos de Darío.

CII. Otra nación de Indios se halla fronteriza a la ciudad de Caspatiro y a la provincia Pactica, y situada hacia el Bóreas al Norte de los otros Indios, la cual sigue un modo de vivir parecido al de los Bactrianos; y estos Indios, los guerreros más valientes entre todos, son los que destinan a la conducción y extracción del oro citado⁵⁶. Hacia aquel punto no es más el país que un arenal despoblado, y en él se crían una especie de hormigas de tamaño poco menor que el de un perro y mayor que el de una zorra, de las cuales cazadas y cogidas allí se ven algunas en

⁵⁶ La situación de estos Indios corresponde a las provincias septentrionales del Indostan, comarcas del Cáucaso, llamadas ahora Kacmira y Hacares; pero en lo que refiero de ellos se equivoca el historiador, pues no hay allí arenales sino valles comparables a la Tesalia, ni hormigas en toda el Asia semejantes a las que pinta, ni minas de oro y plata en el Indostan, a no ser arenas de oro en los ríos o las minas ya agotadas de Siam, que será quizá la Quersoneso Aurea de los antiguos.

el palacio del rey de Persia. Al hacer estos animales su hormiguero o morada subterránea, van sacando la arena a la superficie de la tierra, como lo hacen en Grecia nuestras hormigas, a las que se parecen del todo en la figura. La arena que sacan es oro puro molido, y por ella van al desierto los Indios señalados, del modo siguiente: Unce cada uno a su carro tres camellos: los dos atados con sogas a los dos extremos de las varas son machos, el que va en medio es hembra. El Indio montado sobre ella procura que sea madre y recién parida y arrancada con violencia de sus tiernas crías, lo que no es extraño, pues estas hembras son allí nada inferiores en ligereza a los caballos y al mismo tiempo de robustez mucho mayor para la carga.

CIII. No diré aquí cuál sea la figura del camello por ser bien conocida entre los Griegos; diré, si, una particularidad que no es tan sabida; a saber, que el camello tiene en las piernas de detrás cuatro muslos y cuatro rodillas, y que sus partes naturales miran por entre las piernas hacia su cola.

CIV. Uncidos de este modo al carro los camellos, salen los Indios auríferos a recoger el oro, pero siempre con la mira de llegar al lugar del pillaje en el mayor punto de los ardores del sol, tiempo en que

se sabe que las hormigas se defienden del excesivo calor escondidas en sus hormigueros. Es de notar que los momentos en que el sol pica más y se deja sentir más ardiente, no es a medio día como en otros climas, sino por la mañana, empezando muy temprano, y subiendo de punto hasta las diez del día, hora en que es mucho mayor el calor que se siente en la India que no en Grecia al medio día, y por eso la llaman los Indios hora del baño. Pero al llegar al medio día, el calor que se siente entre los Indios es el mismo que suele sentirse en otros países. Por la tarde, cuando empieza el sol a declinar, calienta allí del mismo modo que en otras partes después de recién salido; mas después se va templando de tal manera y refrescando el día, que al ponerse el sol se siente ya mucho frío⁵⁷.

CV. Apenas llegan los Indios al lugar de la presa, muy provistos de costales, los van llenando con la mayor diligencia posible, y luego tornan la vuelta por el mismo camino, en lo cual se dan tanta prisa, porque las hormigas, según dicen ellos, los rastrean

⁵⁷ Ni al anochecer se siente el frío referido, ni al medio día se templan el calor, como supone Herodoto, pues en pocos países es tan intenso, aunque pudo dar fundamento a esta noticia la marca y el viento de tierra que reina regularmente en las costas del mar Índico.

por el olor, y luego que lo perciben salen a perseguirlos, y siendo, como aseguran, de ligereza tal a que no llega animal alguno, si los Indios no cogieran la delantera mientras ellas se van reuniendo, ni uno solo de los colectores de oro escapara con vida. En la huida los camellos machos, siendo menos ágiles, se cansan antes que las hembras, y los van soltando de la cuerda, primero uno y después otro, haciéndolos seguir detrás del carro, al paso que las hembras que tiran en las varas con la memoria y deseo de sus crías nada van alojando de su corrida. Esta, en suma, según nos lo cuentan los Persas, es la manera con que recogen los Indios tanta abundancia de oro, sin faltarles con todo otro oro, bien que en menor copia, sacado de las minas del país.

CVI. Advierto que a los puntos extremos de la tierra habitada les han cabido en suerte las cosas más bellas y preciosas, así como a la Grecia ha tocado la fortuna de lograr para sí las estaciones más templadas en un cielo más dulce y apacible. Por la parte de Levante, la primera de las tierras habitadas es la India, como acabo de decir, y desde luego vemos allí que las bestias cuadrúpedas, como también las aves, son mucho mayores que en otras regiones, a excepción de los caballos, que en grandeza quedan

muy atrás a los de Media llamados Niseos⁵⁸. En segundo lugar, vemos en la india infinita copia de oro, ya sacado de sus minas, ya revuelto por los ríos entre las arenas, ya robado, como dije, a las hormigas. Lo tercero, encuéntranse allí ciertos árboles agrestes que en vez de fruta llevan una especie de lana, que no sólo en belleza sino también en bondad aventaja a la de las ovejas, y sirve a los Indios para tejer sus vestidos⁵⁹.

CVII. Por la parte de Mediodía, la última de las tierras pobladas en la Arabia, única región del orbe que naturalmente produce el incienso, la mirra, la casia, el cinamomo y ládano, especies todas que no recogen fácilmente los Árabes, si se exceptúa la mirra. Para la cosecha del incienso sírvense del sahumero del estoraque, una de las drogas que nos traen a Grecia los Fenicios; y la causa de sahumarle al irlo

⁵⁸ Diodoro Sículo atribuye a la eficacia del sol la grandeza de los vivientes y la variedad de los colores en las aves, flores y minerales de aquella extremidad oriental de la tierra, como llama nuestro autor a la India, siguiendo la opinión vulgar de los Griegos, que sin pararse en la redondez del globo colocaban a Delfos en el centro de la tierra.

⁵⁹ Este es el arbusto del algodón, diferente de la planta que también lo produce, y si la China fuera entonces conocida, se sospechara que hablaba el autor de la seda blanca que en Chantong ciertos gusanos crían sobre los árboles.

a recoger es porque hay unas sierpes aladas de pequeño tamaño y de color vario por sus manchas, que son las mismas que a bandadas hacen sus expediciones hacia el Egipto, las que guardan tanto los árboles del incienso, que en cada uno se hallan muchas de ellas, y sola tan amigas de estos árboles que no hay medio de apartarlas sino a fuerza de humo del estoraque mencionado.

CVIII. Añaden los Árabes sobre este punto, que todo su país estuviera a pique de verse lleno de estas serpientes si no cayera sobre ellas la misma calamidad que, como sabemos, suele igualmente suceder a las víboras, cosa en que deja verse, segura nos persuade toda buena razón, un mismo rasgo de la sabiduría y providencia divina, pues vemos que a todos los animales tímidos a un tiempo por instinto y aptos para el sustento común de la vida, los hizo Dios muy fecundos, sin duda a fin de que, aunque comidos ordinariamente, no llegaran a verse del todo consumidos; mientras los otros por naturaleza fieros y perjudiciales suelen ser poco fecundos en sus crías⁶⁰. Se ve esto especialmente en las liebres y co-

⁶⁰ El principio de reconocer un espíritu pródigo que dirija el universo es exactísimo y universalmente reconocido, salvo por los Epicúreos, aunque sean apócrifos todos estos fenó-

nejos, los cuales, siendo presa de las fieras y aves de rapiña, y caza de los hombres, son una raza con todo tan extremadamente fecunda, que preñada ya concibe de nuevo, en lo que se distingue de cualquiera otro animal; y a un mismo tiempo lleva en su vientre una cría con pelo, otra sin pelo aun, otra en embrión que se va formando, y otra nuevamente concebida en esperma. Tal es la fecundidad de la liebre y del conejo. Al contrario, la leona, fiera la más valiente y atrevida de todas, pare una sola vez en su vida y un cachorro solamente, arrojando juntamente la matriz al parirlo; y la causa de esto es porque apenas empieza el cachorrito a moverse dentro de la leona, cuando sus uñas, que tiene más agudas que ninguna otra fiera, rasga la matriz, y cuanto más va después creciendo, tanto más la araña con fuerza ya mayor, y por fin, vecino el parto, nada deja sano en el útero, dejándolo enteramente herido y destrozado.

CIX. Así que si las víboras y sierpes voladoras de los Árabes nacieran sin fracaso alguno por su orden natural, no quedara hombre a vida en aquel país. Pero sucede que al tiempo mismo del coito, cuando

menos naturales y maravillosos partos de la víbora y la leona, que cita en su apoyo.

el macho está arrojando la esperma, la mala hembra, asiéndole del cuello y apretándole con toda su fuerza, no le suelta hasta que ha comido y tragado su cabeza. Muere entonces el macho, mas después halla la hembra su castigo en sus mismos hijuelos, que antes de nacer, como para vengar a su padre, le van comiendo las entradas, de modo que para salir a luz se abren camino por el vientre rasgado de su misma madre. No sucede así con las otras serpientes, en nada enemigas ni perjudiciales al hombre, las que después de poner sus huevos van sacando una catterva sin número de hijuelos. Respecto a las víboras, observamos que las hay en todos los países del mundo; pero las sierpes voladoras solo en Arabia se ven ir a bandadas, lo que las hace parecer muchas en número, y es cierto que no se ven en otras regiones.

CX. Hemos referido el modo como los Árabes recogen el incienso; he aquí el que emplean para recoger la casia. Para ir a esta cosecha, antes de todo se cubren no solo el cuerpo sino también la cara con cueros y otras pieles, dejando descubiertos únicamente los ojos; porque la casia, nacida en una profunda laguna, tiene apostados alrededor ciertos alados avechuchos muy parecidos a los murciélagos,

de singular graznido y de muy gran fuerza, y así defendidos los Árabes con sus pieles los van apartando de los ojos mientras recogen su cosecha de casia.

CXI. Más admirable es aun el medio que usan para reunir el cinamomo, si bien no saben decirnos positivamente ni el sitio donde nace, ni la calidad de la tierra que lo produce; infiriendo solamente algunos por muy probables conjeturas que debe nacer en los mismos parajes en que se crió Dioniso. Dícenos de esta planta que llegan al Arabia unas grandes aves llevando aquellos palitos que nosotros, enseñados por los Fenicios llamamos cinamomo, y los conducen a sus nidos formados de barro encima de unos peñascos tan altos y escarpados que es imposible que suba a ellos hombre nacido. Mas para bajar de los nidos el cinamomo han sabido los Árabes ingeniarse, pues partiendo en grandes pedazos los bueyes, asnos y otras bestias muertas, cargan con ellos, y después de dejarlos cerca del lugar donde saben que está su manida, se retiran fuego muy lejos: bajan volando a la presa aquellas aves carniceiras, y cargadas con aquellos enormes cuartos los van subiendo y amontonando en su nido, que no pudiendo llevar tanto peso, se desgaja de la peña y viene a dar en el suelo. Vuelven los Árabes a reco-

ger el despeñado cinamomo, que vendido después por ellos pasa a los demás países.

CXII. Aun tiene más de extraño y maravilloso la droga del lédano, o ládano como los Árabes lo llaman, que nacida en el más hediondo lugar es la que mejor huele de todas. Cosa extraña por cierto; va criándose en las barbas de las cabras y de los machos de cabrío, de donde se le extrae a la manera que el moho del tronco de los árboles. Es el más provechoso de todos los unguentos para mil usos, y de él muy especialmente se sirven los Árabes para sus perfumes.

CXIII. Basta ya de hablar de estos, con decir que la Arabia entera es un paraíso de fragancia suavísima y casi divina. Y pasando a otro asunto, hay en Arabia dos castas de ovejas muy raras y maravillosas que no se ven en ninguna otra región: una tiene tal y tan larga cola, que no es menor de tres codos cumplidos⁶¹, y es claro que si dejaran a las ovejas que las arrastrasen por el suelo, no pudieran menos de las-

⁶¹ De estas ovejas de disforme cola que existen en África todavía, según he leído, habla Plinio, como también de la droga del ládano, que no es la única en adquirir aprecio y estimación a pesar de su vil origen, pues otro tanto sucede con la piedra bezar que se cría en los intestinos del Pasan, especie de cabrón de Golconda.

timarlas con muchas heridas; mas para remediar este daño, todo pastor, haciendo allí de carpintero, forma pequeños carros que después ata a la gran cola, de modo que cada oveja arrastra la suya montada en su carro: la otra casta tiene tan ancha la cola, que tendrá más de un codo.

CXIV. Por la parte de Poniente al retirarnos del Mediodía sigue la Etiopía, última tierra habitada por aquel lado, que tiene asimismo la ventaja de producir mucho oro, de criar elefantes de enormes dientes, de llevar en sus bosques todo género de árboles y el ébano mismo, y de formar hombres muy altos, muy bellos y vividores⁶².

CXV. Tales son las extremidades del continente, así en el Asia como en la Libia; de la parte extrema que en la Europa cae hacia Poniente, confieso no tener bastantes luces para decir algo de positivo. No puedo asentir a lo que se dice de cierto río llamado por los bárbaros Erídano, que desemboca en el mar hacia el viento Bóreas, y del cual se dice que nos viene el electro⁶³, ni menos saldrá fiador de que haya

⁶² Ciertamente el África occidental, llamada aquí Etiopía, es abundante en oro y grandes bestias: pero sus negros no son por lo común tan altos y gallardos como supone.

⁶³ Esta confusa noticia sin duda nace de los Fenicios, que dirían que el electro venía del Norte, donde lo arrojaba al mar

ciertas islas llamadas Casitéridas de donde proceda el estaño; pues en lo primero el nombre mismo de Eridano, siendo Griego y nada bárbaro, clama por sí que ha sido hallado y acomodado por alguno de los poetas; y en lo segundo, por más que procuré averiguar el punto con mucho empeño, nunca pude dar con un testigo de vista que me informase de cómo el mar se difunde y dilata más allá de la Europa, de suerte que a mi juicio el estaño y el electro nos vienen de algún rincón muy retirado de la Europa, pero no de fuera de su recinto.

CXVI. Por el lado del Norte parece que se halla en Europa copiosísima abundancia de oro, pero tampoco sabré decir dónde se halla, ni de dónde se extrae. Cuéntase que lo roban a los Grifos los Monóculos Arimaspos⁶⁴, pero es harto grosera la fábula para que pueda adoptarse ni creerse que existan en el mundo hombres que tengan un ojo solo en la cara, y sean en lo restante como los demás. En suma, paréceme acerca de las partes extremas del continente, que son una especie de terreno muy di-

un río que llamaban Rodaune, nombre que los Griegos convertirían en Eridano.

⁶⁴ De ellos volverá a hablar Herodoto en el libro IV. La abundancia de oro que supone en el Norte de Europa es fabulosa.

ferente de los otros, y como encierran unos géneros que son tenidos acá por los mejores, se nos figura también que allí son todo preciosidades.

CXVII. Hay en el Asia, pues tiempo es de volver a ella, cierta llanura cerrada en un cerco formado por un monte que se extiende alrededor de ella, teniendo cinco quebradas. Esta llanura, estando situada en los confines de los Cerasmios, de los Hircanios, de los Partos, de los Sarasgas y de los Tamaneos, pertenecía antes a los primeros; pero después que el imperio pasó a los Persas, pasó ella a ser un señorío o patrimonio de la corona. Del monte que rodea dicha llanura nace un gran río, por nombre Aces⁶⁵, que conducido hacia las quebradas, y sangrado por ellas con canales, iba antes regando las referidas tierras, derivando su acequia cada cual de aquellos pueblos por su respectiva quebrada. Mas después que estas naciones pasaron al dominio de los Persas, se les hizo en este punto un notable

⁶⁵ Nada puedo encontrar en ninguno de los viajeros acerca de este río ni de cuanto le pertenece. Si los Corasmios, cuyo asiento no se sabe fijamente, no se colocaran comúnmente en los confines de la Partia, se sospechara que el país descrito es el de Casmira, al Norte del Indostan, que se cree fuese antes un lago encerrado entre montes, y desaguado por

perjuicio, por haber mandado el rey que en dichas quebradas se levantasen otras tantas presas con sus compuertas; de lo cual necesariamente provino que, cerrado todo desaguadero, no pudiendo el río tener salida, se difundiera por la llanura y la convirtiera en un mar. Los pueblos circunvecinos, que solían antes aprovecharse del río sangrado, no pudiendo ya valerse de su agua, viéronse muy pronto en la mayor calamidad, pues aunque llueve allí en invierno como suele en otras partes, echaban menos en verano aquella agua del río para ir regando sus sementeras ordinarias de panizo y de ajonjolí. Viendo, pues, aquellos que nada de agua se les concedía y así hombres como mujeres fueron de tropel a la corte de los Persas, y fijos allí todos a las puertas de palacio, llenaban el aire hasta el cielo de gritos y lamentos. Con esto el rey mandó que para aquel pueblo que mayor necesidad tenía del agua, se les abriera la compuerta de su propia presa, y que se volviera a cerrar después de bien regada la comarca y harta ya de beber; y así por turno y conforme la mayor necesidad fueran abriéndose las compuertas de las acequias respectivas. Este, según oigo y creo muy bien,

una quebrada abierta a ruegos de Kacheb, según los Indios, o por la violencia de algún terremoto.

fue uno de los arbitrios para las arcas reales, cobrando, además del tributo ya tasado, no pequeños derechos en la repartición de aquellas aguas.

CXVIII. Pero dejando esto, volvamos a los septemviro de la célebre conjuración; uno de los cuales, Intafernes, tuvo un fin bien desastrado, a que su misma altivez e insolencia lo precipitaron. Pues habiéndose establecido la ley de que fuera concedido a cualquiera de los siete la facultad de presentarse al rey sin preceder recado, excepto en el caso de hallarse en el momento en compañía de sus mujerees, Intafernes quiso entrar en palacio poco después de la conjuración, teniendo que tratar no sé qué negocio con Darío, y en fuerza de su privilegio, como uno de los siete, pretendía entrada franca sin introductor alguno; mas el portero de palacio y el paje encargado de los recados se la negaban, alegando por razón que estaba entonces el rey visitando a una de sus esposas. Sospechó Intafernes que era aquel uno de los enredos y falsedades de los palaciegos, y sin más tardanza saca al punto su alfanje, corta a entrambos, al paje y al portero, orejas y narices, ensártalas a prisa con la brida de su caballo, y poniéndolas luego al cuello de éstos, los despacha adornados con aquella especie de collar. Preséntan-

se entrambos al rey, y le declaran el motivo de su trágica violencia en aquella mutilación.

CXIX. Receló Darío en gran manera que una tal demostración se hubiese hecho de común acuerdo y consentimiento de los seis conjurados, y haciéndolos venir a su presencia uno a uno, iba explorando su ánimo para averiguar si habían sido todos cómplices en aquel desafuero. Pero viendo claramente que ninguno había tenido en ello participación, mandó que prendieran no sólo a Intafernes, sino también a sus hijos con todos los demás de su casa y familia, sospechando por varios indicios que tramaba aquél con todos sus parientes alguna sublevación⁶⁶, y luego de presos los condenó a muerte. En esta situación, la esposa de Intafernes, presentándose a menudo a las puertas de palacio, no cesaba de llorar y dar grandes voces y alaridos, hasta que el mismo Darío se movió a compasión con su llanto y dolor. Mándale, pues, decir por un mensajero: -«Señora, en atención y respeto a vuestra persona, accede el rey Darío a dar el perdón a uno de los presos, concediéndoo la gracia de que lo escojáis

⁶⁶ No es verosímil que Intafernes, si algo maquinaba, hubiese dado aquel paso tan falso que le imposibilitara encubrirse

vos misma a vuestro arbitrio y voluntad. -Pues si el rey, respondió ella después de haberlo pensado, me concede la vida de uno de los presos, escojo entre todos la vida de mi hermano.» Informado Darío y admirado mucho de aquella respuesta y elección, le hace replicar: «Señora, quiere el rey que le digáis la razón, por qué dejando a vuestro marido y también a vuestros hijos, preferís la vida de un hermano, que ni os toca de tan cerca como vuestros hijos, ni puede servir de tanto consuelo como vuestro esposo.» A lo cual contestó la mujer: «Si quieren los cielos ¡oh señor! no ha de faltarme otro marido, del cual conciba otros hijos, si pierdo los que me dieron los dioses. Otro hermano sé bien que no me queda esperanza alguna de volver a lograrlo, habiendo muerto ya nuestros padres⁶⁷; por este motivo me gobierné, señor, en mi respuesta y elección.» Pareció tan acertada la razón a Darío, que prendado de la discreción de aquella matrona, no sólo le hizo gracia de su hermano que escogía, sino que además le

por más tiempo; más bien que víctima de su conjuración doméstica, lo fue de la venganza de Darío.

⁶⁷ Se ignora si Herodoto imitó a Sófocles en este pasaje, o si el último en su *Antígona* imitó al historiador. En Luciano se lee una máxima semejante, en que un Escita saca del incendio a un amigo con preferencia a su mujer y a sus hijos.

concedió la vida de su hijo mayor, por quien no pedía. A todos los demás los hizo morir Darío, acabando así con todos sus deudos Intafernes, uno de los siete grandes de la liga, poco después de recobrado el imperio.

CXX. Volviendo a tomar el hilo de la historia, casi por el mismo tiempo en que enfermó Cambises sucedió un caso muy extraño. Hallábase en Sardes por gobernador un señor de nación persa, por nombre Oretes, colocado por Cyro, en aquel empleo, y se empeñó en ejecutar el atentado más caprichoso e inhumano que darse puede, cual fue dar muerte a Polícrates el Samio, de quien, ni de obra ni de palabra había recibido nunca el menor disgusto, y lo que es más, no habiéndole visto ni hablado en los días de su Vida. Por la que mira al motivo que tuvo Oretes para desear prender y perder a Polícrates, pretenden algunos que naciese de lo que voy a referir. Estaba Oretes en cierta ocasión sentado en una sala de palacio en compañía de otro señor también Persa, llamado Mitrobates, entonces gobernador de la provincia de Dascilio⁶⁸, y de palabra en palabra, como suele, vino la conversación a degene-

⁶⁸ Era esta la tercera satrapía, situada en la Bitinia, en las costas del Helesponto.

rar en pendencia. Altercábase en ella con calor acerca de quién tenía mayor valor y méritos personales, y Mitrobates empezó a insultar a Oretes en sus barbas, diciendo: -¿Tú, hombre, te atreves a hablar de valor y servicios personales, no habiendo sido capaz de conquistar la corona y unir a tu satrapía la isla de Samos, que tienes tan cercana, y es de suyo tan fácil de sujetar que un particular de ella con solos quince infantes se alzó con su dominio en que se mantiene hasta el día?» Pretenden algunos, como dije, que vivamente penetrado Oretes en su corazón de este insulto, no tanto desease vengarlo en la persona del que se lo dijo, cuanto borrarlo con la ruina de Polícrates, ocasión inocente de aquella afrenta.

CXXI. No faltan otros con todo, aunque más pocos, que lo refieren de otro modo. Dicen que Oretes envió a Samos un diputado para pedir no sé qué cosa, que no expresan los narradores, a Polícrates, que echado sobre unos cojines en su gabinete estaba casualmente entreteniéndose con Anacreonte de Teos⁶⁹. Entra en esto el diputado de Oretes y empieza a dar su embajada. Polícrates entretanto, ora a propósito quisiera dar a entender cu-

⁶⁹ Vivía Anacreonte en los reinados de Cyro, Cambises y Darío.

án poco contaba con Oretes, ora sucediese por descuido y falta de reflexión, vuelto como estaba el rostro a la pared, ni lo volvió para mirar al enviado, ni le respondió palabra.

CXXII. De estos dos motivos que suelen darse acerca de la muerte de Polícrates, adopte cada cual el que más le acomode, nada me importa. En cuanto a Oretes, como viviese de asiento en Mignesia, ciudad fundada en las orillas del río Menandro, y estuviese bien informado del espíritu ambicioso de Polícrates, envíele a Samos por embajador a Mirso, hijo de Giges y natural de Lydia. Sabía Oretes que Polícrates había formado el proyecto de alzarse con el imperio del mar, habiendo sido en este designio el primero de los Griegos, al menos de los que tengo noticia. Verdad es que no quiero en esto comprender ni al Gnosio Minos, ni a otro alguno anterior, si lo hubo que en los tiempos fabulosos hubiese tenido el dominio de los mares⁷⁰; sólo afirmo que en la era humana, que así llaman a los últimos tiempos ya conocidos, fue Polícrates el primer Griego que se lisonjeó con la esperanza de sujetar a su mando la

⁷⁰ Entre el tiempo en que Minos tuvo el imperio del mar de Grecia, y aquel en que vivió Polícrates, hubo muchos pueblos que mantuvieron el dominio naval.

Jonia e islas adyacentes. Conociendo, pues, Oretes el flaco de Polícrates, le envía una embajada concebida en estos términos: «Oretes dice a Polícrates: Estoy informado de que meditas grandes empresas, pero que tus medios no alcanzan a tus proyectos. Si quieres, pues, ahora seguir mi consejo, te aseguro que con ello conseguirás provecho, y me salvarás la vida; pues el rey Cambises, según sé ciertamente, anda al presente maquinándome la muerte. En suma, quiero de ti que vengas por mí y por mis tesoros, de los que tomarás cuanto gustares, dejando el resto para mí. Ten por seguro que por falta de dinero no dejarás de conquistar la Grecia entera. Y si acerca de los tesoros no quisieres fiarte de mi palabra, envíame el sujeto que tuvieres de mayor satisfacción, a quien me ofrezco a mostrárselos.

CXXIII. Oyó Polícrates con mucho gusto tal embajada, y determinó complacer a Oretes. Sediento el hombre de dinero, envió ante todo para verlo a su secretario, que era Menandrio, hijo de Menandrio, el mismo que no mucho después consagró en el *Hereo*⁷¹ los adornos todos muy ricos y vistosos que había tenido Polícrates en su mismo aposento. Sabiendo Oretes que aquel explorador era

un personaje de respeto, toma ocho cofres y manda embutirlos de piedras hasta arriba, dejando sólo por llenar una pequeña parte la más vecina a los labios de aquellos, y después cubre de oro toda aquella superficie; ata muy bien sus cofres, y los deja patentes a la vista. Llegó poco, después Menandrio, vio las arcas de oro, y dio cuenta luego a Polícrates.

CXXIV. Informado este del oro, a pesar de sus privados que se lo aconsejaban, y a pesar asimismo de sus adivinos que le auguraban mala suerte, no veía la hora de partir en busca de las arcas. Aun hubo más, porque la hija de Polícrates tuvo entre sueños una visión infausta, pareciéndole ver en ella a su padre colgado en el aire, y que Júpiter la estaba lavando y el sol ungiendo. En fuerza de tales agüeros, deshaciéndose la hija en palabras y extremos, pugnaba en persuadir al padre no quisiera presentarse a Oretes, tan empeñada en impedir el viaje, que al ir ya Polícrates a embarcarse en su galera, no dudó en presentársele cual ave de mal agüero. Amenazó Polícrates a su hija que si volvía salvo tarde o nunca había de darle marido. -«¡Ojalá, padre, sea así! responde ella; que antes quisiera tarde o nunca tener

⁷¹ Este era el nombre propio del templo de Juno, en Samos.

marido, que dejar de tener tan presto un padre tan bueno.»

CXXV. Por fin, despreciando los consejos de todos, embarcóse Polícrates para ir a verse con Oretes, llevando gran séquito de amigos y compañeros, entre quienes se hallaba el médico más afamado que a la sazón se conocía, Democedes, hijo de Califonte, natural de Cretona. No bien acabó Polícrates de poner el pie en Magnesia, cuando se le hizo morir con una muerte cruel, muerte indigna de su persona e igualmente de su espíritu magnánimo y elevado, pues ninguno se hallará entre los tiranos o príncipes griegos, a excepción solamente de los que tuvieron los Siracusanos, que en lo grande y magnífico de los hechos pueda competir con Polícrates el Samio⁷². Pero no contento el fementido Persa con haber hecho en Polícrates tal carnicería que de puro horror no me atrevo a describir, le colgó después en

⁷² Debe entender el autor por tiranos de Siracusa a Gelon y a Hieron el Viejo, célebres por sus virtudes y amor a las artes. En cuanto al juicio sobre Polícrates, no se dude de su talento superior, de su magnificencia y protección a Pitágoras y a Anacreonte; de su humanidad para con los Samios, y de su violencia para con los extraños se habla con mucha diversidad. Acerca de su muerte, feneció quizá desollado vivo, o cortada la cabeza y puesto en un palo, que eran los más crueles suplicios entre los Persas.

una aspa. Oretes envió libres a su patria a los individuos de la comitiva que supo eran naturales de Samos, diciéndoles que bien podían y aun debían darle las gracias por acabar de librarlos de un tirano; pero a los criados que habían seguido a su amo los retuvo en su poder y los trató como esclavos. Entretanto, en el cadáver de Polícrates en el aspa íbase verificando puntualmente la visión nocturna de su hija, siendo lavado por Júpiter siempre que llovía, y ungido por el sol siempre que con sus rayos hacia que manase del cadáver un humor corrompido. En suma, la fortuna de Polícrates, antes siempre próspera, vino al cabo a terminar, según la predicción profética de Amasis, rey de Egipto, en el más desastroso paradero.

CXXVI. Pero no tardó mucho en vengar el cielo el execrable suplicio dado a Polícrates en la cabeza de Oretes, y fue del siguiente modo: Después de la muerte de Cambises, mientras que duró el reinado de los Magos, estuvo Oretes en Sardes quieto y sosegado, sin cuidar nada de volver por la causa de los Persas infamemente despojados del imperio por los Medos; antes bien, entonces fue cuando aprovechándose de la perturbación actual del Estado, entre otros muchos atentados que cometió, quitó la vida

no sólo a Mitrobates, general de Dascilio, el mismo que le había antes zaherido por no haberse apoderado de los dominios de Polícrates, sino también a Cranapes, hijo del mismo, sin atender a que eran entrambos personajes muy principales entre los Persas. Y no paró aquí la insolencia de Oretes, pues, habiéndole después enviado Darío un correo, y no dándole mucho gusto las órdenes que de su parte le traía, armóle una emboscada en el camino y le mandó asesinar a la vuelta, haciendo que nunca más se supiese noticia alguna ni del posta ni de su caballo.

CXXVII. Luego que Darío se vio en el trono, deseaba muy de veras hacer en Oretes un ejemplar, así en castigo de todas sus maldades, como mayormente de las muertes dadas a Mitrobates y a su hijo. Con todo, no le parecía del caso enviar allá un ejército para acometerle declaradamente desde luego, parte por verse en el principio del mando, no bien sosegadas las inquietudes públicas del imperio, parte por considerar cuán prevenido y pertrechado estaría Oretes, manteniendo por un lado cerca de su persona un cuerpo de mil Persas, sus alabarderos, y teniendo por otro en su provincia y bajo su dominio a los Frigios, a los Lydios y a los Jonios. Así que Darío, queriendo obviar estos inconvenientes, toma

el medio de llamar a los Persas más principales de la corte y hablarles en estos términos: -«Amigos, ¿habrá entre vosotros quien quiera encargarse de una empresa de la corona, que pide maña o ingenio, y no ejército ni fuerza? Bien sabéis que donde alcanza la prudencia de la política, no es menester mano armada. Hagoos saber que deseo muchísimo que alguno de vosotros procure presentarme vivo o muerto a Oretes, hombre que además de ser desconocido a los Persas, a quienes en nada ha servido hasta aquí, es al mismo tiempo un violento tirano, llevando ya cometidas muchas maldades contra nos, una la de haber hecho morir al general Mitrobates, juntamente con su hijo, otra la de haber asesinado a mis enviados que le llevaban la orden de presentársenos, mostrando en todo un orgullo y contumacia intolerables. Es preciso, pues, anticipársele, a fin de impedir con su muerte que pueda maquinarse algún atentado mayor contra los Persas.»

CXXVIII. Tal fue la pregunta y propuesta hecha por Darío, al cual en el punto mismo se le ofrecieron hasta 30 de los cortesanos presentes, pretendiendo cada cual para sí la ejecución de la demanda. Dispuso Darío que la suerte decidiera la porfía, y habiendo recaído en Bageo, hijo de Artontes, toma

éste desde luego un expediente muy oportuno. Escribe muchas cartas que fuesen otras tantas órdenes sobre varios puntos, luego las cierra con el sello de Darío, y con ellas se pone en camino para Sardes. Apenas llegado, se presenta a Oretes, y delante de él va sacando las cartas de una en una, dándolas a leer al secretario real, pues entre los Persas todo gobernador tiene su secretario de oficio nombrado por el rey⁷³. Bageo, al dar a leer y al intimar aquellas órdenes reales, pretendía sondear la fidelidad de los alabarderos, y tentar si podía sublevarlos contra su general Oretes. Viendo, pues, que llenos de respeto por su soberano ponían sobre su cabeza las cartas rubricadas y recibían las órdenes intimadas con toda veneración, da por fin a leer otro despacho real concebido en esta forma: «Darío, vuestro soberano, os prohíbe a vosotros, Persas, servir de alabarderos a Oretes.» No bien se les intimó la orden, cuando dejan todos sus picas. Animóse Bageo a dar el últi-

⁷³ Los Persas fueron los autores de la economía y orden político de una vasta monarquía distribuida en varias provincias, sin que entre ellos hubiera unas de dominio real y otras de dominio feudatario, sino que todas eran otros tantos reinos subalternos, bajo el gobierno de su sátrapa dependiente del emperador, forma que aun se observa en algunas provincias

mo paso, viendo que en aquello obedecían al rey, entregando al secretario la última carta en que venía la orden, en estos términos: «Manda el rey Darío a los Persas, sus buenos y fieles vasallos en Sardes, que maten a Oretes.» Acabar de oír la lectura de la carta, desenvainar los alfanjes los alabarderos y hacer pedazos a Oretes, todo fue en un tiempo. Así fue como Polícrates el Samio vino a quedar vengado del Persa Oretes.

CXXIX. Después que llegaron a Susa, confiscados los bienes que habían sido de Oretes, sucedió dentro de pocos días que al bajar del caballo el rey Darío en una de sus monterías, se le torció un pie con tanta fuerza que, dislocado el talón, se salió del todo de su encaje. Echó mano desde luego para la cura de sus médicos quirúrgicos, creído desde atrás que los que tenía a su servicio traídos del Egipto eran en su profesión los primeros del universo. Pero sucedió que los físicos egipcios, a fuerza de medicinar el talón, lo pusieron con la cura peor de lo que había estado en la dislocación. Siete días enteros habían pasado con sus noches en que la fuerza del dolor no había permitido al rey cerrar los

de Persa en que dura todavía el empleo citado de secretario de oficio, a quien dan el nombra de *vakanavisch*.

ojos, cuando al octavo día, en que se hallaba peor, quiso la fortuna que uno le diese noticia de la grande habilidad del médico de Crotona, Democedes, de quien acaso había oído hablar hallándose en Sardes. Manda al instante Darío que hagan venir a Democedes, y habiéndole hallado entre los esclavos de Oretes, tan abyecto y despreciado como el que más, lo presentaron del mismo modo a la vista del rey, arrastrando sus cadenas y mal cubierto de harapos.

CXXX. Estando en pie el pobre esclavo, preguntóle el mismo Darío en presencia de todos los circunstantes si era verdad que supiera medicina. Democedes, con el temor de que si decía llanamente la verdad no tenía ya esperanza de poder volver a Grecia, no respondía que la supiese. Trasluciéndose a Darío que aquel esclavo tergiversaba, hablando sólo a medias palabras, mandó al punto traer allí los azotes y aguijones. La vista de tales instrumentos y el miedo del inminente castigo hizo hablar más claro a Democedes, quien dijo que no sabía muy bien la medicina, pero que había practicado con un buen médico. En una palabra, dejóse Darío en manos del nuevo médico, y como éste le aplicase remedios y fomentos suaves, después de los

fuertes antes usados en la cura, logró primero que pudiera el rey recobrar el sueño perdido, y después de muy breve tiempo lo dejó enteramente sano, cuando Darío había ya desconfiado de poder andar perfectamente en toda su vida. Al verse sano el rey, quiso regalar al médico griego con dos pares de grillos de oro macizo, y al irlos a recibir, pregúntale con donaire Democedes, si en pago de haberle librado de andar siempre cojo, le doblaba el mal su majestad, dándole un grillo por cada pierna. Cayó en gracia a Darío el donaire del médico, y le mandó fuese a visitar sus esposas. Decían por los salones los eunucos que le conducían: «Señora, este es el que dio vida y salud al rey nuestro amo y señor.» Las reinas, muy alegres y agradecidas, iban cada una por sí sacando del arca un azafate lleno de oro, y el oro y el azafate del mismo metal todo lo regalaban a Democedes. La magnificencia de las reinas en aquel regalo fue tan extremada, que un criado de Democedes, llamado Sciton, recogiendo para sí únicamente los granos que de los azafates caían, juntó una grandiosa suma de dinero.

CXXXI. El buen Democedes, ya que de sus aventuras hacemos mención, dejando a Crotona su patria, como referiré, fue a vivir con Polícrates. Vi-

vía antes en Crotona en casa de su mismo padre, hombre de condición áspera y dura, y no pudiendo ya sufrirlo por más tiempo, fue a establecerse en Egina. Allí, desde el primer año de su domicilio, aunque se hallaba desprovisto y falto todavía de los hierros e instrumentos de su profesión, dejó con todo muy atrás a los primeros cirujanos del país por lo que al segundo año los Eginetas le asalariaron para el público con un talento, al tercer año lo condujeron los Atenienses por cien minas, y Polícrates al cuarto por dos talentos⁷⁴: por estos pasos vino Democedes a Samos. La fama de este insigne profesor ganó tanto crédito a los médicos de Crotona, que eran tenidos por los más excelentes de toda la Grecia; después de los cuales se daba el segundo lugar a los médicos de Cirene. En la misma Grecia los médicos de Argos pasaban a la sazón por los más hábiles de todos.

CXXXII. De resultas, pues, de la cura del rey, se le puso a Democedes una gran casa en Susa, y se lo dio cubierto en la mesa real, como comensal honorario de Darío, de suerte que nada le hubiese que-

⁷⁴ Sin disputar a Democedes su riqueza, no creo que contando el talento por mil escudos, le diera Egina los mil, Atenas

dado que desear, si no lo trajera molestado siempre el deseo de volver a su querida Grecia. No había otro hombre ni otro privado como Democedes para el rey, de cuyo favor se valió especialmente en dos casos; el uno cuando logró con su mediación que el rey perdonase la vida a sus médicos de Egipto, a quienes por haber sido vencidos en competencia con el Griego había condenado Darío a ser empalados; el otro cuando obtuvo la libertad para cierto adivino Eleo, a quien veía confundido y maltratado con los demás esclavos que habían sido de la comitiva de Polícrates.

CXXXIII. Entre otras novedades no mucho después de dicha cura, sucedió un incidente de consideración a la princesa Atosa, hija de Cyro y esposa de Darío, a la cual se le formó en los pechos un tumor que una vez abierto se convirtió en llaga, la cual iba tomando incremento. Mientras el mal no fue mucho, la princesa lo ocultaba por rubor sin hablar palabra; mas cuando vio que se hacía de consideración se resolvió llamar a Democedes y hacer que lo viese. El médico le dio palabra de que sin falta la curaría, pero con pacto y condición de que la prin-

más de mil setecientos escudos, y Polícrates dos mil, pues no era entonces en Grecia tan abundante la moneda.

cesa jurase hacerle una gracia que él quería suplicarle, asegurándole de antemano que nada le pediría de que ella pudiera avergonzarse.

CXXXIV. Sanada ya Atosa por obra de Democedes, estando en cama con Darío, hablóle así, instruida por su médico de antemano: -«¿No me diréis, señor, por qué tenéis ociosa tanta tropa sin emprender conquista alguna y sin dilatar el imperio de Persia? A un hombre grande como vos, oh Darío, a un príncipe joven, al soberano más poderoso del orbe, el honor le está pidiendo de justicia que haga ver a todos, con el esplendor de sus proezas, que los Persas tienen a su frente un héroe que los dirige. Por dos motivos os conviene obrar así; por el honor, para que conozcan los Persas que sois un soberano digno del trono que ocupáis; y por razón de Estado, para que los súbditos afanados en la guerra no tengan lugar de armaros alguna sublevación. Y ahora que os veo en la flor de la edad quisiera miraros más coronado de laureles, pues bien sabéis que el vigor del espíritu crece con la actividad del cuerpo, y al paso que envejece el último, suele aquel ir menguando hasta quedar al fin ofuscado o del todo

extinguido⁷⁵.» En esta forma repetía Atosa las lecciones de su médico. -«Me hablas, Atosa, responde Darío, como si leyeras los pensamientos y designios de mi espíritu; pues quiero que sepas que estoy resuelto ya a emprender una expedición contra los Escitas, haciendo a este fin un puente de naves que una entre sí los dos continentes de Asia y Europa; y te aseguro, mujer, que todo lo verás en breve ejecutado. Medítadlo antes, señor, le replica Atosa; dejad por ahora esos Escitas, que ni son primicias convenientes para vuestras armas victoriosas, y son víctimas seguras por otra parte siempre que las acometáis. Creedme, caro Darío; acometed de primer golpe a la Grecia, de la cual oigo hablar tanto y decir tales cosas, que me han dado deseos de verme pronto rodeada aquí de doncellas Laconias, Argivas otras, unas Áticas, otras Corintias. Y no parece sino que lo disponen los dioses, que os han traído un hombre el más apto de todos para poder iros in-

⁷⁵ Esta razón, tomada acaso por el autor de Demócrito, su contemporáneo, aunque harto material a primera vista, se explica perfectamente, en cuanto maleado el instrumento del sentido, no puede el alma inmortal usar de toda la eficacia y gallardía del espíritu. Respecto al discurso entero, se ve herodoto creía a los médicos no solo discretos en la

formando punto por punto de todas las cosas de la Grecia, el buen médico que tan bien os curó el pie dislocado. -Mujer, respondió Darío, si te parece mejor acometer antes a la Grecia, creo sería el caso enviar delante nuestros exploradores conducidos por el médico que dices, para que, informados ante todo y aun testigos oculares del estado de la Grecia, puedan instruirnos después, y con esta ventaja podremos acometer mejor a los Griegos.

CXXXV. Dicho y hecho, pues apenas deja verse la luz del día, cuando Darío llama a su presencia a quince de sus Persas, hombres todos de consideración, y les ordena dos cosas: una ir a observar las costas de la Grecia conducidos por Democedes; otra que vigilen siempre para que no se les escape su conductor, al cual de todos modos manda lo devuelvan a palacio. Instruidos así los Persas, hace Darío venir a Democedes y pídele que después de haber conducido algunos Persas alrededor de la Grecia, sin dejar cosa que no les haga ver, tenga a bien dar la vuelta a la corte. Al mismo tiempo le convida a cargar con todos sus muebles preciosos para regalarlos a su padre y hermanos, en vez de los

elocuencia familiar, sino aun ofistas, maestros de ella en los palacios.

cuales le daría después otros más numerosos y mejores, para lo cual le cedía desde luego una barca bien abastecida de provisiones, que cargada con aquellos presentes le fuese siguiendo en su viaje. Soy de opinión que Darío hablaba de este modo con sincero corazón, aunque el hábil Democedes, recelándose de que fuese aquella una fina tentativa de su fidelidad, anduvo con precaución, sin aceptar desde luego las ofertas de su amo, antes cortésmente le replicó que su gusto sería que su majestad le permitiera dejar alguna parte de sus alhajas para hallarlas después a su vuelta, y que aceptaría con placer la barca que su majestad tenía la bondad de ofrecerle para cargar en ella los regalos para los suyos. Tales, en suma, fueron las órdenes con que Darío le envió con sus compañeros hacia el mar.

CXXXVI. Habiendo, pues, bajado a Fenicia y llegado a Sidonia, uno de los puertos de aquel país, equiparon sin pérdida de tiempo tres galeras, y cargaron de todo género de bastimentos una nave, en que embarcaron asimismo varios y preciosos regalos. Abastecidos de todo, siguieron el rumbo hacia la Grecia, que fueron costeando y sacando los planos de sus costas, sin dejar nada que notar por escrito, y practicada esta diligencia con la mayor parte

de los lugares, y en especial con los más nombrados, llegaron por fin a Tarento en las playas de Italia. Aristofilides, rey de los Tarentinos, a quien Democedes logró fácilmente sobornar, le complació en sus dos solicitudes, de quitar los timones a las naves de los Medos, y de arrestar por espías a los Persas, echando voz de que lo eran sin duda. Mientras se irrogaba este daño a la tripulación, Democedes llegó a Crotona y una vez refugiado ya en su patria, suelta Aristofilides a sus prisioneros, restituyendo los timones a sus naves.

CXXXVII. Hechos a la vela otra vez los Persas, parten en seguimiento de Democedes, y como llegados a Cretona le hallasen paseando por la plaza, le echaron mano al momento. Algunos de los vecinos de Crotona a quienes el nombre y poder de los Persas tenía amedrentados, no mostraban dificultad en entregarles el fugitivo; pero otros, saliendo a la defensa de su paisano, lo sacaron a viva fuerza de las manos de los extranjeros, contra quienes arremetieron con sus bastones, sin contar con las protestas que entretanto les hacían los Persas. -«Mirad, decían éstos, mirad lo que hacéis. ¡Cómo, quitarnos de las manos a ese esclavo y fugitivo del rey! ¿Cómo pensáis que Darío, el gran rey, sufrirá esta injuria que se

le hace? ¿cómo podrá disimularla? ¿cómo podrá dejar de saliros muy cara la presa que ahora nos arrebatáis? ¿Queréis ser los primeros a quienes hagamos guerra declarada, los primeros a quienes hagamos cautivos nuestros?» Pero salieron vanas sus protestas y amenazas, antes bien, no contentos los Crotoniatas con haberles arrebatado a Democedes, echáronse sobre la barca del rey que con ellos venía. Viéronse con esto obligados los Persas a tomar su derrotero hacia el Asia, sin cuidarse de llevar adelante sus observaciones sobre la Grecia, faltos ya de guía y adalid. Con todo, Democedes al despedirse de ellos no dejó de pedirles que de su parte dijeran a Darío que había tomada por esposa a una hija de Milon, sabiendo bien cuánto significaba para el rey el famoso nombre de aquel luchador de primera clase, Milon Crotoniata⁷⁶. Y a mi juicio, dióse Democedes a fuerza de dinero tanta maña y prisa en aquel casamiento, con la mira de que Darío le tuviera por hombre de consideración en su patria.

⁷⁶ Las fuerzas prodigiosas de este atleta Crotoniata, o Sansón profano, se leen en mil autores.

CXXXVIII. Salidos los Persas de Crotona, aportaron con sus naves a la Yapigia⁷⁷, donde quedaron esclavos; lo cual sabido por Gilo Tarentino, desterrado de su patria, tuvo la generosidad de redimirlos y conducirlos libres al rey Darío, beneficio que fue tan del agrado del soberano, que se hallaba pronto a hacer en su recompensa cuanto quisiera pedirle. Gilo, después de darle cuenta de su desgracia, le suplicó por favor que negociase su vuelta a Tarento; mas para no poner en agitación toda la Grecia, como sin falta sucedería si por su causa destinase una poderosa armada para la Italia, hízole saber que como los Cnidios quisieran restituírle a su patria, serían bastantes ellos solos para salir con su intento. Decíalo Gilo persuadido de que los Cnidios, amigos de los Tarentinos, lograrían su regreso si lo pretendían con eficacia. Complácele Darío al punto según había ofrecido, mandando a los Cnidios por medio de un enviado que se empeñasen en restituir su amigo Gilo a Tarento; pero porque obedientes a Darío procuraron ellos lograr dicha vuelta pidiéndole buenamente a los Tarentinos, y no te-

⁷⁷ La Yapigia o Messania es la Península de Calabria cuyo istmo está entre Brindis y Tarento. El mismo Gilo, libertador

niendo bastantes fuerzas para obligarles por la violencia, no consiguieron al cabo lo que pedían. Tal fue, en suma, el éxito de los Persas exploradores de la Grecia, siendo los primeros que pasaron allí desde el Asia con ánimo de observar la situación del país.

CXXXIX. Después de estas tentativas apoderóse Darío de Samos, la primera de todas las ciudades así griegas como bárbaras de que se hizo dueño, y fue con el motivo siguiente: En tanto que Cambises hacía la expedición al Egipto, muchos Griegos, como suele acontecer en tales ocasiones, pasaban allá, estos con sus géneros y mercaderías, aquellos con ánimo de sentar plaza entre las tropas mercenarias, y algunos pocos sin otra mira que la de viajar y ver el país. De estos últimos fue uno Silosonte, hijo de Eaces y hermano de Polícrates, a la sazón desterrado de Samos, a quien sucedió allí una rara aventura. Había salido de su posada con su manto de grana, y vestido así iba paseándose por la plaza de Memfis. Darío, que a la sazón servía entre los alabarderos de Cambises, no siendo todavía de grado superior, al ver a Silosonte se prendó de su manto encarnado, y

de los Persas; fue probablemente quien rescató a Pitágoras, cautivo do Cambises.

llegándose a él quería comprárselo con su dinero. Quiso la buena suerte de Silosonte que se mostrara bizarro con el joven Darío viéndole perdido por su manto. -«No os lo venderé por ningún dinero, le dice; os lo regalo sí de buena gana, ya que mostráis voluntad de tenerlo.» Darío, agradeciéndole la cortesía, tomó luego el manto de grana tan deseado.

CXL. Silosonte, al ver que le cogía la palabra y el manto, se tuvo a sí mismo por más simple y sandio que por cortés y caballero. Andando después el tiempo, muerto ya Cambises, muerto asimismo el Mago a manos de los septemviros, y nombrado Darío, uno de ellos, por soberano, oyó decir Silosonte que había recaído el cetro en manos de aquel joven Persa a quien antes allá en Egipto había regalado su manto cuando se lo pidió. Con esta nueva, animase a emprender el viaje de Susa, y presentándose a las puertas de palacio da al portero el recado de que allí estaba un bienhechor de Darío que deseaba hablarle. Recibido el recado, empezó admirado el rey a discurrir consigo mismo: -¿Quién puede ser ese Griego, a cuyos servicios ahora ya al principio de mi gobierno está obligado como a bienhechor mío? No sé que hasta aquí haya llegado a mi corte Griego alguno, ni recordar puedo que nada deba yo a nadie

de aquella nación. Con todo, que entre ese Griego, pues quiero saber de él mismo qué motivo tiene para lo que dice.» El portero introdujo a Silosonte a la presencia del rey, y puesto en pie, preguntarle los intérpretes quién es y cuáles son sus servicios hechos al soberano para decirse su bienhechor. Refirió Silosonte lo tocante a su manto y que él era aquel Griego afortunado que había tenido el honor de regalarlo a Darío. A esto responde luego el rey: -«¿Eres tú, amigo, aquel tan bizarro caballero que me hizo aquel regalo cuando no era yo más que un moro particular? El don entonces recibido pudo ser de poca monta, pero no lo será mi recompensa, sino tal como la que daría al que en el estado actual en que me hallo me ofreciera un magnífico presente. Todos mis tesoros allí los tienes a tu disposición; toma de ellos el oro y la plata que quisieres, que no sufrirá que te puedas jamás arrepentir de haber sido liberal conmigo, con el sucesor de Cambises. -Señor, le responde Silosonte, agradezco sumamente vuestra liberalidad: agradezcoos el oro y la plata que de vuestros tesoros me ofrecéis. Otra es la gracia que de vos deseara: recobrar el dominio de Samos, mi patria, que me tiene usurpado un criado de nuestra casa, después que Oretes dio la muerte a

mi hermano Polícrates. La merced, pues, que de vos espero es que me repongáis en el señorío de Samos sin muerte ni esclavitud de ninguno de mis paisanos.»

CXLI. Oída la petición de Silosonte, envió Darío al frente de un ejército al general Otanes, uno del famoso septemvirato, con orden de llevar a cabo las pretensiones y demandas de su bienhechor. Llegado a los puntos marítimos del reino, Otanes dispuso las tropas para la expedición de Samos.

CXLII. El mando de Samos estaba a la sazón en manos de aquel Menandrio, hijo de Menandrio, a quien Polícrates al partirse de la isla había dejado por regente de ella. Este, dándose por el hombre más virtuoso y justificado de todos, no tuvo la suerte ni la proporción de mostrarse tal; porque lo primero que hizo, sabida la muerte de Polícrates, fue levantar un ara a Júpiter Libertador, dedicando alrededor de ella un recinto religioso, que se ve al presente en los arrabales de la ciudad. Erigido ya el sagrado monumento, llamó a la asamblea a todos los vecinos de Samos y hablóles así: -«Bien veis, ciudadanos, que teniendo en mis manos el cetro que antes solía tener Polícrates en las suyas, si quiero puedo ser vuestro soberano. Mas yo no apruebo en

mi persona lo que repruebo en la de otro, pues puedo aseguraros que nunca me pareció bien que quisiera ser Polícrates señor de hombres tan nobles como él, ni semejante tiranía podrá jamás consentirla en hombre alguno nacido o por nacer. Pagó ya Polícrates su merecido y cumplió su destino fatal. Resuelto yo a depositar la suprema autoridad en manos del pueblo, y deseoso de que todos seamos libres y de una misma condición y derecho público, solo os pido dos gracias en recompensa: una, que del tesoro de Polícrates se me reserven aparte seis talentos; otra, que el sacerdocio de Júpiter Libertador, investido desde luego en mi persona, pase a ser en los míos hereditario; privilegios que con razón pretendo, así por haber erigido esas aras, como por la resolución en que estoy de restituiros la independencia.» Esta era la propuesta que bajo tales condiciones hacía Menandrio a los Samios: oída la cual, levantóse uno de ellos y le dijo: «No mereces tú, según eres de vil y despreciable, de malvado y ruin, ser nuestro soberano. ¡Perdiéramos los dioses si tal sucediera! De ti pretendemos ahora que nos des cuenta del dinero público que has manejado⁷⁸.» El

⁷⁸ Esta respuesta, más insolente que libre, muestra que al mando puede aplicarse el proverbio «*lupum manibus tenes*,»

que así se expresaba era uno de los ciudadanos más principales, llamado Telesarco.

CXLIII. Previendo Menandrio claramente que no había de faltar alguno que se alzara con el mando, en caso de que él lo dejase, mudó la resolución de abandonarlo que tenía antes formada; y para asegurarse más en el imperio, retirado a la ciudadela, hacia llamar allí uno por uno a los vasallos, con el pretexto de dar cuenta del dinero, pero en llegando los mandaba coger y poner en prisiones. En tanto que permanecían bien custodiados, asaltó a Menandrio una grave enfermedad, de la cual, creyendo Licareto, uno de los hermanos de Meriandrio, que iba éste a morir, con la ambiciosa mira de facilitarse la posesión del señorío de Samos, procuró la muerte a aquellos presos, que pensó no dejarían de querer en adelante la independencia y libertad del Estado.

CXLIV. En esta situación se hallaban los negocios cuando los Persas aportaron a Samos llevando consigo a Silosonte. Entonces no sólo faltó quien les saliera al encuentro con las armas en las manos, sino que desde luego que llegaron allá capituló con ellos la tropa misma de Menandrio, mostrándose pronta a salir de la isla y a hacer que saliera junta-

siendo más peligroso el soltarlo que molesto el retenerlo.

mente su actual señor. Convino Otanes por su parte en firmar el tratado, y compuestas así las paces, los oficiales mayores de la armada persiana, haciendo colocar unos asientos junto a la ciudadela, estaban allí sentados.

CXLV. Sucedió entretanto un caso impensado. Tenía el gobernador Menandrio un hermano llamado Carilao, hombre algo atolondrado y furioso, quien no sé por qué delito estaba en un calabozo, desde donde, como informado de lo que pasaba sacase la cabeza por una reja y viese delante sentados a los Persas en paz y sosiego, púsose a gritar como un insensato, pidiendo que lo llevaran a Menandrio, a quien tenía que hablar, lo cual sabido por éste mandó que le sacaran de la cárcel y se lo presentaran. Llegado apenas a su presencia, principió a echar maldiciones de su boca y cargar de baldones a su hermano, porque no caía de improviso sobre aquellos Persas allí recostados. «¡Insensato! le dice, ¿a mí, que soy tu hermano y que en nada tengo merecida la cárcel, me tienes aherrojado en un calabozo, y ves ahí a esos Persas que van a sacarte del trono y de tu misma casa, echándote a donde te lleva tu mala fortuna, y de puro cobarde no te arrojas sobre ellos? Teniéndolos ahí en tu mano, ¿cómo no

los cazas y coges a tu placer? Si de nada eres capaz, ven acá, cobarde, confíame tus guardias, y con ellos les pagaré bien la visita que vinieron a hacernos, y a ti te aseguro que te dejaré salir libre de la isla.

CXLVI. Así dijo Carilao, y aceptó Menandrio el partido que su furioso hermano le proponía, no porque hubiera perdido de modo el sentido común que con sus tropas se lisonjeara de salir victorioso del ejército del rey, sino ciego de envidia, si no me engaño, contra la dicha de Silosonte, no sufriendo que éste con las manos limpias, sin pérdida de gente y sin el más mínimo menoscabo, viniera a ser señor de tan rico Estado. Debió, pues, querer irritar antes a los Persas para empeorar y turbar así el Estado de Samos y dejarlo revuelto y perdido a su sucesor, pues bien veía que los Samios, cruelmente irritados por su hermano, vengarían en los Persas la injuria recibida. Por su persona nada tenía que temer, sabiendo que de todos modos tendría libre, y segura la salida de la isla, siempre que quisiese, pues a este fin tenía ya prevenida una mina o camino subterráneo que salía al mar desde la misma ciudadela. Así pues, Menandrio, embarcándose furtivamente, salió de Samos; y Carilao, haciendo tornar las armas a sus tropas, abiertas las puertas de la plaza, dejóse caer

de repente sobre los Persas, descuidados y seguros de semejante traición, como que estaban del todo creídos de que la paz quedaba ya concluida y ajustada. Envisten los guardias de Carilao contra los Persas que reposaban en sus asientos, y fácilmente pasan a cuchillo a todas las cabezas del ejército persiano, pero acudiendo después lo restante de él a la defensa de sus caudillos, y cargando sobre las tropas mercenarias de Carilao, las obligaron a encerrarse de nuevo en la ciudadela.

CXLVII. Cuando el general Otanes vio aquella alevosía, junta con tanto estrago de sus Persas, olvidado muy de propósito de las órdenes de Darío, quien le había mandado al despedirse para el ejército que entregase la isla de Samos al dominio de Silosonte, sin muertes, sin esclavitud, sin otro daño ni agravio de los isleños, dio orden a sus tropas de que pasasen a cuchillo a todo Samio que hallaran, sin distinción de niños, ni mozos, ni hombres, ni viejos; de suerte que, al punto, parte de las tropas, pónese a sitiar en forma la ciudadela, parte va corriendo por uno y otro lado matando a cuantos se les ponen delante, así dentro como fuera de los templos.

CXLVIII. Entretanto, Menandrio, huyendo de Samos, iba ya navegando hacia Lacedemonia. Aportado allí felizmente, desembarcó todo el equipaje e hizo con los muebles preciosos que consigo traía lo que voy a referir. Coloca en su aparador la copiosa vajilla que tenía de oro y plata, mandando a sus criados que la limpien y bruñan primorosamente⁷⁹. Mientras esto se hacía en su albergue, entreteníase Menandrio discurriendo con Cleomenes, hijo de Alexandrides, a quien como rey de Esparta había ido a cumplimentar. Alargando de propósito la conversación, de palabra en palabra vinieron los dos hablando hasta la posada del huésped. Entra en ella Cleomenes, ve de improviso tan rica repostería, y quédase atónito y como fuera de sí. El cortés Menandrio, prevenido ya con tiempo, bríndale con ella, insta, porfía que tome cuanto le agrade. No obstante la suspensión de Cleomenes y la bizarría de Menandrio en ofrecerle segunda y tercera vez su magnífica vajilla, el severo Espartano, mostrando en su desinterés un ánimo el más entero y justificado, nada quiso aceptar de todo cuanto se le ofrecía. Aun

⁷⁹ En este pasaje he tenido que valerme de las palabras modernas *aparador*, *vajilla*, *repostería*, para expresar el lujo antiguo,

más, comprendiendo muy bien que el huésped, regalando a algunos ciudadanos, como sin duda lo hiciera, no dejaría de hallar protectores en el cohecho, fue en derechura a verse con los Eforos, y les propuso que sin duda fuera lo más útil echar luego del Peloponeso al desterrado de Samos, de quien recelaba mucho que a fuerza de dádivas había de corromper sin falta o a él mismo, o a algún otro de los Espartanos. Prevenidos así los Eforos, publicaron un bando en que se mandaba salir de sus dominios a Menandrio.

CXLIX. Mientras esto se hacía en Esparta, los Persas no sólo entregaban al saqueo la isla de Samos, sino que la barrían como con red, envolviendo a todos sus vecinos y pasándolos a cuchillo, sin perdonar a ninguno la vida. Así vengados, entregaron a Silosonte la isla vacía y desierta, aunque el mismo general Otanes la volvió a poblar algún tiempo después, movido, así de una visión que tuvo en sueños, como principalmente por motivo de cierta enfermedad vergonzosa que padeció.

CL. Por el mismo tiempo que se hacía la expedición naval contra Samos, negaron la obediencia a

que se reducía por lo común a vasos preciosos de oro con varios emblemas y colores.

los Persas los Babilonios, que muy de antemano se habían apercebido para lo que intentaban. Habiéndose sabido aprovechar de las perturbaciones públicas del Estado, así en el tiempo en que reinaba el Mago, como en aquel en que los septemviros coligados recobraban el imperio, se proveyeron de todo lo necesario para sufrir un dilatado sitio, sin que se echara de ver lo que iban premeditando. Cuando declaradamente se quisieron rebelar, tomaron una resolución más bárbara aun que extraña, cual fue la de juntar en un lugar mismo a todas las mujeres y hacerlas morir estranguladas, exceptuando solamente a sus madres y reservándose cada cual una sola mujer, la que fuese más de su agrado: el motivo de reservarla no era otro sino el de tener panadera en casa, y el de ahogar a las demás el de no querer tantas bocas que consumieran su pan.

CLI. Informado el rey Darío de lo que pasaba en Babilonia, parte contra los rebeldes con todas las fuerzas juntas del imperio, y llegado allí, emprende desde luego el asedio de la plaza. Los Babilonios, lejos de armarse o de temer por el éxito del sitio, subidos sobre los baluartes de la fortaleza bailaban alegres a vista del enemigo, mofándose de Darío con todo su ejército. En una de esas danzas hubo

quien una vez dijo este sarcasmo: -«Persas, ¿Qué hacéis aquí tanto tiempo ociosos? ¿Cómo no pensáis en volveros a vuestras casas? Pues en verdad os digo que cuando paran las mulas, entonces nos rendiréis.» Claro está que no creía el Babilonio que tal decía que la mula pudiera parir jamás.

CLII. Pasado ya un año y siete meses del sitio, viendo Darío que no era poderoso para tomar tan fuerte plaza, hallábanse él y su ejército descontentos y apurados. A la verdad no había podido lograr su intento en todo aquel tiempo, por más que hubiese jugado todas las máquinas de guerra y tramado todos los artificios militares, entre los cuales no había dejado de echar mano también del mismo estratagemas con que Cyro había tomado a Babilonia. Pero ni con este ni con otro medio alguno logró Darío sorprender la vigilancia de los sitiados, que estaban muy alerta y muy apercebidos contra el enemigo.

CLIII. Había entrado ya el vigésimo mes del malogrado asedio, cuando a Zópiro, hijo de Megabizo, uno de los del septemvirato contra el Mago, le sucedió la rara monstruosidad de que pariera una de las mulas de su bagaje⁸⁰. El mismo Zópiro, avisado

⁸⁰ Plinio da por común el parto de las mulas en África y Capadocia.

del nunca visto parto, y no acabando de dar crédito a nueva tan extraña, quiso ir en persona a cerciorarse; fue y vio por sus mismos ojos la cría recién nacida y recién parida la mula. Sorprendido de tamaña novedad, ordena a sus criados que a nadie se hable del caso; y poniéndose él mismo muy de propósito a pensar sobre el portento, recordó luego aquellas palabras que dijo allá un Babilonio al proncipio del sitio, que cuando parieran las mulas se tomaría a Babilonia. Esta memoria, combinada con el parto reciente de su mula, hizo creer a Zópiro que debía, en efecto, ser tomada Babilonia, habiendo sido sin duda providencia del cielo, que previendo que su mula había de parir, permitió que el Babilonio lo dijese de burlas.

CLIV. Persuadióse Zópiro con aquel discurso ciertamente agorero que había ya llegado el punto fatal de la toma de Babilonia. Preséntase a Darío y le pregunta si tenía realmente el mayor deseo y empeño en que se tomase la plaza sitiada, y habiendo entendido del soberano que nada del mundo deseaba con igual veras, continuó sus primeras meditaciones, buscando medio de poder ser él mismo el autor de la empresa y ejecutor de tan grande hazaña, y tanto más iba empeñándose en ello, cuanto mejor

debía ser entre los Persas muy atendidos de presente y muy premiados en el porvenir los extraordinarios servicios hechos a la corona. El fruto de su meditación fue resolverse a la ejecución del único remedio que hallaba para rendir aquella plaza: consistía en que él mismo, mutilado cruelmente, se pasase fugitivo a los Babilonios. Contando, pues, por nada quedar feamente desfigurado por todos los días de su vida, hace de su persona el más lastimoso espectáculo: cortadas de su propia mano las narices, cortadas asimismo las orejas, cortados descompostamente los cabellos y azotadas cruelmente las espaldas, muéstrase así maltrecho y desfigurado a la presencia de Darío.

CLV. La pena que Darío tuvo al ver de repente ante sus ojos un Persa tan principal hecho un retablo vivo de dolores, no puede ponderarse: salta luego de su trono, y le pregunta gritando quién así le ha malparado y con qué ocasión. -«Ningún otro, señor, sino vos mismo, le responde Zópiro, pues sólo mi soberano pudo ponerme tal como aquí me miráis. Por vos, señor, yo mismo me he desfigurado así por mis propias manos, sin injuria de extraños, no pudiendo ya ver ni sufrir por más tiempo que los Asirlos burlen y mofen a los Persas. -Hombre infe-

liz, le replica Darío, ¿quieres dorarme un hecho el más horrendo y negro con el Color más especioso que discurrirse pueda? ¿Pretextas ahora que por el honor de la Persia, por amor mío, por odio de los sitiados has ejecutado en tu persona esa carnicería sin remedio? Dime por los dioses, hombre mal aconsejado, ¿acaso se rendirán antes los enemigos porque tú te hayas hecho pedazos? ¿Y no ves que mutilándote no has cometido sino una locura? -Señor, le responde Zópiro, bien visto tenía que si os hubiera dado parte de lo que pensaba hacer nunca habíais de permitírmelo. Lo hice por mí mismo, y con solo lo hecho tenemos ya conquistada la inexpugnable Babilonia, si por vos no se pierde, como sin duda no se perderá. Diré, señor, lo que he pensado. Tal como me hallo, deshecho y desfigurado, me pasará luego al enemigo; les diré que sois vos el autor de la miseria en que me ven, y si mucho no me engaño, se lo daré a entender así, y llegaré a tener el mando de su guarnición. Oid vos ahora, señor, lo que podremos hacer después. Al cabo de diez días que yo esté dentro, podréis entresacar mil hombres, la escoria del ejército, que tanto sirve salva como perdida, y apostármeles allá delante de la puerta que llaman de Semíramis. Pasados otra vez

siete días, podréis de nuevo apostarme dos mil enfrente de la otra puerta que dicen de Nino. Pasados veinte días más, podréis tercera vez plantar otra porción hasta cuatro mil hombres en la puerta llamada de los Caldeos. Y sería del caso que ni los primeros ni los últimos soldados que dije tuvieran otras armas defensivas que sus puñales solos, los que sería bueno dejárselos. Veinte días después podréis dar orden general a las tropas para que acometan de todas partes alrededor de los muros, pero a los Persas naturales los quisiera fronteros a las dos puertas que llaman la Bélida y la Cisia. Así lo digo y ordeno todo, por cuanto me persuado que los Babilonios, viendo tantas proezas hechas antes por mí, han de confiármelo todo, aun las llaves mismas de la ciudad. Por los demás, a mi cuenta y a la de los Persas correrá dar cima a la empresa.»

CLVI. Concertado así el negocio, iba luego huyendo Zópiro hacia una de las puertas de la ciudad, y volvía muy a menudo la cabeza con ademán y apariencia de quien desierta. Vénle venir así los centinelas apestados en las almenas, y bajando a toda prisa, pregúntanle desde una de las puertas medio abiertas quién era y a qué venía. Respóndeles que era Zópiro que quería pasárselos a la plaza. Oído

esto, condúcenle al punto a los magistrados de Babilonia. Puesto allí en presencia de todo el congreso, empieza a lamentar su desventura y decir que Darío era quien había hecho moverle del modo en que él mismo se había puesto; que el único motivo había sido porque él le aconsejaba que ya que no se descubriría medio alguno para la toma de la plaza, lo mejor era levantar el sitio y retirar de allí el ejército. «Ahora, pues, continuó diciendo, ahí me tenéis, Babilonios míos; prometo hacer a vosotros cuanto bien supiere, que espero no ha de ser poco, y a Darío, a sus Persas y a todo su campo cuanto mal pudiere; que sin duda será muchísimo, pues voto a Dios que estas heridas que en mí veis les cuesten ríos de sangre, mayormente sabiendo yo bien todos sus artificios, los misterios del gabinete y su modo de pensar y obrar.»

CLVII. Así les habló Zópiro, y los Babilonios del congreso, que velan a su presencia, no sin horror, a un grande de Persia con las narices mutiladas, con las orejas cortadas, con las carnes rasgadas, y todo él empapado en la sangre que aun corría, quedaron desde luego persuadidos de que era la relación muy verdadera, y se ofrecieron aliviar la desventura de su nuevo aliado, dándole gusto en cuanto les pidiera.

Habiendo pedido él una porción de tropa, que luego tuvo a su mando, hizo con ella lo que con Darío había concertado, pues saliendo al décimo día con sus Babilonios, y cogiendo en medio a los mil soldados, los primeros que había pedido que apostase Darío, los pasó todos a filo de la espada. Viendo entonces los Babilonios que el desertor acreditaba con obras lo que les ofreciera de palabra, alegres sobremanera se declararon nuevamente prontos a servir a Zópiro, o más bien a dejarse servir de él enteramente. Esperó Zópiro el término de los días consabidos, y llegado éste, toma una partida de Babilonios escogidos, y hecha segunda salida de la plaza, mita a Darío dos mil soldados. Con esta segunda proeza de valor no se hablaba ya de otra cosa entre los Babilonios ni había otro hombre para ellos igual a Zópiro, quien dejando después que pasasen los días convenidos, hace su tercer salida al puesto señalado, donde cerrando en medio de su gente a cuatro mil enemigos, acaba con todo aquel cuerpo. Vista esta última hazaña, entonces sí que Zópiro lo era todo para con los de Babilonia, de modo que luego le nombraron generalísimo de la guarnición, castelano de la plaza y alcalde de la fortaleza.

CLVIII. Entretanto, llega el día en que, según lo pactado, manda Darío dar un asalto general a Babilonia, y Zópiro, acredita con el hecho que lo pasado no había sido sino engaño y doble artificio de un hábil desertor. Entonces los Babilonios apostados sobre los muros iban resistiendo con valor al ejército de Darío que los acometía, y Zópiro al mismo tiempo, abriendo a sus Persas las dos puertas de la ciudad, la Bélica y la Cisia, les introducía en ella. Algunos Babilonios testigos de lo que Zópiro iba haciendo se refugiaron al templo de Júpiter Belo; los demás, que nada sabían ni aun sospechaban de la traición que se ejecutaba, estuvieron fijos cada cual en su puesto hasta tanto que se vieron clara y patentemente vendidos y entregados al enemigo.

CLIX. Así fue tomada Babilonia por segunda vez. Dueño ya Darío de los Babilonios vencidos, tomó desde luego las providencias más oportunas, una sobre la plaza, mandando demoler todos sus muros y arrancar todas las puertas de la ciudad, de cuyas dos prevenciones ninguna había usado Cyro cuando se apoderó de Babilonia⁸¹; otra tomó sobre

⁸¹ Infiérese de aquí que Beroso, citado por Josefo, se engañó cuando dijo que Cyro arruinó los muros exteriores de Babilonia.

los sitiados, haciendo empalar hasta tres mil de aquellos que sabía haber sido principales autores de la rebelión, dejando a los demás ciudadanos en su misma patria con sus bienes y haciendas; la tercera sobre la población, tomando sus medidas a fin de dar mujeres a los Babilonios para la propagación, pues que ellos, como llevamos referido, habían antes ahogado a las que tenían, a fin de que no les gastasen las provisiones de boca durante el sitio. Para este efecto ordenó Darío a las naciones circunvecinas, que cada cual pusiera en Babilonia cierto número de mujeres que él mismo determinaba, de suerte que la suma de las que allí se recogieron subió a cincuenta mil, de quienes descenden los actuales Babilonios.

CLX. Respecto a Zópiro, si queremos estar al juicio de Darío, jamás Persa alguno, ni antes ni después, hizo más relevante servicio a la corona, exceptuando solamente a Cyro, pues a este rey nunca hubo Persa que se le osase comparar ni menos igualar. Cuéntase con todo que solía decir el mismo Darío que antes quisiera no ver en Zópiro aquella carnicería de mano propia que conquistar y rendir no una, sino veinte Babilonias que existieran. Lo cierto es que usó con él las mayores demostraciones

de estima y particular honor, pues no solo le enviaba todos los años aquellos regalos que son entre los Persas la mayor prueba de distinción y privanza con el soberano, sino que dio a Zópiro por todo el tiempo de su vida la satrapía de Babilonia, inmune de todo pecho y tributo. Hijo de este Zópiro fue el general Megabizo, el que en Egipto guerreó con los Atenienses y sus aliados, y padre del otro Zópiro que desertado de los Persas pasó a la ciudad de Atenas.